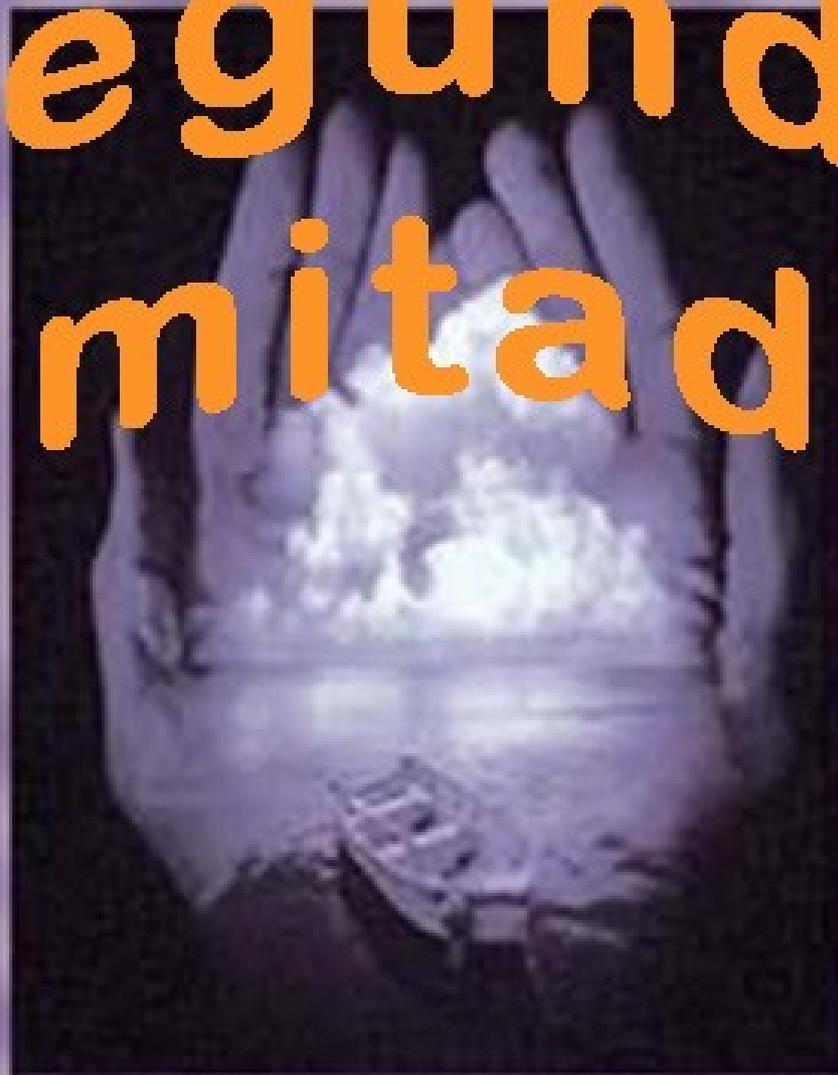


*Obreros de  
la vida eterna*

**segunda  
mitad**



*Francisco Cândido Xavier  
por el espíritu André Luiz*

**FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER.**

**Por el espíritu ANDRÉ LUIZ.**

**OBREROS DE LA VIDA ETERNA.**

Traducción al castellano: Alfredo Alonso Yuste.

## **ÍNDICE.**

[b\) Introducción](#) .

[I Invitación al bien](#) .

[IV La casa transitoria](#) .

[XI Amigos nuevos](#) .

[XII Viaje de adiestramiento](#) .

[XIII Compañero liberado](#) .

[XIV Prestando asistencia](#) .

[XV Aprendiendo siempre](#) .

[XVI Ejemplo cristiano](#) .

[XVII Ruego singular](#) .

[XVIII Desprendimiento difícil](#) .

[XIX La sierva fiel](#) .

[XX Acción de Gracias](#) .

... / ... / ... / ...

Con el fin de ofrecer especialmente determinado asunto referido a ***cómo resultan ser ciertas Desencarnaciones auxiliadas desde el plano espiritual***, se han suprimido de este "Obreros, Mitad segunda", varios de los Capítulos primeros, bien diferentes de lo expresado como objetivo de esta 2ª mitad del libro "Obreros de la vida eterna".

[.\[ir a ÍNDICE\]](#)

## **INTRODUCCIÓN.**

Por encargo de la Federación Espírita Española he procedido a traducir esta magnífica obra de André Luiz a través de la psicografía de Francisco Cândido Xavier.

En ella nos ofrece, como siempre, datos interesantes del Más Allá, en especial las descripciones de varios trabajos de ayuda por parte de entidades espirituales a personas que estaban desencarnando en la Tierra. Asimismo, proporciona una valiosa información sobre los puestos de socorro y sus actividades en los planos próximos a la densa dimensión terrestre, incluyendo una sorpresa para muchos: la movilidad y autotransporte de algunos puestos, como la Casa Transitoria de Fabiano.

Pero el mensaje más válido en mi modesta opinión es, como siempre, alentarnos para que realicemos lo que nos resulta más difícil: la reforma íntima, la única acción que puede ayudarnos a alcanzar un patrón vibratorio más adecuado para nuestra real elevación espiritual. Ninguna religión o filosofía de vida nos ayudará a ello si no efectuamos en nuestro interior dicha reforma.

Sigamos siempre el ejemplo del Evangelio de Jesús y recordemos:

“El que tenga ojos para ver, que vea y el que tenga oídos para oír, que oiga”.

Agradezco a mi esposa Maribel su valiosa cooperación para la ejecución técnica de este libro, dedicado al público de habla hispana.

ALFREDO ALONSO YUSTE,

Madrid, Mayo de 2010,

[.\[ir a ÍNDICE\]](#)

## **I- INVITACIÓN AL BIEN.**

Antes de iniciar los trabajos de nuestra expedición socorrista, el asistente Jerónimo nos condujo al Templo de la Paz, en la zona consagrada al servicio de auxilio, donde un esclarecido instructor comentaría las necesidades de cooperación junto a las entidades infelices, en los círculos más bajos de la vida espiritual que rodean la Corteza de la Tierra.

... / ... / ... / ...

Para todos, poseía el mentor una frase generosa de estímulo y admiración. Al llegar nuestro turno, Jerónimo nos presentó gentilmente:

– Albano, aquí tenemos a tres compañeros que vendrán conmigo ahora, en misión de socorro.

–¡Muy bien! ¡Muy bien! –exclamó el interpelado– que el Divino Servidor les inspire. Nos abrazó, con sencillez, y preguntó:

–¿Partís con algún objetivo?.

–Sí –aclaró nuestro orientador–, debemos atender, en los próximos treinta días, a cinco dedicados colaboradores nuestros, que están prontos a desencarnar en la Tierra. Trabajaron, fieles en la causa del bien, y nuestras autoridades nos encargaron asistirles.

–Preveo mucho éxito –comentó Albano, fijando en nosotros su mirada serena.

Revelando una espontánea alegría por las palabras oídas, Jerónimo añadió, con delicadeza:

–Confío en la dedicación de mis compañeros. Van conmigo un ex-sacerdote católico, una enfermera y un médico. Seremos cuatro siervos en acción activa.

–Comprendo –dijo el instructor.

–Vamos con autorización para efectuar experiencias, estudios y auxilios eventuales, de conformidad con las circunstancias, en vista del carácter de nuestro trabajo, que nos permitirá efectuar diversas observaciones.

Nos dirigió Albano una reconfortante sonrisa de optimismo y confianza, nos saludó, individualmente y, después de abrazar a nuestro mentor, exclamó:

–Que el Maestro os ilumine y conduzca.

Eran las palabras de despedida. Otro grupo de socorristas se aproximó a él y nos retiramos del Templo de la Paz, repletos del pensamiento saludable de servir a los semejantes en nombre de Dios.

. [[ir a ÍNDICE](#)]

## **IV- LA CASA TRANSITORIA**

Después de un viaje normal a través de caminos comunes, alcanzamos una nublada región, donde parecía imperar, incesantemente, una asfixiante tristeza. En otras ocasiones, ya había atravesado sitios semejantes, invirtiendo apenas unos minutos. Pero, ahora, emprendíamos una larga marcha en sentido horizontal. Atendiendo a imperativos de la misión, el asistente Jerónimo buscaba cierta localidad, bajo la denominación expresiva de "Casa Transitoria de Fabiano".

Se trataba de una gran institución piadosa, en el campo de los sufrimientos más duros en el que se reúnen almas recién desencarnadas, en las cercanías de la corteza terrestre, la cual, según nos informó el jefe de la expedición, fue fundada por Fabiano de Cristo, devoto siervo de la caridad entre los antiguos religiosos de Río de Janeiro, desencarnado, hace muchos años. Organizada por él, era confiada, periódicamente, a otros benefactores de elevada condición, en tarea de asistencia evangélica, junto a los espíritus recién desligados del plano físico.

–En la Casa Transitoria –nos explicó Jerónimo– prestaremos el auxilio que nos sea posible a la organización y asilaremos, enseguida, a los hermanos que nos corresponde ayudar. Si no fuese por esos nidos de amor, nuestro trabajo sería mucho más difícil. Es raro encontrar compañeros carnales en condiciones de atravesar semejante zona, inmediatamente después de la muerte física. Casi todos permanecen aturcidos, en los primeros días. Si fuesen entregados a su propia suerte, serían fatalmente agredidos por las entidades perversas, o hábilmente desviados por ellas del buen camino de restauración gradual de las energías interiores. De ahí la necesidad de esos refugios fraternales, en el que almas heroicas y dedicadas al sumo bien se consagran a santificadas tareas de amparo y vigilancia.

Después de una breve pausa, concluyó:

–Además de eso, tendremos allí todo el equipo necesario para los trabajos que debemos realizar.

. [[ir a ÍNDICE](#)]

## **XI- AMIGOS NUEVOS.**

Provistos del equipo necesario para el trabajo, nos despedimos de la institución socorrista, colocándonos camino de la Corteza.

Jerónimo tenía prisa por auscultar los diversos ambientes donde realizaríamos nuestra actuación.

Programó la tarea con simplicidad y buen tino. No nos distraeríamos en ninguna investigación, más allá de la misión previamente esbozada, y nos mantendríamos en contacto constante con la Casa Transitoria, para mayor eficiencia en el deber a cumplir.

–Naturalmente –explicó– tendremos que realizar diversas actividades de asistencia a los amigos prestos a deshacerse de los hilos corporales del plano grosero y la Casa de Fabiano será nuestro punto principal de referencia en el trabajo. En los instantes del sueño, les conduciremos hasta allá, para que se habitúen lentamente a la idea del alejamiento definitivo.

Intrigado, al comprobar tanta cautela, pregunté:

–Mi querido asistente, ¿Todas las muertes se hacen acompañar por misiones auxiliadoras? ¿Cada criatura que parte de la Corteza necesita de núcleos de amparo directo?

El amigo sonrió con indulgencia, con la legítima superioridad de los que enseñan sabiamente, y dijo:

–En absoluto. Reencarnaciones y desencarnaciones, de manera general, obedecen simplemente a la ley. Hay principios biogenéticos orientando al mundo de las formas vivas en la ocasión del renacimiento físico, y principios transformadores que presiden los fenómenos de la muerte, obedeciendo a los ciclos de la energía vital, en todos los sectores de manifestación. En los múltiples círculos evolutivos, hay trabajadores para la generalidad, según los sabios designios del Eterno. Pero, al existir cooperadores que se esfuerzan más intensamente en el progreso humano, también hay misiones de orden particular para atender sus necesidades.

Sintiendo mi extrañeza, Jerónimo prosiguió:

–No se trata de una prerrogativa injustificable, ni de compensaciones de favor. El hecho revela servicio y aprovechamiento de valores. Si determinado colaborador demuestra cualidades valiosas en el curso de la obra, merecerá, sin duda, la consideración de aquellos que la supervisan, contemplando la extensión del trabajo futuro. Por lo tanto en el plano espiritual, es muy grande el cariño que se administra al servidor fiel, para preservar al dedicado espíritu de la acción maléfica de los elementos destructores, como el desánimo y la carencia de recursos estimulantes, permitiéndosele, simultáneamente, que pueda ir analizando la magnitud de nuestro ministerio en la verdad y en el bien, ante el universo infinito.

Oyendo su explicación, me acordé instintivamente de los apóstoles que había conocido en la experiencia humana. ¿No habría contradicción en

el esclarecimiento? los padres virtuosos con los que mantuve contacto en el mundo, eran personas perseguidas en todos los sentidos. Me daba cuenta que las criaturas con más alto valor moral eran justamente las escogidas para el asedio de la calumnia constante. Sin referirme sólo a los que conocía, recordaba la propia historia del Cristianismo. ¿No estaba, quizás, llena de ejemplos? Los fervorosos en la fe habían sido pasto de las fieras. Los continuadores del Maestro fueron víctimas de tremendas pruebas y Él mismo había llegado al Calvario en pruebas dolorosas...

El asistente percibió mis ocultos razonamientos y aclaró:

–Tus objeciones mentales no tienen razón de ser. El concepto humano del socorro divino está viciado desde hace muchos siglos. La criatura imagina el amparo de Dios como el proteccionismo del sátrapa terrestre. Espera favores materiales y destacarse injustificablemente de los menos felices, dominio y loor permanentes. Acostumbra a exigir servicio, estima y entendimiento, pero desdeña servir, estimar y entender, cuando no sea en retribución. El subsidio celestial se traduce como una bendita oportunidad de trabajo y renovación. Llega, muchas veces, al círculo de la criatura, como si fueran gloriosas heridas, magníficos dolores, benditos suplicios. Mientras predominen en la Corteza Planetaria los impulsos de la animalidad primitiva, los agraciados por la bendición divina serán, en su mayor parte, representantes del poder espiritual, que, de ninguna manera, quedarán exentos de testimonios difíciles en las demostraciones imprescindibles. No es que el Señor intente transformar a sus discípulos en conejillos de indias, sino que por la imposición natural de la obra educativa, la lección del alumno atento y fiel debe interesar a la clase entera. Lo que casi siempre parece sufrimiento y tentación, constituye bienaventuranza transformando situaciones para el bien y para la felicidad eterna.

El argumento era lógico e incisivo. Y como el asistente callase, pensando, quizás, en el objetivo fundamental que nos conducía al trabajo previsto, procuré retener mis impulsos indagadores.

Orientados por Jerónimo, llegamos a una pequeña ciudad del interior y nos dirigimos a una humilde casa, en la que, en pocos minutos, nos presentó a un compañero, en lamentables condiciones, atacado de cirrosis.

–¡Es Dimas! –exclamó, señalando al enfermo– asiduo colaborador de nuestros servicios de asistencia, hace muchos años. Vino de nuestra Colonia espiritual, hace poco más de medio siglo, consagrándose a la tarea oscura para atender mejor a los divinos designios. Desarrolló facultades mediúmnicas apreciables, colocándose al servicio de los necesitados y

sufridores.

El modesto cuarto permanecía lleno de radiantes efluvios, denunciando las incesantes visitas de espíritus iluminados.

–Nuestro amigo –continuó el asistente– se hizo el acreedor feliz de innumerables cuidados por la renuncia con que siempre se condujo en el ministerio. Ahora, ha llega- do para él el tiempo del descanso constructivo.

Agradablemente sorprendido, reparé que el enfermo se dio cuenta de nuestra presencia. Cerró los ojos del cuerpo, nos vislumbró con la visión del alma y se animó, sonriendo...

El debilitamiento físico alcanzó el ápice y Dimas conseguía dejar el aparato corporal, de cierto modo, con extraordinaria facilidad.

Viéndonos, cerca del lecho, se puso a hacer una ardiente rogativa, pidiéndonos colaboración. Estaba exhausto, decía, no obstante, se mantenía sereno y confiado.

Aconsejado por Jerónimo, me acerqué al enfermo, aplicándole pases magnéticos de alivio sobre el tejido conjuntivo vascular. El abdomen se conservaba pesado y enorme. Sin embargo, se mostraron sensaciones reconfortantes inmediatas.

A continuación de mi humilde auxilio, Jerónimo le dirigió palabras de coraje y prometió volver, más tarde.

Dimas, extasiado, dirigía al Cielo un conmovedor agradecimiento.

En breves momentos, dos amigos espirituales suyos vinieron hasta el cuarto, y nos saludaron atentamente.

Nuestro dirigente nos invitó a retirarnos, explicándonos, después que nos habíamos alejado:

–Luego de una rápida visita a los interesados, los reuniremos en una sección de esclarecimiento, en la Casa Transitoria, para prepararles para el fenómeno próximo de la liberación definitiva. Esperaremos a la noche para ese fin.

De la pequeña ciudad donde estaba el primer visitado, nos dirigimos a Río de Janeiro.

Utilizábamos el vuelo placentemente.

Es muy difícil describir la sensación de ligereza y alegría relativa a

semejante estado, después de la permanencia en la oscura región de la que procedíamos. Se habla muchas veces, entre los encarnados, de la posibilidad de la creación del aparato de vuelo individual. Sin embargo, aunque esto se hiciese realidad, el peso del cuerpo físico, los cuidados exigidos por la máquina de propulsión y los riesgos de viaje no pueden de ningún modo, sustituir la seguridad y la tranquilidad que nos llenan de un gran bienestar. Después de la excursión normal, entre la Casa Transitoria de Fabiano y la corteza terrestre, dentro de las armoniosas condiciones estábamos descansados y bien dispuestos, volando muy fácilmente, a pesar de la densidad atmosférica.

Pocas veces se me presentaba tan bello el espectáculo del paisaje terreno. Sierras y valles, ríos y arroyos demarcando ciudades y pueblos, bajo el sol, me hacían comprender la misericordia del Altísimo congregando a las criaturas en nidos floridos de trabajo pacífico.

Los pensamientos de adoración al Padre eterno alegraban mi espíritu.

El caserío compacto de Río se hallaba ahora a nuestra vista. No transcurrió mucho tiempo y entramos en una residencia, en un barrio poco poblado, y nos encontramos con un tierno ambiente doméstico.

Un caballero de edad madura, acostado en un pequeño diván, presentando terribles señales de tuberculosis adelantada, mantenía una conmovedora conversación con dos pequeños que aparentaban seis y ocho años, respectivamente. Una hermosa expresión de luz brillaba en la mente del enfermo, que posaba en los niños su lúcida mirada, hablándoles paternalmente.

El propio Jerónimo se paró, a oírle, junto a nosotros, agradablemente sorprendido.

–Papá, ¿pero tú crees que nadie muere? –preguntó el hijo mayor.

–Sí, Carlindo, nadie desaparece para siempre y por eso quiero aconsejaros, como vuestro padre.

Se enterneció su mirada y continuó, ante el interés de los niños:

–Creo que no tardaré en partir...

–¿Para donde papá? –dijo el más pequeño.

–Para un mundo mejor que éste, para un lugar, hijo mío, donde vuestro padre podrá ayudaros en un cuerpo sano, aunque diferente.

Los niños con los ojos húmedos, protestaron, con cariño.

Se esforzó el padre, de modo visible, para dominarse y prosiguió:

–No debéis decir eso. Ya organicé todos los negocios y mamá trabajará en mi lugar, hasta que vosotros crezcáis y os hagáis hombres. Si yo pudiese, me quedaría en casa, pero, ¿cómo os arreglaríais conmigo, así, inútil como estoy? por esa razón, Dios me concederá otro cuerpo y yo estaré con vosotros, sin que me veáis.

Sonrió, y añadió:

–Posiblemente, seremos hasta más felices... Hace muchos días que pretendo hablar con vosotros, como ahora, para que estéis seguros de mi amor. Inmediatamente después de mi alejamiento, sé de antemano que mucha gente intentará desanimaros. Les dirán que me alejé para nunca más volver, que la sepultura me aniquiló. Pero, os prevengo que eso no es verdad. Viviremos siempre y nos amaremos los unos a los otros, cada vez más...

Noté que el padre enfermo sentía intensos deseos de acariciar a los muchachitos, pero, controlado por la amenaza de contagiarles, imponía inmovilidad a las manos sedientas de un contacto afectivo.

Los niños enjugaban las discretas lágrimas y, después de una larga pausa, volvió a decir el enfermo, dirigiéndose al hijo mayor:

–Dime, Carlindo, ¿Crees que tu padre va a desaparecer? ¿Piensas, quizás, que nuestro amor y nuestra unión en casa, que nuestro cariño y entendimiento son sólo cenizas y nada más?.

Se dominó el pequeño, para parecer valiente, y respondió:

–Yo creo, como tú, que la muerte no existe.

–Cuando yo parta –afirmó el padre amoroso–, si vosotros demostráis valor y confianza en Dios, papá estará con más coraje y confianza restaurando las energías, en poco tiempo...

Hubo una conmovedora interrupción, que el asistente Jerónimo no deseó romper, tal era la significación moral de la cariñosa escena.

Con los ojos fijos en los muchachitos, el padre dijo:

–Hace tres años, que instituimos nuestro culto doméstico del Evangelio de Jesús. Y vosotros sabéis hoy que nuestro Maestro no murió. Llevado al suplicio y a la muerte, volvió del sepulcro para orientar a los

amigos y continuadores. Él, pues, nos ayudará para que prosigamos unidos. Cuando yo haga el viaje de renovación, tened calma y optimismo. No lloréis ni desfallezcáis. Con lágrimas no seréis útiles a mamá, que necesitará de todos nosotros. Dios espera que seamos alegres en la lucha de cada día para que seamos hijos fieles a Su divino amor.

En ese instante, apareció la dueña de la casa.

Se valió Jerónimo de la circunstancia para intervenir, presentándole:

–Nuestro amigo Fabio, en víspera de la liberación, siempre colaboró con dedicación en las obras del bien. No es médium practicante, en la acepción vulgar del término. Es, sin embargo, un hombre equilibrado, amante de la meditación y de la espiritualidad superior y, por esa razón, desde la juventud se volvió un excelente suministrador de energías magnéticas, colaborando con nosotros en relevantes servicios de asistencia oculta. Varios mentores de nuestra Colonia tienen en alta estima su apoyo. Hace muchos años que se consagra al estudio de las cuestiones trascendentales del alma y se formó en la academia del esfuerzo propio, con el fin de sernos útil. Libre de sectarismo, adverso a las pasiones y amante del deber, nuestro hermano Fabio instituyó, desde los primeros días del matrimonio, el culto doméstico de la fe viva, preparando a la esposa, a los hijos y a otros familiares en el esclarecimiento de los problemas esenciales de la comprensión de la vida eterna. En virtud de la perseverancia en el bien que caracterizó sus actitudes, su liberación será agradable y natural. Supo vivir bien, para bien morir.

Me aproximé al enfermo, auscultando su situación orgánica. La tuberculosis le había minado los pulmones, impresionándome las formaciones cavernosas y otros síntomas clásicos de la terrible molestia.

Fabio, en rigor, no necesitaba apoyo para la fe que nutría. Se mostraba tranquilo y lleno de confianza, y, aunque estaba abatido, cosa natural en su estado, iba enseñando a los suyos, inolvidables lecciones de coraje y valor moral.

–¡Vámonos! –dijo el asistente– nuestro compañero va bien y no necesita mayor colaboración.

Salimos admirados con el ejemplo que vimos.

De ahí algunos instantes, Jerónimo nos conducía a un comfortable apartamento en un moderno rascacielos de un barrio elegante.

Entramos.

En el lecho, permanecía una respetable señora de edad avanzada, con evidentes señales de molestias en el corazón. Le rodeaban atentas, dos señoras aún jóvenes, que le colmaban de discretos cuidados.

–Es nuestra hermana Albina –nos explicó el dirigente– afiliada a organizaciones superiores de nuestra Colonia espiritual. Tiene innumerables admiradores en nuestro plano, por lo mucho que viene haciendo en la esfera del Evangelio. En el presente está en servicio en los círculos evangélicos protestantes. Hizo profesión de fe en la Iglesia Presbiteriana y, viuda desde temprana edad, se consagró a labor educativa, formando a la infancia y a la juventud en el ideal cristiano.

Una vez más, me maravillaba la grandeza de la fraternidad legítima, imperante en la vida superior. No se buscaba la etiqueta de las criaturas, no se pensaba, en sentido particular, de sus títulos religiosos o sociales. Se buscaba el corazón fiel a Dios, se administraba amparo reconfortante, sin ninguna preocupación exclusivista.

El asistente Jerónimo se acercó a ella, le tocó la frente con la diestra, y Albina, con el semblante iluminado y feliz al contacto de aquella mano bondadosa y acariciadora, exclamó hacia una de las compañeras que la asistían:

–Eunice, dame la Biblia, deseo meditar un poco.

–¡Oh mamá! –respondió la hija– ¿no será mejor descansar? ¡Gracias a Jesús, la disnea cedió y parece estar mejor!.

–¡La palabra del Señor da alegría al espíritu, hija mía!.

Tan suplicante era la ternura que acompañaba a la expresión verbal, que Eunice, convencida, tomó el volumen que estaba sobre la cómoda y se lo entregó.

La respetable anciana asumió la posición adecuada para poder leer, se recostó en una almohada alta y, poniéndose las gafas, aseguró con firmeza el Testamento Divino. El asistente Jerónimo le ayudó a abrirlo, en determinado lugar, sin que la interesada percibiese su cooperación. Salió el capítulo once de Juan Evangelista, alusivo a la resurrección de Lázaro.

La simpática viejita leyó, pausadamente en voz alta. Terminando, exclamó conmovida:

–¡Agradezco a nuestro divino Maestro por la alentadora lectura que nos mandó. Permita el cielo que podamos todas nosotras encontrar la vida

eterna, en Cristo Jesús! Así sea.

Las hijas le acompañaban, respetuosas.

Jerónimo me recomendó aplicar a la enferma pases reconfortantes.

Después de la operación magnética, observé su insuficiencia cardiaca, proveniente de un aneurisma en condiciones amenazadoras.

Se disponía el asistente a conversar con nosotros, para hacer evidente las hermosas cualidades de la enferma, cuando alguien de nuestro plano asomó a la puerta de entrada. Era una dedicada amiga que venía a velar a la cabecera. Nos saludó, bondadosa, con encantadora simplicidad.

Jerónimo le explicó nuestra misión. La interlocutora sonrió y consideró:

–Nos alegra la protección de la que nuestra hermana es objeto. No obstante, creo que existe una gran petición de prórroga en su favor. Todos somos del parecer de que deba ser llamada a nuestro plano con urgencia, para recibir el premio al que se hizo merecedora. Sin embargo, hay razones poderosas para que sea amparada convenientemente, para que permanezca con su familia terrestre, en la Corteza, por algunos meses más.

–Tendremos sumo placer en todo servicio fraternal –añadió Jerónimo, con afabilidad. Pasaremos por aquí diariamente, hasta que la tarea termine. Estaremos informados de cualquier novedad.

La simpática visitante de Albina nos dio las gracias y partimos.

Muy significativa para mí fue lo que oí, pero, dándome cuenta que el asistente seguía atento al trabajo que debíamos realizar, me abstuve de hacer cualquier pregunta.

Llegamos, en breve, a la puerta principal de un agitado hospital, donde se movía mucha gente, apoyada por grandes grupos de trabajadores espirituales. Había allí tanta actividad por parte de los encarnados como por los desencarnados. Pero, siguiendo las huellas de nuestro dirigente, no prestamos mayor atención a los desconocidos.

Después de atravesar corredores y salas, llegamos a una gran enfermería de beneficencia. La mayoría de los lechos ocupados mostraban al enfermo y a las entidades espirituales que les rodeaban, unas asistiendo y otras en irritable y dura persecución.

Aparecían las más diversas escenas.

Preveniéndonos, y quizás más a mí que a los demás compañeros, el dirigente de nuestro grupo nos recomendó:

–No disperséis la atención.

Transcurridos algunos segundos, estábamos frente a un caballero maduro, con el rostro profundamente arrugado y los cabellos blancos, a cuya cabecera vigilaba un excelente compañero espiritual.

Nos presentó Jerónimo a este último. Se trataba del hermano Bonifacio, que ayudaba al enfermo.

Nos señaló al enfermo en cama y aclaró:

–Aquí tenemos a nuestro viejo Cavalcanti. Es un virtuoso católico romano, espíritu abnegado y valeroso en los servicios del bien al prójimo. Vino de nuestra Colonia, hace más de sesenta años, y posee un gran círculo de amigos por sus dotes morales. Su existencia está plena de bellos sacrificios. Aquí se encuentra, junto a los hijos de la indigencia, abandonado por su familia, por sus ideas de renuncia a las riquezas materiales. Pero no se halla desamparado por la Divina Misericordia.

Terminado el ligero intervalo, Bonifacio informó:

–La operación en el duodeno fue señalada para mañana. Nuestro dirigente, demostrando que conocía el caso, dijo:

–Le asistiremos en el instante oportuno.

Obedeciendo a sus recomendaciones, hice aplicaciones magnéticas, deteniéndome en particular sobre el aparato digestivo, de la glándula parótida al recto, observando, más allá de la úlcera duodenal, la inflamación adelantada del apéndice, pronto a romperse.

Noté, sin embargo, que Cavalcanti era absolutamente ajeno a nuestra influencia. Nada percibía sobre nuestra presencia allí, comprobando que él, a pesar de las elevadas cualidades morales que adornaban su carácter, no poseía suficiente educación religiosa como para el intercambio deseable.

De los cuadros que habíamos observado en aquel día, ese era, sin duda, el más triste. Más allá de las vibraciones del ambiente perturbado, el hombre no ofrecía ocasión a nuestra actuación.

–He tenido dificultades para mantenerle tranquilo –decía Bonifacio, inclinándose hacia el asistente– en vista de los parientes desencarnados

que le asedian de modo incesante. A pesar de la vigilancia que existe en el establecimiento, muchos de ellos consiguen acceder y le incomodan. El pobrecito no se preparó, convenientemente, para librarse de la carne y sufre mucho por las exageraciones de la sensibilidad. Y aunque le abandonaron los suyos, tiene el pensamiento afectuoso en excesiva unión con aquellos que ama. Semejante situación dificulta sobremanera nuestros esfuerzos.

–Sí –dijo Jerónimo– lo comprendemos. La deficiencia de educación de la fe, aun en los caracteres más admirables, origina deplorables desequilibrios del alma, en circunstancias como ésta. Nos conservaremos, sin embargo, en el puesto, a su lado como retribución al dedicado amigo por los innumerables obsequios que recibimos de él.

Cuando nos despedimos, Bonifacio se mostró conmovido y agradecido. Transcurridos algunos minutos, llegamos al pórtico de un notable, simple y confortable edificio, en el que se asilaban numerosos niños, en nombre de Jesús. Se trataba de una loable institución espírita cristiana, donde tenía su sede una compacta legión de trabajadores de nuestro plano.

Un bondadoso anciano nos recibió afablemente. Le reconocí, jubiloso. Allí estaba Bezerra de Menezes, el dedicado hermano de los que sufren.

Nos abrazó, uno a uno, con espontánea jovialidad.

Oyó las explicaciones de Jerónimo, con interés, y dijo, sonriente:

–Os esperábamos. Felizmente, nuestra querida Adelaida no nos dará trabajo. La labor mediúmnica, el servicio incesante en beneficio de los enfermos y el amparo maternal a los huérfanos en esta casa de paz, aliados a los profundos disgustos y duras piedras que constituyen la bendita carga de las misiones del bien, prepararon su alma para esta hora...

El mismo nos tomó la delantera, conduciéndonos a una habitación modesta, donde reposaba la médium.

En el cuarto solitario, no se veía a ningún hermano encarnado.

No obstante, dos jóvenes rodeadas de plateada luz permanecían allí, acariciándola. Nos acercamos a la enferma, respetuosamente. Sus cabellos grises parecían hermosos hilos de nieve. Señalándola, dijo Bezerra, contento:

–Adelaida siempre fue una leal discípula del Maestro de los Maestros. A pesar de las dificultades, las espinas y las aflicciones, perseveró hasta el

fin.

La digna señora, después de mirar lentamente delicados ramos de rosas que adornaban el cuarto, comenzó a orar. De su mente equilibrada, emanaban rayos brillantes. No nos divisó a su lado, a excepción del consagrado Bezerra de Menezes, al que se unía por sublimes lazos del corazón. Él la saludó, afable y bondadoso, dirigiéndole palabras reconfortantes y cariñosas.

–Sé que es el término de la jornada, mi venerable amigo –dijo la médium, en tono conmovedor– y estoy lista. Desde hace muchos años, ruego al Señor que me revele el camino. No deseo adoptar otros designios que no pertenezcan a Él, a nuestro Salvador. Sin embargo...

No pudo continuar. Una profunda emoción estranguló su voz y, después de esto, un copioso llanto comenzó a brotar de sus ojos hundidos.

Bezerra se acomodó junto a ella, con intimidad paternal, le acarició con su mano luminosa la frente abatida y dijo, optimista:

–Ya sé. Piensas en los parientes, los amigos, los huerfanitos y en los trabajos que quedarán. ¡Oh Adelaida! comprendo tu devoción maternal a la obra de amor a la que entregaste tu vida. Pero estás cansada, muy cansada y Jesús, médico Divino de nuestra alma, autorizó tu reposo. Confía a Él las penas que oprimen tu espíritu afectuoso. Deja el precioso fardo de tus responsabilidades en otras manos, vacía el cáliz de tu alma, abandonando amarguras y preocupaciones. Convierte la nostalgia en esperanza y desata los hilos más fuertes, atendiendo a la orden divina.

Adelaida posó en el benefactor sus ojos muy lúcidos, mostrándose reconfortada y, después de una breve pausa, Bezerra prosiguió:

–Tu gran batalla está terminando. Eres feliz, amiga mía, muy feliz, porque tu espíritu vendrá condecorado de cicatrices, después de resistir al mal durante muchos años, como fiel centinela, en la fortaleza de la fe viva... Enseñaste a los que te rodeaban el camino a todas las lecciones del bien y de la verdad que fueron posibles a tu esfuerzo... Entrega tus parientes y afectos a Jesús y medita, ahora, en la humanidad, nuestra bendita y gran familia. En cuanto a los servicios confiados por algún tiempo a tu custodia, están fundamentalmente unidos a Cristo, quién proveerá las modificaciones que juzgue oportunas y necesarias. Te queda la alegría del deber cumplido... Consolida, pues, tus fuerzas y no te entristezcas, porque ha llegado para tu corazón la batalla final... Valor, mucho valor y fe!

La señora sonrió, casi feliz.

Inmediatamente, una pequeña auxiliar del instituto rompió el coloquio espiritual, abriendo la puerta inesperadamente y anunciando visitas.

Doña Adelaida, en vista de las circunstancias, centralizó la mente en el círculo de los encarnados y perdió al benefactor de vista.

El venerable médico de los infortunados pasó a conversar con Jerónimo, acerca de varios problemas con respecto a nuestra misión, mientras nos retirábamos, discretamente, proporcionándoles mayor libertad al intercambio de ideas.

. [[ir a ÍNDICE](#)]

## **XII- VIAJE DE ADIESTRAMIENTO.**

Nuestro orientador estableció la sede de nuestros trabajos en la Casa Transitoria de Fabiano, diciendo, sin embargo, que nuestras actividades en la Corteza tomaban como punto de referencia el hogar colectivo de Adelaida, donde , realmente, los factores espirituales eran más valiosos.

–Aquí –nos esclareció– inicialmente nos sentiremos muy libres. La organización es campo propicio a las mejores siembras del espíritu y nos ofrece tranquilidad y seguridad. Permaneceremos en comunicación continua con la Casa de Fabiano, donde conduciremos a los recién desencarnados y condensaremos todas las actividades posibles, concernientes a los demás amigos, en esta amorosa fundación.

De hecho, aquel refugio de fraternidad legítima, era, sin duda, una gran reserva de bendiciones.

Diversas entidades amigas operaban en la institución, prestando asistencia y cuidados. Se encontraba allí uno de los escasos edificios de la Corteza, de tan largas proporciones, sin criaturas perversas de la esfera invisible.

Al igual que en la Casa Transitoria, de donde veníamos, la vigilancia funcionaba con precisión.

Nos encontramos con varios sufridores, criaturas de buenos sentimientos, que entraban al refugio con previa autorización.

Mientras el asistente seguía conversando con Bezerra, tuvimos permiso para visitar las dependencias.

El padre Hipólito, Luciana y yo, en compañía de Irene, una joven colaboradora espiritual de la casa, nos pusimos en acción.

En todos los compartimientos había luz de nuestro plano, indicando la abundancia de los pensamientos saludables y constructivos de todas las mentes que se entrelazaban allí en la misma comunión de ideal.

Llegados a la sala de las reuniones colectivas, nuestra nueva amiga explicó:

–Esta es la parte que nos fuerza al servicio más duro, al ser receptáculo de las emanaciones mentales y de los pedidos silenciosos de toda la gente que nos visita. En las asambleas públicas, debemos efectuar, después de cada una de ellas, minuciosas actividades de limpieza. Como saben, los pensamientos ejercen un vigoroso contagio y se hace imprescindible aislar a los serviciales colaboradores de nuestra tarea, librándoles de ciertos principios destructores o disolventes.

Con intención de recibir más aclaraciones, dije:

–Imagino la extensión de los trabajos... ¿Hay suficiente personal para ello?

–Sí –respondió– la legión de los colaboradores no es pequeña. Servimos día y noche, en grupos alternos. Tenemos secciones de asistencia a adultos y a niños.

Allí se veía un gran número de trabajadores de nuestro plano que, por momentos, graves reflexiones afloraron a mi mente: ¿Tanta gente contribuyendo sólo para amparar a algunas decenas de niños desfavorecidos en el campo material? Establecía comparaciones entre la fundación de Adelaida y la Casa Transitoria de Fabiano, notando una gran diferencia. Allá, los rigurosos servicios de centinela, la inversión de energía y la atención del personal, se realizaba en función de las necesidades improrrogables de una cantidad de infelices desencarnados, para los que la caridad constituía una lámpara encendida, indispensable para la transformación interior. Pero, aquí, veía solamente criaturas tiernas que reclamaban de inmediato, por encima de cualquier otra medida, leche y pan, las primeras letras y buenos consejos. ¿Valdría la pena tanta energía por parte de nuestro plano?

La colaboradora, percibiendo mis íntimas preguntas, comentó:

–Hay que reconocer, que esta obra no se dedica exclusivamente a las necesidades del estómago y del intelecto de la infancia desamparada. Los imperativos de la evangelización aquí son más importantes que todo lo demás. Para infundir espiritualidad superior en la mente humana debemos aprovechar lugares como este, ya que es muy difícil obtener un espontáneo

desprendimiento de la esfera sentimental. Nos valemos de la casa, venerable en sus fundamentos de solidaridad cristiana, como núcleo difusor de ideas saludables. La fundación es mucho más de almas que de cuerpos, mucho más de pensamientos eternos que de cosas transitorias. El director, el cooperador y el am- parado, atentos a las responsabilidades inherentes al programa de Jesús, instintiva- mente se convierten en los instrumentos vivos de la luz de lo Alto. Satisfaciendo necesidades corporales, solucionando problemas espirituales, entrelazando deberes y dividiéndolos con nuestros hermanos encarnados, en el sector de asistencia, conseguimos crear bases más sólidas a la siembra de las verdades imperecederas. De hecho, las otras escuelas religiosas no se olvidaron de materializar la bondad en obras de albañilería. La Iglesia Católica romana dispone de institutos avanzados, bajo el punto de vista material, amparando a la infancia abandonada, pero, allí, los conceptos espirituales no se desarrollan, puesto que quedan limitados a los moldes tiránicos de los dogmas obsoletos. El trabajo, pues, en la mayoría de los casos, se circunscribe a simple almacenamiento del pan efímero. Las Iglesias protestantes poseen, a su vez, grandes colegios y congregaciones, distribuyendo valores educativos con la juventud, sin embargo, sus organizaciones se basan, casi siempre, más en la letra de los conceptos evangélicos que en los conceptos evangélicos de la letra...

Irene sonrió, hizo una breve pausa y continuó:

-Con esto no menospreciamos los admirables servicios de los aprendices del Evangelio en los diversos campos religiosos. Todos son respetables, si son llevados a efecto por la devoción del corazón. Deseamos sólo destacar los valores de iluminación. En los orígenes de la obra cristiana, no faltaban prestigiosos recursos de la política imperial de Roma, para que los hambrientos recibiesen trigo y hasta preceptores selectos, asociados a los famosos centros culturales de los griegos y egipcios. Sin embargo, con la intención de incentivar la obra de la legítima iluminación del espíritu, Simón Pedro y sus compañeros de apostolado se comprometieron a un largo programa de socorro a los infortunados de toda clase. Ni todos los seguidores del Evangelio procedían de las altas camadas sociales del judaísmo, como Gamaliel, el venerado rabino cuyo intelecto desarrollado encontró al Maestro. La mayoría de los necesitados entraría en contacto con Jesús a través de la sopa humilde o del techo acogedor. Lavando leproso, tratando locos, asistiendo a huérfanos y a viejitos desamparados, los continuadores de Cristo se daban trabajo a sí mismos, se dedicaban a los infelices, esclareciéndoles su mente, y le ofrecían lecciones de substancial interés a los legos de la fe viva. Como no ignoran,

estamos haciendo en el Espiritismo evangélico la recapitulación del Cristianismo.

El padre Hipólito aprobó, benévolo:

–Sí, innegablemente; precisamos estimular la formación de servicios que liberen el raciocinio hacia vuelos más altos.

–Dentro de nuestro esfuerzo –prosiguió Irene, con franqueza– el imperativo primordial consiste en la iluminación del espíritu humano con vistas a la eternidad. Urge, no obstante, comprender que, para conseguir esto, es imprescindible “hacer alguna cosa”. Donde todos analizan, admiran o discuten no se levantan obras útiles para testimoniar la superioridad de las ideas. Por eso, nuestros mentores de la vida Divina aprecian al siervo por la dedicación responsable. El necesitado, el beneficiario, el creyente y el investigador vendrán siempre a nuestros Centros de organización de la Doctrina. Y cada vez que ejerciten el servicio cristiano por la mediumnidad activa, por la atención fraterna, por los trabajos de solidaridad común, cualesquiera que sean, presentan caracteres más positivos de renovación, porque la responsabilidad en la realización del bien, voluntariamente aceptada, nos transforma en líneas animadas entre los dos mundos –el que da y el que recibe. Como ven, la luz divina prevalece sobre la beneficencia humana, porque ésta, sin aquella, puede muchas veces degenerar en personalismo devastador, comprendiéndose, sin embargo, en cualquier tiempo, que la fe sin obras es hermana de las obras sin fe.

Continuó Irene, en su brillante argumentación, enseñándonos, con vivacidad, la ciencia de la fraternidad y del entendimiento constructivo. Oyéndola, percibí, por encima de toda preocupación individualista, que la difusión de la luz espiritual en la corteza terrestre no es una acción milagrosa, sino una edificación paciente y progresiva.

Las casas de beneficencia social, sobre las aguas pesadas del pensamiento humano, funcionan como grandes navíos de abastecimiento a la colectividad hambrienta de luz y necesitada de principios renovadores. Pasé a ver el estómago de los pequeñitos en plano secundario, porque era la claridad positiva del Evangelio la que inundaba ahora mi alma, invitándome a la contemplación feliz de un futuro mejor.

Cayó la noche y continuábamos en compañía de la estimada hermana que nos presentaba la institución, comentando sus programas con oportunidad y sabiduría.

Observamos los servicios espirituales que se preparaban, ante la

proximidad de la noche.

Cuidadosas preceptoras desencarnadas reunían a los niños en los momentos del sueño físico, en enseñanzas benéficas; otros benefactores buscaban hermanos para experiencias y dádivas preciosas, en los círculos de nuestra movilización.

Resumí mi apreciación inicial, mirando una vez más, en aquel instituto, una bendita escuela de la espiritualidad superior, por la ocasión de siembra divina que proporcionaba a los misioneros de la luz.

Transcurrido un largo rato, ya de noche cerrada, el asistente Jerónimo nos convocó para el servicio.

Irene nos acompañó a la habitación de Adelaida, donde nuestro dirigente se encontraba en conversación con otros amigos.

Fue breve en las determinaciones.

Después de oír a la nueva compañera, que se colocaba a nuestra disposición para cualquier ayuda fraterna, recomendó a Luciana y a Irene que trajesen a la hermana Albina, mientras que el padre Hipólito y yo deberíamos conducir a Dimas, Fabio y Cavalcanti a aquel compartimiento, donde seguiríamos hacia la Casa Transitoria de Fabiano, en un viaje de aprendizaje y adiestramiento.

Ambos grupos partimos en distinta dirección.

Utilizando el vuelo, con maestría, Hipólito me preguntó:

–¿Has colaborado antes en algún servicio parecido al de hoy? Confesé que no, rogándole me lo explicase.

–Es fácil –volvió a decirme. Los que se aproximan a la desencarnación, con molestias prolongadas, es muy común que se ausenten del cuerpo, en acción casi mecánica. Los familiares terrestres, a su vez, cansados de vigiliadas, hacen de todo por rodear a los enfermos de silencio y cuidado. De ese modo, no es difícil alejarles para la tarea de preparación. Generalmente, están vacilantes, debilitados y semiinconscientes, pero nuestro auxilio magnético resolverá el problema. Nos centraremos en las extremidades, asegurándoles las manos e impulsados por nuestra energía, harán el vuelo con nosotros, sin mayores impedimentos.

Recibí la explicación con interés y, en breve, penetrábamos en la modesta residencia de Dimas. Aliviado por una inyección calmante, no encontramos dificultad para sustraerlo a la atención de los parientes.

Notando nuestra presencia, notó nuestra disposición fraternal y preguntó:

–¡Amigos míos! ¿Será hoy el fin? ¡Cuánto he suspirado por la liberación!...

–No, querido –afirmó Hipólito, sonriendo– es preciso que aguantes un poco más... El descanso, sin embargo, no tardará mucho. Ven con nosotros. No tenemos tiempo que perder.

El ex-sacerdote me recomendó ponerme delante y, cogidos de la mano los tres, fuimos rumbo a Río, en busca de la vivienda de Fabio.

No hubo ningún problema y, en pocos momentos, lo teníamos con nosotros. El compañero se unió a la pequeña caravana.

Iba a tomar el camino del hospital, para buscar al tercero, cuando Hipólito comentó:

–No conviene conducirlos a todos de una vez. Cavalcanti permanece en grave desequilibrio, exigiendo una cooperación más substancial. En vista de eso, le traeremos en el segundo viaje.

Recordando los desvaríos, no tuve más recurso que estar de acuerdo.

De regreso a la habitación de Adelaida, encontramos a los demás esperándonos.

Irene y Luciana habían traído a Albina para los trabajos preparatorios. Sin pérdida de tiempo, llegamos al hospital, en busca de Cavalcanti. Hipólito tenía razón.

El enfermo se mostraba muy afligido. Bonifacio, a su lado, cooperaba devotamente con nosotros, para desprenderle temporalmente del cuerpo oprimido. El enfermo, no obstante, se había dejado arrastrar por horribles impresiones de miedo, dificultando nuestros mejores esfuerzos.

Después de un arduo trabajo de magnetización del vago y de la administración de ciertos agentes anestésicos, destinados a propiciarle un sueño suave, le retiramos del cuerpo, que permaneció bajo los cuidados de Bonifacio.

En pocos minutos estábamos de vuelta.

Con la aquiescencia de Jerónimo, algunos amigos de los enfermos nos acompañan a la Casa Transitoria. De los cinco enfermos, Adelaida y Fabio eran los únicos que mostraban una conciencia más nítida de la

situación. Los demás titubeaban, debilitados, carentes de una noción clara de lo que ocurría.

El asistente organizó la corriente magnética, tomando la posición de guía. Cada hermano encarnado se localizaba entre dos de nosotros, almas liberadas del plano físico, más expertos en el plano espiritual. Con las manos enlazadas, para permutar energías en asistencia mutua, utilizamos intensamente el vuelo, ganando altura. Adelaida y Fabio, algo habituados al desdoblamiento, asumieron una discreta actitud de observación y silencio. Pero los demás comentaban el acontecimiento con grandes gritos.

–¡Dios mío! –exclamaba Albina, recordando pasajes bíblicos– ¿Será esto el glorioso carro de Elías?

–¡Dadme fuerzas, Padre de Misericordia! –decía Cavalcanti, con el alma oprimida– me falta la confesión general! ¡Aún no recibí el viático! ¡Oh! ¡No me dejes enfrentar Vuestro juicio con la conciencia sumergida en el mal!...

Sus rogativas sensibilizaban nuestros corazones.

Dimas, a su vez, balbuceaba exclamaciones que no se entendían, entre asombrado e inquieto.

Atravesada la región estratosférica, la ionosfera surgía a nuestra vista, presentando una enorme diferencia, por causa del intenso flujo de los rayos cósmicos en combinación con las emanaciones lunares.

Espantado, Dimas preguntó en voz alta:

–¿Que río es ese? ¡Ah! ¡Tengo miedo! ¡No puedo atravesarlo, no puedo, no puedo!...

El impulso magnético inicial proporcionado por Jerónimo era lo bastante fuerte para que sufriese algún percance ante tan débil resistencia y el grupo avanzó, avanzó sin retroceder, hasta que mucho más allá, alcanzamos la Casa de Fabiano, donde la hermana Zenobia nos acogió cariñosamente.

Nos congregábamos todos los componentes de la misión socorrista – los enfermos y seis amigos de éstos últimos, que poseían elevados conocimientos.

En una pequeña sala puesta a nuestra disposición, Gotuzo, por gentileza, aplicó vigorosos recursos fluídicos a nuestros tutelados, que lo recibieron como niños incapacitados para apreciarlo de inmediato, a

excepción de Adelaida y Fabio, que eran conscientes del fenómeno.

Enseguida, Jerónimo tomó la palabra y se dirigió a ellos, comentando:

–Amigos, la ayuda de esta noche no se destina a la cura del cuerpo físico, puesto ahora a distancia por las necesidades del momento. Intentamos revigorizar vuestro organismo espiritual, preparando vuestro desligamiento definitivo, sin alarmas de dolor alucinatorio. Debo deciros que, volviendo a tomar el cuerpo físico, experimentaréis un natural empeoramiento de vuestras sensaciones, agravando vuestra tortura, porque los remedios para el alma, en la presente situación, intensifican los males de la carne. Estad seguros, por tanto, que los recursos de esta hora constituyen una ayuda efectiva a la liberación. De retorno al antiguo hogar, una vez concluido este primer viaje de adiestramiento, encontraréis más tristeza en el terreno de la Corteza, más angustias en las células físicas, más inquietud en el corazón, porque vuestra mente, en el proceso de los recuerdos instintivos, habrá fijado, con mayor o menor intensidad, la alegría sublime de este instante. ¡Preparaos, pues, para venir hasta nosotros, solucionad los últimos problemas terrestres y confiad en la Protección Divina!

Inmediatamente, después, se produjo una breve pausa.

El asistente fue rápido en las explicaciones, aclarando que resumía los asuntos en frases cortas, en función de la incapacidad mental de los beneficiarios, impotentes aún para penetrar el sentido de las largas disertaciones. En efecto, los compañeros recibían parcialmente este aviso. Les llegaba la ayuda magnética positiva, pero las ideas que se hacían del hecho eran muy diversas entre sí.

Cavalcanti, con la expresión ingenua de un niño, me llamó, en particular, preguntando si estábamos en el paraíso. Se sentía aliviado, feliz. Una enorme alegría inundaba su corazón. Y, contento y reconfortado, decía:

–¿No estaremos en el cielo?

No conseguí hacerle sentir lo contrario.

Albina recordaba escenas bíblicas, en sus interpretaciones literales del texto sagrado. Después de observar la neblina exterior, preocupada, preguntó a Luciana si aquella era la casa del Señor, mencionada en el capítulo octavo del primer libro de los Reyes, por la nube de materia densa que rodeaba el paisaje.

Entre los espiritistas, Adelaida y Fabio se entregaban a la reserva feliz de la oración, pero Dimas, embriagado de felicidad por el alivio temporal, se acercó, curioso, al padre Hipólito y preguntó si la zona representaba alguna dependencia venturosa de Marte. El ex-sacerdote esbozó una larga sonrisa y respondió, complaciente:

-No, amigo mío, esto de aquí aún es la misma Tierra. Estamos muy lejos de otros planetas...

Intercambiamos una inteligente mirada, que traducía buen humor. Antes de nuestras consideraciones, tal vez innecesarias, Jerónimo intervino, añadiendo:

-La mente graba las imágenes de los preconceptos y dogmas religiosos con singular consistencia. La transformación obligatoria, por el deceso, reintegrará a la criatura en el patrimonio de sus facultades superiores. Pero esto no puede ser brusco, ya que corre el riesgo de ocasionar desastres emocionales de graves consecuencias. Es necesario que se efectúe gradualmente.

Y, mirándonos con agudeza, prosiguió:

-Debemos destacar una observación valiosa. Como vemos, no es la etiqueta externa la que socorre al creyente en las supremas horas evolutivas. Es justamente la siembra del propio esfuerzo, en los servicios de sabiduría y de amor, la que fructifica, en el instante oportuno, a través de providencias de intercesión o compensaciones espontáneas de la ley que manda entregar las respuestas del cielo "a cada uno por sus obras". Todo lugar del universo, por lo tanto, puede ser convertido en santuario de luz eterna, desde el momento en que la ejecución de los Divinos designios sea efectuada por nuestra propia voluntad.

Terminada la cosecha de preciosas enseñanzas, comenzamos a regresar, terminando, así, nuestro viaje.

Devolviendo a los enfermos a los lechos de origen, comprobamos las impresiones diferentes de cada uno. Fabio demostraba estar muy reconfortado en su campo íntimo. Cavalcanti despertó, en la carne, pensando en recurrir a la eucaristía por la mañana y Dimas al despertar, junto a nosotros, llamó a su esposa y le afirmó en voz baja:

-¡Qué sueño tan maravilloso! Estaba en la orilla de un río caudaloso y brillante, que atravesé con el auxilio de benefactores invisibles, llegando después a una gran casa, llena de luz

Pasó la mano huesuda por su frente húmeda, y exclamó:

-¡Ah! ¡Cómo desearía acordarme de todo! ¡Tengo la impresión que visité un mundo feliz, recibiendo enseñanzas de gran significado, pero... la cabeza falla!...

La compañera le tranquilizó, diciéndole que debía dormir.

Se había realizado el primer viaje de entrenamiento con los amigos, que dentro de poco, estarían con nosotros.

Congregados, de nuevo, en la bendita institución de Adelaida, decidió Jerónimo nuestro regreso a la Casa Transitoria de Fabiano para descansar y servir en otros sectores, siempre que la oportunidad de un trabajo útil nos favoreciese con sus bendiciones.

. [[ir a ÍNDICE](#)]

## **XIII- COMPAÑERO LIBERADO.**

Después de varios preparativos, principalmente al lado de Cavalcanti, que había empeorado después de la intervención quirúrgica, Jerónimo dispuso los recursos necesarios para la desencarnación de Dimas, cuya situación era de las más precarias.

Por la mañana temprano, después de ponerse de acuerdo con la hermana Zenobia, sobre la localización del primer amigo que se liberaría de los lazos físicos, el asistente nos convocó al trabajo.

Comprendía, una vez más, que hay un tiempo de morir, como hay tiempo de nacer. Dimas había alcanzado el periodo de renovación y, por eso, se retiraría de la forma física, para que estuviese dispuesto a un nuevo aprendizaje. El día exacto no estaba determinado. Había llegado su propio tiempo. Recordando mi caso particular y sediento de explicaciones constructivas, pregunté a nuestro orientador, mientras regresábamos al plano carnal, por la mañana:

-Apreciado asistente -pregunté- discúlpeme el deseo de conocer detalles del servicio... Pero ¿podría informarme si Dimas desencarnará en el momento adecuado?

¿Vivió toda la cuota de tiempo susceptible de ser aprovechada por su espíritu en la Tierra? ¿Finalizó los trabajos que traía al renacer?

-No -respondió el interpelado, con firmeza-, no llegó a aprovechar todo el tiempo prefijado.

–¡Vaya! –dije– ¿habrá sido, como yo, un suicida inconsciente? Entré en nuestra colonia en esa condición y, antes de obtener la gracia del refugio renovador, experimenté dolorosos padecimientos.

Diciendo esto, meditaba sobre la tarea especial de socorrerle. Habría poderosas razones que motivarían el esfuerzo que se llevaba a cabo, pero la información del orientador me desconcertaba. Si el referido hermano no había terminado el tiempo previsto en las obligaciones que le fueron trazadas, ¿por qué tanta consideración?

¿Merecería aquel movimiento excepcional de asistencia individualizada? ¿Qué motivo impulsaba al plano superior para prestarle tanta atención?

Jerónimo comprendió, sin duda, la preocupación que dominaba mi pensamiento, pero se abstuvo de largas explicaciones:

–No, André, nuestro amigo no es un suicida.

Lo más acertado habría sido silenciar razonamientos sospechosos, pero mi inveterado instinto de investigación intelectual era demasiado fuerte para que yo me pudiese contener.

Mirándole algo confundido, volví a preguntar:

–¿Pero si Dimas no aprovechó todo el tiempo del que disponía, no habrá desperdiciado la oportunidad, como sucedió conmigo?

Mi interlocutor esbozó una leve sonrisa y dijo, compasivo:

–No conozco su pasado, André, y creo que las mejores intenciones habrán movido sus actividades en el pasado. La situación del amigo al que nos referimos, sin embargo, es muy clara. Dimas no consiguió cumplir toda la cuota de tiempo que le era lícito utilizar, en función del ambiente de sacrificio que dominó sus días, en la existencia que finaliza. Acostumbrado, desde la infancia, a la lucha sin mimos, desarrolló el cuerpo, entre deberes y abnegaciones incesantes. Desfavorecido de cualquier ventaja material desde el principio, conoció rudas obligaciones para lograr la intimidad con las lecturas más simples. Entregado al trabajo, en su mocedad, constituyó su familia, bañado en sudor en el sacrificio diario. Pasó la vida con resignación, conquistando la subsistencia con un enorme gasto de energía. Asimismo, encontró recursos para dedicarse a los que gimen y sufren en los planos más bajos que él. Recibiendo la medianidad, la puso al servicio del bien colectivo. Convivió con los desalentados y afligidos de toda clase. Y como su espíritu sensible encontraba placer en ser útil y como los

necesitados guardaban raramente la noción del equilibrio, su existencia se convirtió en un refugio de enfermos del cuerpo y del alma. Perdió, casi integralmente, la comodidad de la vida social, se privó de estudios edificantes que le hubiesen podido ayudar a mejorar su nivel de vida y perjudicó sus células físicas, en el servicio a la causa del sufrimiento humano. Por las vigiliias obligatorias, en medio de la noche, se debilitó su resistencia nerviosa, por la inevitable irregularidad en las comidas se alejó de la armoniosa salud del estómago, por las persecuciones gratuitas de que fue objeto, gastó fosfato excesivamente y, por los choques reiterados con el dolor ajeno, que siempre repercutió amargamente en su corazón, alojó destructoras vibraciones en el hígado, creando aflicciones morales que le incapacitaron para las funciones regeneradoras de la sangre. No podemos alabar al trabajador que pierde algún órgano fundamental de la vida física en la fricción con las perturbaciones que compañeros encarnados crean e incentivan para sí mismos. No obstante, se hace necesario considerar las circunstancias en juego. Dimas podría recibir, con naturalidad, tales emisiones destructivas, manteniéndose con la serenidad intangible del legítimo apóstol del Evangelio. Sin embargo, no se organiza de un día para otro el resguardo psíquico contra el bombardeo de los rayos perturbadores de la mente ajena, como no es fácil improvisar muelles seguros ante el océano con resaca. Rodeado de exigencias sentimentales, mal alimentado, mal dormido, tuvo las reiteradas congestiones hepáticas convertidas en cirrosis hipertrófica, portadora de la desintegración del cuerpo.

Se calló el orientador, y, como me sintiese profundamente avergonzado por el paralelo que inadvertidamente estableciera, Jerónimo añadió:

–Según podemos ver, hay existencias que pierden por la extensión, ganando, sin embargo, por la intensidad. La visión imperfecta de los hombres encarnados reclama el examen perfeccionado de los efectos, pero la visión divina jamás desprecia las minuciosas investigaciones sobre las causas...

Me callé, humillado. El hábito de analizar personas y ocurrencias unilateralmente, una vez más, me imponía una provechosa decepción. Naturalmente, el asistente, conocía mi antigua posición, estaría informado de mis desvíos anteriores, pero se dignaba evitarme desilusiones más profundas a través de comparaciones. Me vinieron recuerdos del pasado, más nítidos y esclarecedores. Innegablemente, conduje mi última experiencia como mejor me pareció. Tomaba mis comidas con calma y eran sustanciosas, y siempre en horas fijas, pude estudiar según mi predilección, disponía de mi tiempo con rigurosa independencia en las

decisiones, cerraba la puerta a los clientes antipáticos cuando me faltaba disposición para soportarlos; nunca me molestaba el hígado por sufrimientos ajenos, porque era pequeño para contener las vibraciones destructoras de mis propias irritaciones, al sentirme contrariado en los puntos de vista personales, y, sobre todo, aniquilaba el aparato gastrointestinal por el exceso de comidas y bebidas, aliados a la sífilis a la que yo mismo di guarida, por mi liviandad. Había, por lo tanto, una gran diferencia entre el caso Dimas y el mío propio. El dedicado servidor del bien había empleado las posibilidades que el Cielo le había confiado en beneficio de otros. En cuanto a mí, centralizado en mí mismo, gocé de esas posibilidades hasta el clímax, perdiéndome por la abusiva saciedad.

Pero Jerónimo era lo suficientemente bueno para no comentar realidades tan duras. Demostrando la generosidad espontánea que le caracterizaba, desarticuló mis impresiones desagradables, con asuntos nuevos.

En breve, llegábamos a la residencia del enfermo, cuyo estado era gravísimo. Algunos amigos desencarnados velaban, atentos.

Una iluminada entidad que mostraba gran interés por el agonizante, se acercó al asistente, preguntando si el deceso estaba marcado para aquel día.

–Sí –aclaró el interpelado– la resistencia orgánica terminó.

Estamos autorizados a aliviarle, lo que haremos hoy, liberándole del peso de la materia densa.

La interlocutora consultó sobre la posibilidad de reunir allí a algunos de los beneficiados de la misión cumplida por el moribundo, que deseaban testimoniar su cariñoso aprecio, en el último día carnal.

–Amiga mía, comprenda las dificultades inherentes al asunto... respondió nuestro dirigente con gentileza. Si Dimas estuviese plenamente dueño de sus emociones, no habría inconveniente alguno. Pero permanece ahora bajo agitaciones psíquicas muy fuertes. Conoce el fin próximo del cuerpo físico, pero no puede esquivar, de repente, a las cadenas del hogar. Teme el futuro de los suyos, se conserva en total descontrol de los nervios y se enlaza en las emisiones de inquietud de su esposa e hijos. Creemos que sería inoportuna esa visita compacta, en el transcurso de las actividades de la desencarnación, aun tratándose de los mejores amigos del enfermo, para que no se agrave su descontrol mental. Sin embargo, Dimas podrá ser amparado por el amor de los que sienten afecto por él, después

que se deshaga del cuerpo físico. Más allá de eso, sugiero que la manifestación de cariño, merecida y justa, le sea prestada por cuantos le estiman, en el día en que despeguemos de la Casa Transitoria de Fabiano hacia regiones más altas. Nuestro hermano y cooperador descansará, allí, bajo atentos cuidados, junto a otros amigos en condiciones análogas. Daremos aviso previo sobre su partida, para que se congreguen con nosotros sus seres amados, en la oración de reconocimiento que elevaremos al Todopoderoso.

La entidad manifestó sincera satisfacción y añadió:

–¡De acuerdo! Esperaremos el instante oportuno.

Después, se despidió, apartándose al lado de otros visitantes de nuestro plano, que nos dejaban campo libre para nuestra necesaria actuación.

El trance era, sin duda, delicado.

La esposa del médium, a su lado, a pesar de las prolongadas vigilas y sacrificios que mostraba, se mantenía firme a su lado, con los ojos rojos de tanto llorar, emitiendo fuerzas de retención amorosa que prendían al moribundo en un vasto enmarañado de hilos grises, dándonos la impresión de ser un pez encarcelado en una red caprichosa.

Jerónimo la señaló, bondadoso, y explicó:

–Nuestra pobre amiga es el primer obstáculo a remover. Improvisemos una mejoría temporal para el agonizante, para sosegar su mente afligida. Solamente después de semejante medida conseguiremos retirarle sin mayor impedimento. Las corrientes de fuerza, exteriorizadas por ella, infunden vida aparente a los centros de energía vital, que ya están en adelantado proceso de desintegración.

Recomendó el asistente que Luciana e Hipólito se mantuviesen al lado de la señora, cambiando sus vibraciones mentales, e instruyéndome para ayudar en la influencia como era preciso.

Mientras mantenía las manos colocadas al cerebro de Dimas, propiciando la renovación de las fuerzas generales, Jerónimo le aplicaba pases longitudinales, deshaciendo los hilos magnéticos que se entrecruzaban sobre el cuerpo abatido.

Noté que el moribundo se encontraba ya en dolorosas condiciones. Plenamente desorganizado, el hígado comenzaba definitivamente a

paralizar sus funciones. El estómago, el páncreas y el duodeno presentaban extrañas anomalías. Los riñones parecían prácticamente muertos. Los glomérulos se prendían a los ramos arteriales como pequeños botones enrojecidos, los tubos colectores, rígidos, anunciaban el fin del cuerpo. Había síntomas de gangrena en todo el organismo.

Pero, lo que más impresionaba, era la movilización de la fauna microscópica. Corpúsculos de las más variadas especies nadaban en los líquidos acumulados en el vientre, concentrándose particularmente en el ángulo hepático, como si buscasen alguna cosa, con avidez, en las cercanías de la vesícula.

El corazón trabajaba con dificultad. En fin, el debilitamiento alcanzaba su auge.

–Necesitamos proporcionarle mejorías ficticias –dijo el asistente–, tranquilizando a sus parientes afligidos. La habitación está repleta de sustancias mentales torturantes.

El asistente comenzó, entonces, a ejercer una influencia intensiva.

Dimas, con el raciocinio obnubilado por el dolor, no notaba nuestra presencia. Los atritos celulares, por el rápido desenvolvimiento de los virus portadores del coma, le impedían tener una clara percepción. Las provechosas facultades mediúmnicas que poseía habían caído en eclipse temporal, ante los choques del sufrimiento. Era, sin embargo, extremadamente sensible a la actuación magnética.

Poco a poco, con la acción de Jerónimo, se calmó, respiró a ritmo casi normal, abrió los ojos y exclamó, reconfortado:

–¡Gracias a Dios! ¡Loado sea Dios!

Uno de sus hijos, al contemplarle, con los ojos suplicantes, siguió sus palabras, ansioso, preguntando en un gesto de alivio:

–¿Mejoraste, papá?.

–Sí, hijo mío, ahora respiro más libremente.

–¿Sientes a los amigos espirituales a tu lado? –volvió a decir el muchacho, lleno de fe. El enfermo sonrió, algo triste, y respondió:

–No. Quiero creer que el sufrimiento físico cerró la puerta que me comunicaba con el plano invisible. Aun así, estoy muy confiado. Jesús no nos desampara.

Miró a la compañera que estaba llorando y dijo:

–Todos nosotros experimentaremos la soledad en los grandes momentos de contrastar los valores espirituales. Estoy convencido de que nuestros guías del Plano Superior no se olvidarán de mis necesidades... Pero... no debo esperar que tengan cuidados permanentes conmigo...

Hablaba con la voz casi imperceptible, en virtud del abatimiento, entrecortando las palabras por la respiración oprimida.

La esposa, vacilante, estaba enteramente amparada por Luciana, que la abrazaba, afectuosa. Se notaban en ella las señales de un angustioso cansancio. Lágrimas espesas corrían por sus ojos congestionados.

Jerónimo, ahora, posaba la diestra en la frente del moribundo, proporcionándole fuerza, inspiración e ideas favorables al desdoblamiento de nuestros servicios. Dimas mostró un nuevo brillo en la mirada, miró a la compañera, esforzándose por parecer tranquilo, y rogó:

–¡Querida, vete a descansar!... Te lo ruego... Tantas noches de guardia, acabarán contigo. ¿Qué será de mí, enfermo y exhausto, si el desánimo nos sorprende a todos?!

Hizo un intervalo más largo y prosiguió:

–Descansa, hazme caso. Quedaría muy satisfecho si te viese más fuerte... Me siento mucho mejor y sé que el día será de una calma reconfortante.

Cediendo a las instancias del esposo y dulcemente obligada por la influencia de Luciana e Hipólito, la esposa se retiró a su cuarto.

En vista de las mejoras obtenidas, hubo expansión de júbilo familiar. El médico fue llamado. Radiante, el doctor afirmó que los pronósticos contrariaban las suposiciones anteriores. Renovó las indicaciones, inyectó los anestésicos y recomendó a la familia que dejaran al enfermo en absoluto reposo. Dimas acusaba mejoras sorprendentes. Era razonable, por lo tanto, que la habitación fuese dejada en silencio para que tuviese un sueño reparador.

El médico atendía a nuestro deseo.

En pocos minutos, el cuarto quedó solitario, facilitándonos el servicio. El asistente nos distribuyó los trabajos.

Hipólito y Luciana, después de tejer una red fluídica de defensa, en

torno al lecho, para que las vibraciones mentales inferiores fuesen absorbidas, permanecieron en oración al lado, mientras yo mantenía mi mano sobre el plexo solar del agonizante.

–Iniciemos, ahora, las operaciones decisivas –declaró Jerónimo, con resolución–, pero antes permitamos a nuestro amigo la oportunidad de hacer la oración final.

El asistente le tocó, detenidamente, en la parte posterior del cerebro. Vimos que el agonizante comenzó a emitir pensamientos luminosos y bellos. No nos veía ni oía, de manera directa, pero conservaba su intuición clara y activa. Bajo el control de Jerónimo, experimentó una imperiosa necesidad de orar y, aunque los labios cansados prosiguiesen inmóviles, distinguimos la rogativa mental que dirigía al Divino Maestro:

–Mi Señor Jesucristo, creo que alcancé el fin de mi cuerpo, del cuerpo que me diste, por algún tiempo, como dádiva preciosa y bendita. Yo no sé Señor, cuantas veces herí la maquina fisiológica que me confiaste. Inconscientemente, quebré las piezas con mi descanso, menospreciando patrimonios sagrados, cuyo valor estoy reconociendo en más de doce meses de sufrimiento carnal incesante. No puedo implorar la bendición de una muerte pacífica, porque nada hice de bueno o de útil para merecerla. ¿Pero si es posible, Amado Médico, socórreme con tu compasivo y desvelado amor! Curaste paralíticos, ciegos y leprosos... ¿Por qué no te compadeces de mí, miserable peregrino de la Tierra?...

Sus ojos dejaban escapar abundantes lágrimas.

Después de breves minutos, observamos que el agonizante recordaba la niñez distante. En la pantalla de su memoria, regresaba al pecho materno y sentía sed del cariño de madre. ¡Oh! ¡Si pudiese contar con el socorro de la bendita viejita que la muerte arrebató hace tantos años! – reflexionaba. Oprimido por las dulces reminiscencias, modificó el cuadro de la súplica, recordó la escena de la crucifixión de Jesús, insistió mentalmente por vislumbrar la imagen sublime de María y, sintiéndose de rodillas frente a ella, imploró:

–¡Madre de los Cielos, madre de las madres humanas, refugio de los huérfanos de la Tierra, soy ahora también el niño frágil con hambre de afecto maternal en esta hora suprema! ¡Oh! ¡Señora Divina, madre de mi Maestro y de mi Señor, dignate darme tu bendición! ¡Recuerda que tu hijo divino pudo verte en el último instante e intercede por mí, mísero siervo, para que yo tenga a mi santa madre a mi lado en el minuto de partir!... ¡Socórreme! ¡No me abandones, ángel tutelar de la humanidad, bendita

entre las mujeres!.

¡Oh! recurso maravilloso del Cielo! El corazón del moribundo se había convertido en un foco radiante y la puerta de acceso dio entrada a una venerable anciana, coronada de luz semejando nieve luminosa. Se aproximó a Jerónimo e informó, después de desearnos la paz divina:

–Soy su madre...

El asistente comentó la urgencia de la tarea que nos aguardaba y le confió el depósito querido.

En breves instantes, teníamos ante los ojos un inolvidable cuadro afectivo. Se sentó la viejita en el lecho, poniendo la cabeza del moribundo en el regazo acogedor, acariciándole con las manos cariñosas.

En virtud del refuerzo valioso en el sector de la colaboración, Hipólito y Luciana, atendiendo a nuestro instructor, fueron a velar por el sueño de la esposa, para que sus emisiones mentales no alterasen nuestro trabajo.

En el recinto, permanecíamos sólo los tres.

Dimas, experimentando un indefinible bienestar en el regazo materno, parecía olvidar ahora todas las amarguras, sintiéndose amparado como un niño semiinconsciente, casi feliz. Jerónimo me indicó que me conservase vigilante, con las manos puestas en la frente del enfermo, pasando, más tarde, al servicio complejo y silencioso de la magnetización. En primer lugar, insensibilizó enteramente el vago, para facilitar el desligamiento de las vísceras. Al seguir, utilizando pases longitudinales, aisló todo el sistema nervioso simpático, neutralizando, más tarde, las fibras inhibitoras del cerebro. Descansando algunos segundos, dijo:

–No conviene que Dimas hable ahora a los parientes. Formularía, tal vez, peticiones inoportunas.

Le señaló y comentó, sonriendo:

–En otro tiempo, André, los antiguos creían que entidades mitológicas cortaban los hilos de la vida humana. Nosotros somos parcas auténticas, efectuando semejante operación...

Y como yo preguntase, tímido, por donde iríamos a comenzar, me explicó el orientador:

–Según sabes, hay tres regiones orgánicas fundamentales que requieren extremo cuidado en los servicios de liberación del alma: el centro

vegetativo, ligado al vientre, como sede de las manifestaciones fisiológicas, el centro emocional, zona de los sentimientos y deseos, ubicado en el tórax, y el centro mental, más importante por excelencia, situado en el cerebro.

Mi curiosidad intelectual era enorme. Pero, comprendiendo, que ese momento no admitía grandes esclarecimientos, me abstuve de preguntar.

Jerónimo, sin embargo, gentil como siempre, percibió mi propósito de investigación y añadió:

–En otra ocasión, André, estudiarás el problema trascendente de las diversas zonas vitales de la individualidad.

Aconsejándome cautela en la administración de las energías magnéticas a la mente del moribundo, comenzó a operar sobre el plexo solar, desatando los lazos donde se localizaban las fuerzas físicas. Con espanto, noté que cierta porción de sustancia lechosa rebosaba del ombligo, flotando cerca. Se le estiraron los miembros inferiores, con síntomas de enfriamiento.

Dimas gimió, en voz alta, semiinconsciente.

Acudieron los parientes, asustados. Fueron puestos sacos de agua caliente en los pies. Pero, antes de que los familiares entrasen en escena, Jerónimo, con pases concentrados sobre el tórax, relajó los hilos que mantenían la cohesión celular en el centro emotivo, operando sobre determinado punto del corazón, que pasó a funcionar como bomba mecánica, sin regulación. Una nueva porción de sustancia se desprendía del cuerpo, del epigastrio a la garganta, pero reparé en que todos los músculos trabajaban fuertemente contra la partida del alma, oponiéndose a la liberación de las fuerzas motrices, en un esfuerzo desesperado, ocasionándole angustias y aflicción al paciente. El campo físico ofrecía resistencia, insistiendo en la retención del dueño espiritual.

Con la fuga del pulso, se llamó al médico, que acudió, con rapidez. Pero, en el regazo maternal, y bajo nuestra influencia directa, Dimas no consiguió articular palabras o concatenar raciocinios.

Llegamos al coma, en buenas condiciones.

El asistente impuso un breve tiempo de descanso, pero volvió a intervenir en el cerebro. Era la última etapa. Concentrando todo su potencial de energía en la fosa romboidal, Jerónimo quebró alguna cosa que no pude percibir con sus detalles, y una brillante llama violeta-dorada se

desligó de la región craneana, absorbiendo, instantáneamente, la vasta porción de sustancia lechosa ya exteriorizada. Quise mirar la brillante luz, pero confieso que era difícil fijarla. Pero, en breves instantes, noté que las fuerzas que examinábamos estaban dotadas de un movimiento plastificante. La llama mencionada se transformó en una maravillosa cabeza, idéntica en todo a la de Dimas, construyéndose, después de ella, todo su cuerpo periespiritual, miembro a miembro, trazo a trazo. Y, a medida que el nuevo organismo resurgía a nuestra mirada, la luz violeta-dorada, fulgurante en el cerebro, palidecía gradualmente, hasta desaparecer, del todo, como si representase el conjunto de los principios superiores de la personalidad, momentáneamente recogidos en un único punto, esparciéndose, enseguida, a través de todos los puntos del organismo periespiritual, asegurando, de ese modo, la cohesión de los diferentes átomos, de las nuevas dimensiones vibratorias.

Dimas-desencarnado se elevó algunos palmos por encima de Dimas-cadáver, apenas ligado al cuerpo a través de un leve cordón plateado, semejante a un sutil cable, entre el cerebro de materia densa, abandonado, y el cerebro de materia sutil de organismo liberado.

La madre abandonó el cuerpo físico, rápidamente, y recibió la nueva forma, envolviéndola en una túnica de tejido muy blanco, que traía consigo.

Para nuestros amigos encarnados, Dimas había muerto, por completo.

Para nosotros, sin embargo, la operación estaba aún incompleta. El asistente decidió que el cordón fluídico debería permanecer hasta el día siguiente, considerando las necesidades del "muerto", aun sin la preparación debida para un desenlace más rápido.

Y, mientras el médico daba explicaciones técnicas a los parientes en llanto, Jerónimo nos invitó a retirarnos, confiando, sin embargo, el recién desencarnado a aquella que fuera su desvelada madrecita en el mundo físico:

–Puede conservar a su hijo consigo hasta mañana, cuando cortaremos el último hilo que le une a su cuerpo físico, antes de conducirlo al refugio conveniente. Mientras tanto, él reposará en la contemplación del pasado, que se le muestra en una visión panorámica en el campo interior. Además de eso, acusa una gran debilidad después del laborioso esfuerzo del momento. Por esa razón, solamente podrá partir, en nuestra compañía, terminado el entierro del cuerpo, al que se une aún por los últimos residuos.

La anciana dio las gracias, emocionada, y, dando a entender que respondía a todo lo que decía mentalmente, el asistente concluyó:

-Conviene montar guardia aquí, vigilante, para que los amigos apasionados y los enemigos gratuitos no perturben el reposo forzado por algunas horas.

La madre de Dimas se mostró muy agradecida y partimos, en grupo, camino de la Casa de Fabiano, de donde nuestra expedición socorrista regresaría a la Corteza, al día siguiente.

. [[ir a ÍNDICE](#)]

## **XIV- PRESTANDO ASISTENCIA.**

Durante la noche mis compañeros de misión, incluyendo a Jerónimo, parecían menos interesados en seguir el caso de Dimas, reservándose para continuar el trabajo al día siguiente, cuando nos correspondería transportarlo hasta la Casa de Fabiano.

Pero en cuanto a mí, no sucedía lo mismo.

Después de desembarazarme de los lazos físicos, en otro tiempo, no había conseguido efectuar observaciones educativas para mis conocimientos. El choque sensorial en el trance, para mi personalidad aún desatenta ante las cuestiones del espíritu eterno, me impidieron un análisis minucioso del asunto. Pero, ahora, la oportunidad podría dar más luz a mi alma, en cuanto a la posición de los recién desencarnados, antes de la inhumación del cuerpo físico.

Expuse al asistente mi propósito de aprender, y recibí de él la más amplia autorización. Podría visitar la residencia de Dimas a mi albedrío, permaneciendo allá todo el tiempo que quisiera.

Eso me llenó de alegría. No sólo por la ocasión de enriquecerme en la esfera práctica, sino también porque el hecho, en sí, era bastante expresivo. Por primera vez, un compañero de trabajo, con autoridad suficiente, estaba de acuerdo con mi deseo de humildísimo operario. El consentimiento, por lo tanto, representaba una preciosa conquista. Constituía la libertad instructiva con la responsabilidad de mi conciencia y la confianza de mis superiores jerárquicos.

Dejando la Casa Transitoria, en plena noche, me vi, en breve, en el hogar donde Dimas se había deshecho de los hilos de la materia más densa.

Entré. La casa estaba llena de amigos y simpatizantes, encarnados y desencarnados. No se apreciaba ningún servicio de defensa. Noté el libre tránsito de los grupos de distintas procedencias.

En un alejado rincón, aún ligado a las vísceras inertes por el cordón fluídico plateado, permanecía Dimas en el regazo de su madre, al pie de dos amigos que, cuidadosos, le asistían.

La noble señora me reconoció, conmovida, presentándome a los compañeros.

Uno de ellos, Fabricio, me acogió, servicial, interesándose por los informes relacionados con el desenlace. Le relaté los trabajos, en detalle. Enseguida, el interlocutor se explicó:

–Siempre tuve por Dimas una sincera admiración, por la ayuda provechosa que supo ofrecernos. Integró la comisión espiritual de servicio que viene atendiendo a los necesitados, a través suyo, en los últimos seis años. Fue siempre asiduo en las obligaciones, buen compañero y leal hermano.

Sorprendido con las referencias, pregunté:

¿Existen, pues, comisiones de colaboración permanente para los médiums en general?.

No me refiero en general –respondió el interlocutor– porque la mediumnidad es un título de servicio como cualquier otro. Y hay personas que pugnan por la obtención de los títulos, pero desestiman las obligaciones que les corresponden. Les gusta el inter- cambio con nuestro plano, pero no piensan en las responsabilidades anexas. Por eso no se establecen conjuntos de cooperación para los médiums en general, sino sólo para aquellos que estén dispuestos al trabajo activo. Hay muchos aprendices que no pasan del intento, de la observación. Desearían un camino llano, exigiendo la convivencia exclusiva de los espíritus genuinamente bondadosos. Experimentan la lucha constructiva a través de acercamientos superficiales y, a la primera dificultad, abandonan los compromisos asumidos. La adquisición de fortaleza moral no exime de las pruebas arriesgadas y angustiosas. Pero, cuando están delante de las exigencias naturales del aprendizaje, dicen que están heridos en la dignidad personal. No soportan la aproximación de infelices bien sean encarnados o desencarnados, parándose a la menor señal de dolor. Para semejantes experimentadores sería extremadamente difícil la formación de equipos eficientes, representativos de nuestro plano. No se sabe cuando están

dispuestos a servir. Si reciben facultades intuitivas, piden la incorporación, y si cuentan con la videncia, quieren la posibilidad de exteriorizar fluidos vitales para los fenómenos de materialización.

Escuché las sensatas observaciones y, registrando la nobleza de su alma, pasé a exponer mis consideraciones íntimas en torno a la tarea que nos había llevado hasta allí.

¿Por qué se había formado una expedición destinada al socorro de un servidor que disponía de amigos de tamaña competencia moral? Fabricio demostraba unos conocimientos elevados así como una condición superior. Pero, el obsequioso amigo, evidenciando extrema agudeza perceptiva, antes que yo hiciese alguna pregunta inoportuna, añadió:

–A pesar de nuestra amistad con el médium, no nos fue posible acompañarle en el trance. Teníamos nuestro trabajo, pero nuestros superiores, resolvieron proporcionarle reposo, lo que no nos sería posible prodigarle, en caso de que viniese directamente a nuestra compañía.

La conversación derivó a consideraciones sobre el problema de la muerte. Pregunté sobre lo que ya sabía, más o menos, para poder entrar en detalles más significativos:

–¿No todas las desencarnaciones de personas dignas cuentan con el amparo de grupos socorristas?

–No todas –confirmó el interlocutor– todos los fenómenos del deceso cuentan con el amparo de la caridad dependiente de las organizaciones de asistencia indiscriminada, no obstante, la misión especializada no puede ser concedida a quien no se distinguió en el esfuerzo perseverante del bien.

–Sin embargo –objeté, curioso, profundizando en lo que más me interesaba del asunto– ¿No existen criaturas, esencialmente bondadosas, que se liberan de los lazos físicos, y que están incluidas más o menos en comisiones de servicio espiritual de naturaleza superior, sin que haya misiones de salvamento, previamente designadas para socorrerlas?.

Después de una breve pausa, añadí para aclarar:

–Supongamos que Dimas estuviese en contacto reciente con su comisión de trabajo y desencarnase sin los cuidados de un grupo socorrista: ¿Sería dejado a merced de las circunstancias?.

Fabricio se rió, con franqueza, y respondió:

–Eso podría suceder. Tenemos algún precedente. En general, eso

ocurre con los trabajadores preocupados con conseguir de cualquier modo la desencarnación, alegando necesidades de reposo. Muchas veces, en el fondo, son criaturas bondadosas, pero menos lógicas y poco inteligentes. La semana pasada, por ejemplo, observamos un caso de esa naturaleza. Una señora, joven aún, por las disposiciones saludables que demostró en el campo de la beneficencia social, fue incorporada a un dedicado servicio, organizado por amigos nuestros.

Al producirse pequeñas discusiones entre ella y su esposo, y teniendo conocimiento de la inmortalidad de la vida, más allá del sepulcro, deseó la pobre criatura ardiente- mente morir. Esas simples liviandades del marido fueron suficientes para que maldijese al mundo y a la humanidad. No supo romper la cáscara del personalismo inferior y colocarse camino de la vida mayor. Por la cólera y por la intemperancia mental, creó la idea fija de liberarse del cuerpo de cualquier forma, aunque sin utilizar el suicidio directo. Conocía a los amigos espirituales a los que se había unido, pero, lejos de asimilar juiciosamente los consejos, repelía sus advertencias fraternales para aceptar tan sólo las palabras de consuelo que le eran agradables, dentro de las amonestaciones saludables que le dirigían.

Y tanto pidió la muerte, insistiendo en ella entre la amargura y la irritación persistente, que vino a desencarnar en una manifestación de ictericia complicada con un simple brote gripal. Se trataba de un verdadero suicidio inconsciente, pero la señora, en el fondo, era extraordinariamente caritativa e ingenua. No se recibió ninguna autorización para concederle descanso y mucho menos auxilio especial. Los benefactores de nuestra esfera, a pesar de la eficiente intercesión en beneficio de la infeliz, solamente pudieron apartarla de las vísceras cadavéricas, hace dos días, en tristes condiciones.

No teniendo ninguna orden de asistencia particularizada, por parte de nuestros superiores, y como no era aconsejable entregarla a su propia suerte, en base a las virtudes potenciales de las que era portadora, el director de la comisión de servicio, a la que se había afiliado la imprevisora amiga, la recogió, por compasión, en plena lucha, y ella se fue, precipitadamente, a trabajar por ahí, activamente, en condiciones mucho más serias y complicadas.

La explicación me llegó a lo más hondo.

Había obtenido información sobre lo que deseaba. La ley divina, de hecho, perfecta en sus fundamentos, es igualmente armoniosa en sus aplicaciones.

Fabricio, estampando una bella sonrisa, dijo:

–No fructifica la paz legítima sin la siembra necesaria. Alguien, para gozar el descanso, necesita, antes que nada, merecerlo. Las almas inquietas se entregan fácilmente a la desesperación, generando causas de sufrimiento cruel.

Inmediatamente después, contemplando al recién desencarnado, como si indicara que deberíamos centralizar todo el interés del momento en su bienestar, comentó, acariciando su frente:

–Nuestro amigo reposa ahora, terminada la tormenta de las pruebas incesantes. El pobre está muy debilitado. La sensibilidad, puesta al servicio de la obligación bien cumplida, castigó su alma, hasta el fin, sin embargo, plantó la fe, la serenidad, el optimismo y la alegría en millares de corazones, estableciendo sólidas causas de felicidad futura. Por el momento, permanecerá en la posición de un ave frágil, incapaz de volar lejos del nido.

–Felizmente –expuso la madre, satisfecha– viene mejorando de modo visible. Los residuos que le unen al cadáver están casi extinguidos.

Pasando la mirada por las paredes de la modesta residencia, añadió:

–Si fuese posible recibir mayor cooperación de los amigos encarnados, le sería mucho más fácil el restablecimiento integral. Sin embargo, cada vez que los parientes se inclinan, en llanto, sobre los restos, su cadáver le atrae con fuerza, perjudicando su rápida restauración.

–Pero, lamentablemente –dijo Fabricio–, nuestros hermanos encarnados no poseen la llave de los conocimientos reales para emitir la acción adecuada en estos momentos.

–Por eso –dijo la madre, resignada– insisto para que Dimas duerma, aunque su sueño, que podría ser sereno y dulce, esté poblado de pesadillas.

Frente a la sorpresa que mostré, el compañero se apresuró a explicarme:

–Las imágenes contenidas en las evocaciones de las conversaciones inciden sobre la mente del desencarnado, mantenido en reposo después de una rápida inmersión en la contemplación de los hechos relativos a la existencia finalizada. No solamente las imágenes. A veces, nuestros amigos presentes, fecundos en las conversaciones sin provecho, excitan

acaloradamente el recuerdo de ciertos hechos, que traen hasta aquí a algunos de los protagonistas ya desencarnados.

Las afirmaciones oídas excitaron mi curiosidad. Fabricio, deseando enriquecer mi experiencia directa, me aconsejó:

–Pase algunos minutos en la sala contigua, donde el cadáver recibe las visitas. Obedecí.

El velatorio presentaba el aspecto usual. Flores perfumadas, semblantes sesudos y conversaciones discretas. Al pie del cadáver, los amigos se mantenían en total discreción. A pocos pasos, sin embargo, se daban alas al anecdotario vibrante, en torno del amigo en tránsito para el “otro mundo”. Pequeñas y grandes ocurrencias de la vida del “muerto” eran recordadas con gracia y vivacidad.

Me acerqué a un grupo compacto en el que se hablaba sobre él. Un joven se dirigió a un caballero de edad, preguntando:

–¿Coronel, recibió la transferencia en su cuenta?.

–De momento, no –respondió el anciano, fumando– pero no me preocupo por el retraso. Dimas fue siempre un buen compañero y los hijos no olvidarán el compromiso paterno. Es cuestión de tiempo...

Interesado en resaltar las cualidades distinguidas del “fallecido” y revelando sus buenas disposiciones de historiador municipal, prosiguió:

–Dimas era un hombre interesante y excepcional. Siempre envidié su serenidad. Pocas personas he conocido más prudentes que él. Confieso que nunca me interesaron los estudios espiritistas, pero al observar su manera de proceder, siempre deseé conocer la doctrina que seguía.

Hasta ahí, todo muy bien. A pesar de la invocación de las deudas del “muerto”, el acreedor sólo pronunciaba palabras de estímulo y paz.

Sin embargo, en el estado actual de la educación humana, es muy difícil alimentar, por más de cinco minutos, una conversación digna y cristalina, en una asamblea superior a tres criaturas encarnadas.

El anciano modificó el tono de voz, miró en dirección del cadáver y comentó, en tono confidencial:

–Pocos hombres fueron tan discretos como éste. Conocí a Dimas, hace muchos años, y estoy seguro que fue testigo ocular de un pavoroso crimen, que nunca se desveló a los jueces de la Tierra.

Después de una ligera pausa, encendió el cigarro y preguntó, incitando la curiosidad de los oyentes:

–¿Ustedes nunca lo supieron?.

Los presentes mostraron una silenciosa negativa.

–Hace treinta años –continuó el narrador– Dimas residía al lado de una noble familia que tenía valiosos patrimonios. Desde ese grupo familiar, de alto concepto en la apreciación general, emanaban órdenes y beneficios para el bienestar de todos. Como no ignoran, hace tres decenios la vida en el interior aún conservaba en parte la herencia del Brasil imperial. La economía centralizada mantenía la “casa grande” simbólica, donde se trazaban los caminos para el servicio popular. Situado en la proximidad de una residencia feudal como esa, nuestro amigo llevaba una existencia humilde de trabajador, como un hombre de bien.

El caballero, inconsciente de los problemas del espíritu, enunció nombres, relacionó fechas y recordó maliciosamente ciertos pormenores, prosiguiendo con maliciosa jocosidad:

–Una noche, de madrugada, un conocido político salía del palacete residencial por la parte de atrás, acompañado de una señora que aparentaba excesiva despreocupación consigo misma, al despedirse con una intempestiva manifestación de afecto. Terminado el extraño adiós y, viéndose solo, el “Don Juan” dio algunos pasos para la retirada, espió, cauteloso, alrededor, e iba a continuar la marcha, cuando notó que alguien había observado sus gestos íntimos con aquella señora, que era la esposa de un respetable amigo. Era un modestísimo operario, que tal vez estuviese allí por fuerza de circunstancias inapreciables. El político le alcanzó de un salto. Hombre de complexión robusta y pasiones violentas, se aproximó al espectador inesperado y le interpeló, brutalmente, a lo que el pobre respondió, humildemente:

–¡Doctor –no estoy espiándole, lo juro!

–Es igual, debes morir –dijo el atlético agresor, lleno de cólera. Le agarró por la chaqueta y afirmó, con los dientes cerrados:

–¡Los gusanos que molestan, deben morir!.

–¡No me mate, doctor! ¡No me mate! –rogó el infeliz– ¡Tengo mujer e hijos! sabré respetarle!...

No le valió a la víctima doblarse de rodillas en la súplica, porque el

hombre terrible, ciego de furia, tomó su arma y le descargó un certero disparo en el corazón, alejándose precipitadamente.

Dimas, habiendo observado los hechos a corta distancia, gritó, haciéndose oír por el asesino, que le reconoció por las exclamaciones. Enseguida, corrió para amparar al herido, que no llegó ni a gemir. Habiéndose aproximado al asesinado, cuando otras personas, en pijama, corrían igualmente, para comprobar lo ocurrido, se mantuvo a salvo de cualquier actitud sospechosa. No obstante, llamado por las autoridades, para que declarase lo sucedido él, que todo lo sabía, nada reveló. Protegió al muerto en los funerales, dispensándole extremos cuidados, extensivos a la familia, con la que se portó como un cristiano fiel, negándose, sin embargo, a proporcionar ningún indicio para que el criminal fuese capturado, alegando desconocer el detalle de los hechos que dieron motivo al acontecimiento. Y el caso policial fue cerrado, en la suposición de latrocinio. El único testigo, que era él, consideraba preferible el silencio al escándalo que traería enormes disidencias domésticas y sociales.

El narrador miraba el cadáver y comentó:

– ¡No conocí hombre más discreto!... Un oyente preguntó, malicioso:

– Pero, coronel, ¿cómo vino a saber los detalles, si Dimas no llegó nunca a denunciar?.

El interpelado hizo un gesto de franca satisfacción y agregó:

– Ventajas de la buena amistad con los sacerdotes. Mi viejo amigo, el Padre F..., que Dios guarde, me contó el hecho, sumamente impresionado. Oyó al asesino, en confesión, antes de su muerte y tuvo todos los detalles del crimen. El homicida, meticuloso al exponer sus faltas, no se olvidó de nombrar a Dimas al vicario, como único testigo del hecho. El sacerdote, sin embargo, excelente amigo, hombre de mundo, no hizo público el caso. Las personas envueltas en el drama dejaron familia y sería una crueldad recordar un acontecimiento tan triste.

El narrador mostró una curiosa expresión en el rostro y remató, apagando el cigarro:

– Todo pasa... Murieron la víctima, la adúltera, el asesino, el confesor y, ahora, el testigo. Seguramente, existe un lugar, fuera de este mundo, para hacer justicia.

En ese momento, una horrible figura, seguida de otras, no menos monstruosas, surgió inesperadamente. Y acercándose al coronel y oyendo

sus últimas palabras, le sacudió y gritó:

–¡Yo soy el asesino! ¿Qué quiere usted de mí? ¿Por qué me llama? ¿Acaso es juez?!

El narrador no divisaba lo que yo veía, pero su cuerpo fue alcanzado por un involuntario estremecimiento, que arrancó ocultas risas de los presentes.

Más tarde, el homicida desencarnado, atraído tal vez por el olor fuerte de las flores reunidas en el catafalco improvisado, tuvo la perfecta noción del velatorio. Se abalanzó, precipitadamente, contemplando al muerto.

Le reconoció, estampó un gesto de profunda sorpresa, se arrodilló y gritó:

–Dimas, Dimas, ¿También tú vienes hacia la verdad? ¿Dónde estás buen amigo, que cubriste mi falta con caridad sin límite? ¡Socórreme! ¡Estoy desesperado! ¿Dónde encontraré a mi víctima para suplicarle el perdón que tanto necesito? ¡Ayúdame! ¡Ten compasión! ¡Debes saber lo que ignoro! ¡Socórreme, socórreme!...

Al lado del infeliz, en rogativa, diversas entidades sufridoras permanecían estáticas.

Pero Fabricio surgió inesperadamente y ordenó a los invasores que se alejasen inmediatamente.

Una vez limpia la habitación de nuevo, se dirigió a mí, diciendo:

–Este grupo entró en esta casa por la invocación directa efectuada.

Le dije, impresionado, lo que había visto. Me oyó tranquilo y comentó:

–La observación, hecha por nosotros mismos, es siempre más valiosa. Dimas, a pesar de haberse dedicado a la causa del bien y obligado a un gran esfuerzo de cooperación en la obra colectiva, descuidó la práctica metódica de la oración en familia, en su hogar. Por eso tiene defensas personales, pero la residencia se conserva a merced de las visitas de toda índole.

La explicación era significativa. Comencé a comprender la razón del sentimentalismo perjudicial de la familia inconforme. Deseando, con todo, aprender más sobre la desencarnación, pregunté:

–¿Nuestro amigo recién liberado habrá oído la súplica del desventurado hermano?

-Gime bajo una terrible pesadilla, en los brazos maternos, explicó Fabricio al recordar el hecho relatado. Desde hace algunos minutos vigilamos su agitación, notando que recibía choques desagradables, a través del cordón final.

¿Oyendo y viendo las escenas invocadas? -insistí, preguntando.

No llegó a ver ni a oír, integralmente, esa perturbación espontánea, pero vislumbró, sintió, se oprimió y se torturó, perjudicando la conquista de sí mismo. Las fuerzas mentales están revestidas de un maravilloso poder.

Señalando a los grupos que continuaban conversando, dijo:

-Nuestros amigos de la esfera carnal son aún muy ignorantes para el trato con la muerte. En vez de traer pensamientos amigos y reconfortantes, oraciones de auxilio y vibraciones fraternales, lanzan a los recién desencarnados las piedras y las espinas que dejaron en las sendas recorridas. Por eso los muertos que entregan sus restos a los solitarios cementerios de la indigencia son mucho más felices.

Aun no había terminado estas consideraciones, cuando la esposa de Dimas, en un acceso de llanto, se levantó del lecho en que reposaba y avanzó hacia el cadáver, repitiendo su nombre, conmovedoramente:

-¡Dimas! ¡Dimas! ¿Qué voy a hacer? ¿Estaremos separados, entonces, para siempre?...

Como Fabricio se dirigía apresuradamente para el cuarto humilde en que permanecía el desencarnado, le acompañé. La madre del médium hacía esfuerzos para contenerle, pero en balde. Por el hilo plateado se había establecido un vigoroso contacto entre él y su esposa, porque Dimas se irguió, tambaleante, a pesar del cariño materno. Estaba lívido y medio loco. Avanzó hacia la sala mortuoria, rogando paz, pero antes que pudiese aproximarse mucho al cadáver, Fabricio aplicó energías de postración a la esposa imprudente, que fue nuevamente conducida al lecho, ahora sin sentido, mientras que Dimas volvía al regazo materno, menos afligido.

El amigo, me dijo, sereno:

-Hay situaciones en que debemos actuar drásticamente. Nuestro hermano hizo mucho por la armonía de los demás, durante su existencia, y merece una liberación pacífica. Me siento, pues, en el deber de protegerle para que se desembarace de los últimos residuos que aun le unen a la materia densa.

Otros amigos y afines del médium llegaron al hogar, interesados en ayudarlo y, como la noche iba muy avanzada, me despedí de todos, regresando al acogedor asilo de Fabiano.

Al otro día, tan pronto como me vio, me dijo el asistente Jerónimo, después del saludo inicial:

-Espero, André, que el velatorio te haya proporcionado útiles e instructivas enseñanzas.

Sí, el asistente hablaba con mucha propiedad y razón. Yo había aprendido mucho, durante la noche. Aprendí que los velatorios no deben ser puntos de referencia para la vida social, sino recintos consagrados a la oración y al silencio.

. [[ir a ÍNDICE](#)]

## **XV- APRENDIENDO SIEMPRE.**

Dos horas antes de organizarse el cortejo fúnebre, estábamos en nuestros puestos.

La residencia de Dimas estaba llena de personas de todas clases, además de una apreciable cantidad de entidades espirituales.

Jerónimo, resuelto, entró en la casa, seguido por nosotros.

Se encaminó hacia el rincón donde el recién desencarnado permanecía abatido y somnoliento, bajo las caricias maternas. Noté que el médium liberado tenía ahora su cuerpo periespiritual más perfeccionado, más concreto. Tuve la nítida impresión que, a través del cordón fluídico, del cerebro muerto al cerebro vivo, el desencarnado absorbía los principios vitales residuales del plano fisiológico. Nuestro dirigente le contempló, enternecido, y pidió informes a la madre, que nos dijo:

-Gracias a Jesús, mejoró sensiblemente. Se nota nuestra influencia restauradora y creo que bastará que le desliguemos del último lazo para que vuelva tomar conciencia de sí mismo.

Jerónimo le examinó y auscultó, como un médico experto. Luego, cortó el lazo final, comprobando que Dimas, desencarnado, hacía ahora el esfuerzo del convaleciente al despertar, atontado, al final de un largo sueño.

Solamente entonces noté que si el organismo periespiritual recibía las últimas fuerzas del cuerpo inanimado, éste, a su vez, absorbía también algo

de energía del otro, que le mantenía sin notables cambios.

El apéndice plateado era una verdadera arteria fluídica, sustentando el flujo y reflujo de los principios vitales en readaptación. Retirada la última vía de intercambio, el cadáver mostró señales, casi de inmediato, de avanzada descomposición.

El análisis del cadáver de Dimas causaba tristeza.

Innumerables gérmenes microscópicos entraban, como ejércitos voraces, en combate abierto, liberando gases ocultos que revelaban la putrefacción de los tejidos y líquidos en general. Los rasgos del difunto se hallaban alterados, degenerándose también la estructura de los miembros. Los órganos autónomos, a su vez, perdían su forma característica, tumefacta e inmóvil.

Por otra parte, Dimas-libre, es decir Dimas-espíritu, despertaba.

Amparado por la madre, abrió los ojos y los fijó alrededor, como en un impulso de un niño alarmado y llamó a la esposa, con aflicción. Había dormido en exceso, pero alcanzó una sensible mejoría. Veía la casa llena de gente y deseaba saber alguna cosa al respecto. Pero, su madre, acariciándole suavemente, le calmó, aclarando:

–Mira, Dimas: La puerta por la que te comunicabas con el plano carnal, somático, se cerró con tus ojos físicos. Ten serenidad y confianza, porque la existencia, en el cuerpo físico, terminó.

El desencarnado no disimuló una penosa impresión de angustia y la miró con amargura y espanto, identificándola por la voz, un tanto vagamente.

–¿No me reconoces, hijo?.

Bastó la pregunta cariñosa, pronunciada con especial inflexión de dulzura, para que el desencarnado se abrazase a la viejita, gritando, en una mezcla de júbilo y sufrimiento:

–¡Madre! ¡Mi madre!... ¿Será posible?.

La anciana le mantuvo tiernamente en los brazos y dijo:

–¡Escucha! Contén las emociones que ahora son extremadamente perjudiciales. Mantén el equilibrio, frente a los hechos consumados. Estamos, ahora, juntos, en una vida más feliz. No tengas preocupaciones sobre los que quedaron. Todo será remediado, como conviene, en el

momento oportuno. Por encima de cualquier pensamiento que te incline a la prisión en el plano que acabas de dejar, haz valer la confianza sincera y firme en nuestro Padre Celestial.

-¡Oh madre! ¿Y mi esposa y mis hijos?.

La sabia benefactora, sin embargo, cortó las palabras, consolándole:

-Los lazos terrenos, entre vosotros, fueron interrumpidos. Dáselos a Dios, con la seguridad de que el Eterno Señor de la vida, a quien de hecho pertenecemos, permitirá siempre que nos amemos unos a los otros.

Dimas la contempló, a través de un espeso velo de llanto, y, antes que pronunciase nuevas preguntas, dijo la madre cariñosamente, presentándole a Jerónimo, que contemplaba la escena, conmovido:

-He aquí el amigo que te desligó de las cadenas transitorias. Pronto, partirás, en su compañía, buscando la ayuda eficiente que necesitas.

Aunque aturdido, el hijo esbozó un silencioso gesto de contrariedad, ante la perspectiva de una nueva separación de la convivencia materna, pero la viejita intervino, agregando:

-Vine hasta aquí porque me llamaste, recurriendo a la Madre Divina, pero no estoy autorizada para llevarte conmigo, por el momento. Pero, el hermano Jerónimo, es un dedicado orientador que te conducirá el servicio de tu recuperación. Ten confianza. Iré a verte cuantas veces sea posible, hasta que nos podamos reunir en otro hogar venturoso, sin las lágrimas de la separación ni las sombras de la muerte.

Enseguida, susurró algunas palabras que solamente Dimas pudo escuchar y, con profunda emoción, le vi abandonar los brazos maternos y avanzar, tambaleante, hacia Jerónimo, besándole respetuosamente las manos. El asistente agradeció el cariñoso gesto de reconocimiento y amor y, dijo:

-Nada hacemos aquí, sino el deber que nos trajo. Guarde su agradecimiento para Jesús, nuestro Benefactor Divino.

El trabajador recién liberado traía la mirada nublada por el llanto, entre la alegría y el dolor, la nostalgia y la esperanza.

La dedicada madre le amparó, una vez más, animándole:

-Dimas, aquí se reúnen diversos amigos tuyos, en manifestación inicial de regocijo por tu venida. Pero, tu posición es la del convaleciente,

lleno de cicatrices que exigen cuidado. Habla poco y ora mucho. No te aflijas, ni te lastimes. Por hoy, no preguntes nada más, hijo mío. Sobre todo, se dócil para que nuestro auxilio no sea mal interpretado por la visión deficiente que traes del plano físico. Acompañaremos tus restos hasta la última morada, para que hagas el ejercicio preliminar para el gran viaje que llevarás a cabo, dentro de pocos minutos, apoyado por nuestros amigos, camino del restablecimiento. No temas, pues ya te preparaste para recibir nuestra cooperación, sembrando el bien, en largos años de actividades espiritistas. No des cabida al miedo, que siempre establece peligrosas vibraciones de caída en transiciones como en la que te encuentras.

Luego, conduciéndole a la cámara mortuoria, donde el cuerpo yacía inmóvil, dispuesto para partir, añadió la anciana, bajo la mirada de aprobación que Jerónimo le dirigía:

–Ven a ver el instrumento que te sirvió fielmente durante tantos años. Contéplalo con gratitud y respeto. Fue tu mejor amigo, compañero en la larga batalla redentora.

Y como la viuda y los hijos lloraban lamentándose, advirtió:

–Deploro los sentimientos negativos a los que dan cabida tus seres amados, ignorantes de las realidades del espíritu. No te detengas, Dimas, en las lágrimas que derraman, ya que permanecen en la incompreensión. Este llanto y estas exclamaciones angustiosas no traducen la verdad de los hechos. Tú sabes ahora, más que nunca, que la inmortalidad es sublime. Nunca existió el adiós para siempre. Abstente, pues, de responder, de momento, a las preguntas que tu mujer y tus hijos dirigen al cadáver. Cuando te repongas, volverás a auxiliarles, dedicándoles siempre, un inestimable amor.

Dimas procuró contenerse ante la perturbación general del ambiente doméstico, y, vacilante, se inclinó sobre el ataúd, vertiendo gruesas lágrimas. Se veía el inaudito esfuerzo que hacía para mantener la serenidad en aquellos momentos. Muy cerca, su esposa profería frases de intensa amargura. Sin embargo, obedeciendo a las recomendaciones maternas, él guardaba una discreta actitud de tristeza y ternura.

Noté que Dimas sentía dificultades para esbozar razonamientos, porque intentó en vano articular una oración, en voz alta. Percibiendo su intenso deseo, se aproximó Jerónimo a un sensible hermano encarnado que estaba presente, le tocó la frente con la diestra luminosa y el compañero, declarando sentirse inspirado, se levantó y pidió permiso para pronunciar una breve súplica, en lo que fue atendido y acompañado por todos.

Bajo la influencia del orientador espiritual, el compañero oró sentidamente. Comprobé que Dimas experimentaba un inmenso consuelo, gracias al gesto amigo de Jerónimo.

Después, ante las exclamaciones dolorosas de los familiares, se cerró el ataúd y dio comienzo la procesión silenciosa.

Seguíamos, al final del cortejo, más de veinte entidades desencarnadas, incluyendo al hermano recién liberado.

Abrazado a su madre, Dimas, con pasos inciertos y lentos, oía de ella discretos y sabios consejos.

Entre los muchos amigos del círculo carnal, reinaba un profundo pesar, pero, entre nosotros, imperaba una tranquilidad afectiva y espontánea.

Seguimos en calma, cuando nos acercamos al camposanto.

Una extraña sorpresa me dominó súbitamente. Ninguno de mis compañeros, a excepción de Dimas, que hacía un visible esfuerzo para sosegar, exteriorizó ninguna emoción, delante del cuadro que veíamos. Pero no pude reprimir el espanto que sintió mi corazón. Las gradas de la necrópolis estaban llenas de gente del plano invisible, en gritería ensordecedora. Una verdadera concentración de vagabundos sin cuerpo físico, se apiñaba en la puerta. Dirigían insultos y bromas a la larga fila de amigos del muerto. Pero, al percibir nuestra presencia mostraron su enfado, y uno de ellos, más decidido, después de mirarnos desilusionado, gritó a los demás:

–¡No podemos hacer nada! Está protegido...

Me volví, preocupado, y pregunté al padre Hipólito qué significaba todo aquello. El ex-sacerdote no se hizo de rogar.

–Nuestra función, acompañando los despojos –dijo, afablemente–, no tiene por finalidad solamente ejercitar al desencarnado para los movimientos iniciales de la liberación. Se destina también a su defensa. En los cementerios acostumbran a reunirse grupos de malhechores, atacando las vísceras cadavéricas, para aprovechar los residuos vitales.

Ante mi extrañeza, Hipólito consideró:

–No te extrañes. El Evangelio, cuando describe el encuentro de Jesús con los endemoniados, se refiere a espíritus perturbados que habitan entre los sepulcros.

Reconociendo mi inexperiencia en materia religiosa, Hipólito continuó:

–Como sabes, las Iglesias dogmáticas de la Tierra poseen erradas nociones acerca del diablo, pero, innegablemente, los diablos existen. Somos nosotros mismos, cuando, desviados de los divinos designios, pervertimos el corazón y la inteligencia, en la satisfacción de caprichos criminales...

–¡Que paisaje más repugnante! –exclamé, sorprendido, interrumpiendo la instructiva explicación.

–Es verdad –asintió el interlocutor–, es ciertamente asqueroso, pero, es un reflejo del mundo, donde, también nosotros, no siempre fuimos leales hijos de Dios.

Después, ante mis ojos atónitos, Jerónimo se inclinó piadosamente sobre el cadáver, en el ataúd momentáneamente abierto antes de la inhumación, y, a través de pases magnéticos longitudinales, extrajo todos los residuos vitales, dispersándoles en la atmósfera, a través de un proceso indescriptible en el lenguaje humano por inexistencia de comparación análoga, para que las entidades inferiores no se apropiasen de ellos.

Terminada la curiosa operación, volví mi atención hacia unos gemidos emitidos en diversas zonas de aquella morada respetable, que parecía un amplio depósito de almas.

Jerónimo conversaba con algunos colegas, mientras la mayoría de los compañeros encarnados, en obediencia a la tradición, lanzaban la clásica palada de tierra sobre el ataúd.

Impresionado con los sollozos que oía en un sepulcro próximo, me acerqué a observar quien los emitía.

Sentada sobre la tierra, una infeliz mujer desencarnada, aparentando unos treinta y pocos años, tenía su cabeza en las manos, quejándose en un tono conmovedor.

Compadecido, le toqué la espalda y le pregunté: –¿Qué le pasa, hermana?.

–¿Qué me pasa? –gritó ella, fijando en mis sus grandes ojos de loca ¿No lo sabe?.

¡Oh! usted me llama hermana... ¿Quién sabe si puede hacer algo para que mi conciencia vuelva en sí misma? ¡Si es posible, ayúdeme por piedad! No sé diferenciar lo real de la ilusión... Me llevaron a un hospital y entré en

esta pesadilla que usted está viendo.

Intentaba levantarse, en balde e imploraba, extendiéndome las manos:

–¡Señor, necesito volver! ¡Lléveme a casa, por favor! ¡Necesito volver a ver a mi esposo y a mi hijito!... ¡Si esta pesadilla se prolonga, soy capaz de morir!...

¡Despiérteme, despiérteme!...

¡Pobre criatura! –exclamé, sin curiosidad, ante la compasión que el triste cuadro provocaba– ignora que su cuerpo volvió al lecho de cenizas. No podrá ser útil al esposo y al hijito, en semejantes condiciones de desesperación.

Me miró, angustiada, como si quisiese deshacerse en un ataque de rebeldía inútil.

Pero antes que explotase en rugidos de dolor, dije:

¿Ya rezó, amiga mía? ¿Se acordó de la Divina Providencia?.

¡Quiero un médico, rápido! ¡Sólo oigo a sacerdotes! –gritó irritada– ¡No puedo morir... despiértenme! ¡Despiértenme!...

–Jesús es nuestro Médico Infalible –volví a decir– y la oración es como un remedio providencial para que Él la asista y la cure.

La infeliz, parecía distanciada de cualquier noción de espiritualidad. Intentando agarrarme con las manos llenas de manchas extrañas, aunque no me alcanzase, gritó:

–¡Llamen a mi marido! ¡No soporto más! ¡Me estoy pudriendo!.. ¡Oh! ¿Quién me despertará?

De la furia afligida, pasó al llanto humilde, hiriendo mi sensibilidad. Comprendí, entonces, que la desventurada sentía todos los fenómenos de la descomposición cadavérica y, examinándola detenidamente, reparé que un hilo singular, sin la luz plateada que caracterizaba al de Dimas, pendía de su cabeza, penetrando suelo adentro.

Iba a aconsejarle, de nuevo, recordándole los recursos sublimes de la oración, cuando se acercó, a mí, un trabajador de nuestro plano, informándome, con espontánea bondad:

–Amigo mío, no se preocupe.

La advertencia no sonó bien en mis oídos. ¿Cómo no preocuparme, delante de la infortunada mujer que decía ser esposa y madre? ¿Cómo no intentar arrancarla de la peligrosa ilusión? ¿No sería justo consolarla, esclarecerla? No contuve la serie de preguntas que afloraban de mi mente a la boca.

Lejos de perturbarse, el interpelado, me respondió tranquilamente:

–Comprendo su extrañeza. Debe ser la primera vez que frecuenta un cementerio como éste. Le falta experiencia. En cuanto a mí, ocupo el puesto de asistencia espiritual de esta necrópolis.

Desarmado por la serenidad del interlocutor, me calmé y volví a mi primera actitud. Reconocí que el local, a pesar de estar repleto de entidades vagabundas, no estaba desprovisto de servidores del bien.

–Somos sólo cuatro compañeros –prosiguió la entidad–, y, es cierto, no podemos atender a todas las necesidades del servicio. Pero crea que velamos por la solución de todos los problemas fundamentales. A pesar de nuestro cuidado, no podemos, todavía, olvidar el imperativo del sufrimiento benéfico para todos aquellos que vienen hasta aquí, después de un deliberado desprecio por los sublimes patrimonios de la vida humana.

Alcancé el sentido oculto de esas explicaciones. El cooperador quería decir, naturalmente, que la presencia, allí, de malhechores y ociosos desencarnados se justificaba en base del gran número de ociosos y malhechores que se apartan diariamente de la Corteza de la Tierra. Era el *similia similibus curentur* en acción, cumpliéndose los dictámenes de la Ley del Progreso. Castigándose y flagelándose, mutuamente, alcanzarían los desviados la noción del verdadero camino salvador.

Me fijé en la infeliz y expuse mi propósito de estudiarla.

–Es inútil –dijo el servicial guardián, experto en los conocimientos de justicia y seguro en la práctica, por la convivencia diaria con el dolor– nuestra desventurada hermana permanece bajo un gran desorden emocional. Está totalmente loca. Vivió treinta y tantos años en la carne, absolutamente ajena a los problemas espirituales. Gozó, hasta la saciedad, de la vida física. Después de un feliz matrimonio, realizado sin ninguna preparación de orden moral, se quedó embarazada, situación esta que rechazó por completo, precipitándose, por falsa superioridad, en extravagantes condiciones fatales. Llamada al testimonio edificante de la abeja laboriosa, en la colmena del hogar, prefirió la posición de la mariposa voluble, sedienta de novedades efímeras. El resultado fue funesto.

Terminado el parto difícil, sobrevinieron infecciones y fiebre maligna, aniquilando su organismo. Supimos que, en los últimos instantes, los vahídos del hijito tierno despertaron sus instintos de madre y la infortunada combatió ferozmente con la muerte, pero ya era tarde. Atada a sus restos por su propia conveniencia, se ha destacado aquí por su inconformismo. Varios amigos visitantes, en costosa tarea de beneficio a los recién desencarnados, han venido a la necrópolis intentando liberarla. Pero, la pobrecita, después de atravesar su existencia inmersa en un sólido materialismo, no sabe asumir la menor actitud favorable al estado receptivo de auxilio superior. Exige que el cadáver reviva y cree estar en una atroz pesadilla, lo que sólo hace agravar su desesperación. Los benefactores, están a la espera de manifestaciones que indiquen mejoras íntimas, porque sería peligroso forzar la liberación, por la probabilidad que tiene la infeliz de entregarse a los malhechores desencarnados.

Señalé el lazo fluídico que le unía al cuerpo físico sepultado y observé:

–Pero la pobre sufre la desintegración del cuerpo físico con terribles tormentos, conservando la impresión de estar unida a la materia putrefacta. ¿No tenemos recursos para aliviarla?.

Tomé la actitud espontánea de quien deseaba intentar la medida liberadora y pregunté:

–¿Quién sabe si llegó el momento? ¿No sería razonable cortar el lazo?

–¿Qué dice? –objetó, sorprendido, el interlocutor– ¡No, no puede ser! Tenemos órdenes.

–¡Por qué esa exigencia tan grande? –insistí.

–Si desatásemos los lazos, ella regresaría, intempestivamente, a su hogar, poseída por la rebeldía, a destruir lo que encontrase. No tiene derecho, como madre infiel al deber, de atormentar con su pasión desvariada el cuerpecito tierno del hijo y, como esposa desatenta a las obligaciones, no debe perturbar el servicio de recomposición psíquica del compañero honesto que le ofreció en el mundo lo que poseía de mejor. Es ley natural que el labrador recoja de acuerdo con lo que ha sembrado. Cuando calme las pasiones volcánicas que consumen su alma, cuando humille su corazón voluntarioso, respetando la paz de los seres amados que dejó en el mundo, entonces será liberada y dormirá un sueño reparador, en una estancia de paz que nunca falta al necesitado que agradezca las bendiciones de Dios.

La lección era dura, pero lógica.

La infortunada criatura, ajena a nuestra conversación, proseguía gritando, como una demente encerrada en una dolorosa prisión.

Intenté ampliar mis observaciones, pero el servidor me llamó a otras zonas, de donde partían gemidos estridentes.

–Son varios infelices, en la vigilia de la locura –dijo con calma.

Y señalando a un viejo desencarnado, en cuclillas sobre su propia sepultura, comentó:

–Venga y escúchele.

Acompañando a mi nuevo amigo, noté que el sufridor se mantenía igualmente en unión con el fondo.

–¡Ay, Dios mío! –decía– ¿quién guardará mi dinero? ¿Quién guardará mi dinero? Observando que nos aproximábamos, rogaba, y suplicaba:

–¿Quién son? ¡Quiere robarme! ¡Socórranme, socórranme!... En balde le dirigí palabras de valor y consuelo.

–No oye –informó el vigilante– su mente está llena de imágenes de monedas, letras, cédulas y escrituras. Va a permanecer bastante tiempo en la presente situación y, como ve, no podemos, en sana conciencia, facilitar su retirada, porque iría a castigar a los herederos y a atormentarles diariamente.

Como no pude disimular el asombro que invadió mi corazón, el servidor optimista afirmó:

–No hay motivo para tanto asombro. Estamos delante de infelices, a los que no les falta protección y esperanza. Hay otros tan acentuadamente furiosos y perversos que, del fondo oscuro del sepulcro, se precipitan en los tenebrosos despeñaderos de los planos inferiores de la Corteza terrestre, tal es el estado deplorable de sus conciencias, atraídas hacia las densas tinieblas.

Con la tranquilidad del colaborador consciente del servicio a realizar, añadió:

–Según podemos apreciar, si hay alegría para todos los gustos, hay también sufrimiento para todas las necesidades.

En este instante, Jerónimo me llamó a mi puesto.

Agradecí al amable informante, profundamente emocionado por lo que

había visto, y me despedí de él. En el cementerio ya no había encarnados y el propio sepulturero se dirigía a la salida.

Fue conmovedor el adiós entre Dimas y la madre, que prometió visitarle, siempre que fuese posible.

Nosotros, después de mutuos agradecimientos y recíprocos votos de paz, nos sentimos, en fin, en condiciones de partir.

Pero, antes, mi curiosidad inquisidora deseaba entrar en acción. ¿Cómo se sentiría Dimas, ahora? ¿No sería interesante consultar las opiniones y los informes? Podría quizás proporcionarme un testimonio valioso para cualquier esclarecimiento en el futuro que pudiese prestar a otros.

Personalmente, en referencia a mi desencarnación, no pude recoger estos detalles, ya que la muerte me había sorprendido en un absoluto alejamiento de las tesis de la vida eterna, y, en el postrero trance carnal, mi inconsciencia fue completa.

Nuestro dirigente percibió mi propósito y dijo, de buen humor:

–Puedes preguntar a Dimas lo que desees saber.

Le manifesté mi agradecimiento, mientras el recién liberado se prestaba, bondadosamente, a mis deseos.

–¿Siente todavía los fenómenos del dolor físico? –comencé.

–Guardo la impresión integral del cuerpo que acabé de dejar –respondió él, delicadamente. Noto, sin embargo, que, al desear permanecer al lado de los míos, y continuar donde siempre estuve durante muchos años, vuelvo a experimentar los padecimientos que sufrí, pero, al conformarme con los designios superiores, me siento después más leve y reconfortado. A pesar del poco tiempo que hace que me siento despierto, ya pude tomar nota de esa observación.

–¿Y los cinco sentidos?.

–Los tengo en perfecta función.

–¿Siente hambre?.

–Llego a notar el estómago vacío y quedaría satisfecho si recibiese algo de comer, pero ese deseo no es incómodo o torturante.

–¿Y sed?.

–Sí, aunque no sufro por eso.

Iba a continuar mi curioso interrogatorio, pero Jerónimo, sonriente, me dijo:

–Puedes intensificar el relato de las impresiones, cuanto desees, interesado como estás en colaborar en la creación de la técnica descriptiva de la muerte, teniendo en cuenta, no obstante, que no se producen dos desencarnaciones rigurosamente iguales. Las impresiones dependen de la posición espiritual de cada uno.

Sonreímos todos, ante mis impulsos de saber, y, amparando a Dimas, cariñosamente, realizamos, satisfechos, el viaje de vuelta.

. [[ir a ÍNDICE](#)]

## **XVI- EJEMPLO CRISTIANO.**

De acuerdo con la hoja de ruta trazada por el asistente, Hipólito y Luciana quedaban en la Casa Transitoria, atendiendo a las necesidades premiantes de Dimas recién liberado, mientras nosotros dos acompañaríamos a Fabio, en proceso de desencarnación.

–Fabio permanece en una excelente forma –nos aclaró el orientador– y no exigirá una cooperación complicada. Pudo preparar, con relación a su muerte física, no solamente a sí mismo, sino también a sus parientes, que, en vez de preocuparse como acontece comúnmente, serán útiles colaboradores de nuestra tarea.

Jerónimo se expresaba con sólidas razones porque, realmente, Dimas se mostraba en un estado de lamentable abatimiento. A pesar de la fe que animaba su espíritu, las nostalgias de su hogar le infundían una inexpresable angustia. A veces, terminada la conversación serena en que se revelaba tranquilo y seguro en las palabras, se ponía a gemir dolorosamente, llamando a su esposa e hijos, inquieto. En tales momentos, volvía a los síntomas de la molestia que había destruido su cuerpo físico, y con dificultad, conseguíamos sustraerle a la extraña psicosis, haciéndole regresar a la posición normal. Intentaba desprenderse de nuestra influencia amiga, como si hubiera enloquecido repentinamente, en el propósito de huir sin rumbo cierto. Gritaba, gesticulaba, se afligía, como un sonámbulo inconsciente.

No pude disimular la sorpresa que me asaltó ante esa ocurrencia. Si estuviésemos tratando con una criatura ajena a los servicios de la espiritualidad superior, sería comprensible el cuadro que se desarrollaba

ante nuestros ojos, pero Dimas había sido un instrumento dedicado del Espiritismo cristiano, que consagró su existencia a la consoladora doctrina que cambia la tumba vacía por la vida eterna. Sabía de antemano, en el plano físico que sería sometido a las lecciones de la muerte y que no le faltarían ricas posibilidades de continuar junto a su familia, ya separada de él, aparentemente, según el simple punto de vista material. ¿Por qué se producían semejantes disturbios? ¿No merecía una excepcional atención de nuestros superiores jerárquicos?.

En una ocasión oportuna expuse a nuestro asistente estas cuestiones. Jerónimo, sin sorprenderse, me respondió, con buen humor:

–Debes saber, André, que cada uno de nosotros es, por sí mismo, todo un mundo. Los esclarecimientos y consuelos son dádivas de Dios, nuestro Padre, pero las convicciones y realizaciones son obra nuestra. Cada servidor tiene su escala propia de edificaciones, en la tabla de valores inmortales. Una clase recibe las mismas enseñanzas en general para todos los alumnos que la integran, que luego se diferencian por su aprovechamiento particular. El mérito no es un patrimonio común, sino que desafía a todos los caminantes de la vida hacia la suprema elevación. Dimas fue un destacado discípulo del Evangelio, principalmente en el sector de asistencia y difusión, pero, en cuanto a sí mismo, no realizó un aprovechamiento integral de las lecciones recibidas. Esparció las simientes de la luz y de la verdad, se dedicó largamente a la causa del bien, mereciendo, por eso mismo, especial socorro. Pero, en el campo particular, no se preparó, suficientemente. Como ocurre a la mayoría de los hombres, se unió demasiado a su familia, concediéndole un excesivo cariño. Bajo el punto de vista humano, se consagró lo necesario a su esposa e hijos, pero, si bien es verdad que les prodigó mucha ternura, no les proporcionó todo el esclarecimiento de que disponía, que les habría liberado de la esfera pesada de incompreensión. Y ahora, es muy natural, que sufra su asedio. La inquietud de sus parientes le alcanza, a través de los hilos invisibles de la sintonía magnética.

Sonrió, benévolo y continuó:

–Nuestro hermano, innegablemente, mereció el auxilio de nuestro plano, pues consiguió encaminar a prestigiosos amigos que le dedican valiosos servicios de intercesión, pero no se preparó, interiormente, para alejarse del plano físico, por lo que tendrá que invertir algunos días para reponerse.

La enseñanza significaba mucho para mí, que veía a tan dedicado

servidor, rodeado de la más honrosa consideración, por parte de las autoridades de nuestro plano, en porfiada lucha consigo mismo para restaurar su propio equilibrio. Y concluí, una vez más, que el amor puede improvisar infinitos recursos de asistencia y cariño, despertando facultades superiores del espíritu, pero que la ley divina es siempre la misma para todos. Se puede recibir ayuda y cooperación fraterna, sin embargo, cada hombre, por sí mismo, se elevará al cielo o descenderá a los infiernos transitorios, de acuerdo a las disposiciones mentales a las que se apegaba.

Pasado un corto período de provechosas observaciones y marcada la hora de la liberación del nuevo amigo, Jerónimo y yo volvimos a la Corteza, para cumplir con nuestras responsabilidades.

Nos acercamos al barrio humilde en el que Fabio vivía. La casita era sencilla y encantadora. Rodeada de flores, se veía que todo el escenario merecía la ternura de los moradores.

Desde lo lejos, llegaba el ruido de la enorme ciudad. Multitud de espíritus vagabundos pasaban de largo, en lamentable promiscuidad. En los alrededores se levantaban algunas casas nuevas, que les ofrecían libre acceso haciéndonos entrever la triste influencia de las que eran objeto. En aquella residencia pequeña y humilde, había, sin embargo, paz y silencio, armonía y bienestar. Nos parecía un oasis en medio del desierto.

Entramos.

Nos recibieron tres amigos espirituales. Uno de ellos, Fraga, conocido personal de Jerónimo, nos abrazó, alegre, y anunció que hacían una visita al enfermo, entonces en las últimas horas del cuerpo físico. Nos agradeció el interés por el desencarnante y nos presentó al hermano Silveira, padre de Fabio en la Tierra, que deseaba colaborar con nosotros, en favor de su querido hijo. Estaba satisfecho, informó. El hijo había organizado todas las medidas relacionadas con la próxima liberación, sometiéndose dócil, a los designios superiores. Había tenido una existencia modesta, limitando su vuelo a las ambiciones más nobles, en el culto de la espiritualidad redentora, se había esforzado suficientemente por la tranquilidad familiar, a pesar de innumerables dificultades sufridas en el transcurso de la experiencia que terminaba. Dejaba a su esposa y dos hijitos amparados en la fe viva, y, aunque no les legase recursos económicos, se apartaba del cuerpo físico jubiloso y reconfortado, con la gloria de haber aprovechado todos los recursos que el Plano Superior le había concedido. Más allá de haberse compenetrado con el Evangelio de Cristo, viviendo sus principios renovadores, con todas las posibilidades a su alcance, Fabio consiguió

iluminar la mente de su compañera y construir bases sólidas en el espíritu de los hijos, orientándoles hacia el futuro.

Se elogiaba de tal forma al compañero, que, al ser admitido en la conversación, arriesgué una pregunta:

–¿Fabio desencarnará en la ocasión prevista?.

–Sí –dijo Jerónimo, con gentileza–, tenemos instrucciones. Nuestro amigo desencarnará a su debido tiempo.

Es verdad –confirmó el padre emocionado–, aproveché todos los recursos que se le confirieron, a pesar de tener el cuerpo débil y enfermo, desde la infancia.

En mi condición de médico siempre interesado en estudiar, comenté:

–Es lamentable que haya renacido en semejante organismo quien sabe servir con tanto valor a la causa del bien...

El padre se sintió en la necesidad de esclarecer el asunto, porque prosiguió, sereno:

–Es un argumento humano a meditar. Cuando estaba en el plano físico, en muchas ocasiones me sorprendí con la salud frágil de Fabio de niño. Desde muy temprano, noté su virtud innata, la inclinación hacia la rectitud y hacia la justicia y las disposiciones congénitas para los trabajos de la fe viva. Pasé largas noches con la justa preocupación de padre, en vista del porvenir incierto. ¿Cómo podría nacer un alma tan sensible y hermosa como la suya, en un cuerpo tan imperfecto? A los doce años, fue atacado de neumonía doble, estando a las puertas de la muerte. Un amigo médico me hizo notar la debilidad del muchachito. Éramos, no obstante, demasiado pobres para intentar tratamientos caros en estancias de reposo. Antes de los catorce años, terminado el curso primario, tuvo que trabajar por la exigencia imperiosa de ganar el pan. Sabía como padre, que Fabio deseaba continuar estudiando, para el perfeccionamiento de sus facultades intelectuales, vista su vocación para el diseño y para la literatura, porque, no pocas veces, lo sorprendí apasionado por el colegio vecino de nuestra casa, atormentado por la envidia al ver a los colegiales. Nuestras condiciones de vida, no obstante, reclamaban un esfuerzo ingente, y mi hijo, lanzado a la lucha, desde muy temprano, no encontró ocasión para sus ideales artísticos. Trabajando en el taller de mecánica, en un ambiente pesado por demás para su constitución física, no lo toleró por mucho tiempo, contrayendo con facilidad la tuberculosis pulmonar.

–¿Pero llegó a saber la causa determinante de la posición física de Fabio, al regresar al plano espiritual? –pregunté.

–Eso representó uno de los primeros problemas que intente aclarar. Pasado algún tiempo, fui debidamente esclarecido. Mi hijo y yo fuimos destacados hacendados en la antigua nobleza rural de Río de Janeiro. En esa época, no muy lejana, Fabio, con otro nombre y en otra forma, era igualmente mi hijo. Le eduqué con desvelado cariño y, por más de una vez, lo envié a Europa, ansioso por elevar su patrón intelectual y celoso de nuestra superioridad financiera. Pero, ambos, cometimos graves errores, sobre todo en el trato directo con los descendientes de africanos esclavos. Mi hijo era sensible y generoso, pero excesivamente severo con los servidores de las tareas más duras. Les congregaba en la Senzala [gran alojamiento destinado a servir de vivienda a los esclavos de las haciendas de Brasil], con severidad rigurosa, y perdimos gran número de trabajadores a causa del aire viciado en la deficiente construcción que Fabio se negó a modificar, simplemente por mantener su punto de vista personal.

Los ojos del narrador brillaban intensamente. Parecía sentirse mal, al contacto de los recuerdos, y añadió con melancolía:

–La historia es larga y les pido permiso para interrumpirla.

Sentí remordimiento por haber provocado la dificultad, pero Jerónimo intervino en mi ayuda.

–No pensemos más en eso –exclamó el asistente de buen humor–, nunca me conformo con la exhumación de cadáveres...

Y mientras la alegría volvía al ambiente, mi orientador añadió:

–Prestemos al enfermo la asistencia posible. Esta noche, lo apartaremos definitivamente del cuerpo carnal.

Nos levantamos y penetramos al cuarto.

Fabio, fundamentalmente abatido, respiraba con dificultad, acusando indefinible malestar. Junto a él, la esposa velaba atenta.

A través de la ventana abierta, el enfermo notó que la ciudad encendía las luces.

Irguió los tristes ojos hacia la compañera y comentó:

–Es interesante comprobar cómo la enfermedad se agrava por la noche...

-Es un fenómeno pasajero, Fabio -afirmó la esposa, intentando sonreír.

Entre nosotros, mientras tanto, se iniciaron las providencias para el socorro inmediato. El padre del enfermo se dirigió a Jerónimo:

-Sé que la liberación de Fabio exige un gran esfuerzo. Pero deseaba ayudarle en el último culto doméstico en que tomará parte físicamente al lado de la familia. Por regla general, las últimas conversaciones de los moribundos se graban con más cariño en la memoria de los que se quedan. Por eso, me sería muy agradable ayudarle a dirigir algunas palabras de aviso y estímulo a la compañera.

-Con gran satisfacción -asintió el asistente- colaboraremos en la ejecución de ese propósito. Es conveniente que la familia esté a solas.

-¡Estoy de acuerdo! -dijo el genitor, agradecido.

Reparé en que Jerónimo y Fraga pasaron a aplicar pases longitudinales en el enfermo, observando que dejaban las sustancias nocivas a flor de piel, absteniéndose de un mayor esfuerzo para descargarlas de una vez. Terminada la operación, pregunté por los motivos que los llevaban a semejante medida.

-Está muy debilitado, agonizando casi -informó mi dirigente- y hacemos lo posible por beneficiarle, sin aumentar su cansancio.

Las sustancias retenidas en las paredes de la piel serán absorbidas por el agua magnetizada del baño, que será usado en pocos minutos.

Efectivamente, atendiendo a las influencias de los amigos espirituales, que le daban intuiciones indirectamente, Fabio se dirigió a la esposa, expresando el deseo de tomar un suave baño tibio, en lo que fue atendido en pocos instantes.

Jerónimo y Fraga administraron al agua pura ciertos agentes de absorción y ampararon a la esposa, que, a su vez, ayudó al marido a bañarse, como si estuviese satisfaciendo el deseo de un niño.

Noté, admirado, que la operación se hizo acompañar de saludables efectos, sorprendiéndome, una vez más, ante la capacidad absorbente del agua común. La materia fluídica perjudicial fue integralmente retirada de las glándulas sudoríparas.

Terminado el baño, el enfermo volvió al lecho, en pijama, reconfortado físicamente y con el espíritu bien dispuesto. Algunas fricciones de alcohol,

llevadas a efecto, completaron la ficticia mejoría.

El reloj marcaba algunos minutos más allá de las siete de la tarde.

Silveira, que se había ausentado, volvió, dirigiéndose a Jerónimo, a quien informó:

–Todo está listo. Conseguiremos la reunión exclusiva de la familia.

El asistente mostró satisfacción y destacó la necesidad de acelerar el ritmo del trabajo. El bondadoso padre desencarnado se puso en marcha. Lo que más favoreció nuestra actuación fue cuando Fabio se dirigió a su esposa, diciendo:

–Creo que no debemos retrasar la oración. Me siento inexplicablemente mejor y deseo aprovechar la pausa de reposo.

Doña Mercedes, la abnegada esposa, trajo a los dos niños, que se sentaron en posición respetuosa de oyentes. Y mientras ella se acomodaba al lado de los pequeños, el enfermo, auxiliado por el padre, abrió el Nuevo Testamento, en la primera epístola de Pablo de Tarso a los Corintios y leyó el versículo cuarenta y cuatro del capítulo quince:

–“Se siembra cuerpo animal, y resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo animal, y hay cuerpo espiritual”.

Se hizo un corto silencio, que el enfermo interrumpió, iniciando la oración, conmovido:

–Ruego a Dios, nuestro eterno Padre, que me inspire en la noche de hoy, para que conversemos íntimamente y espero que la Divina Providencia, por intermedio de sus benditos mensajeros, me ayude a enunciar lo que deseo, con la facilidad necesaria. Mientras poseemos plena salud física, mientras los días y las noches corren serenos, suponemos que el cuerpo es propiedad nuestra. Creemos que todo gira en la órbita de nuestros impulsos, pero... al llegar la enfermedad, verificamos que la salud es un tesoro que Dios nos presta, confiando en nosotros.

Sonrió, en calma y confortado. Hasta allí, se veía bien que era Fabio el exclusivo expositor de las palabras. Se expresaba usando el lenguaje usual, pero sin calor ni entusiasmo, dada su situación de extrema debilidad.

Terminando un intervalo más largo, su padre puso la diestra en su frente, manteniéndose en la actitud de quien ora con profunda devoción. Noté, sorprendido, que una corriente luminosa se establecía en el débil organismo, desde la masa encefálica hasta el corazón, inflamando las

células nerviosas, semejantes entonces a minúsculos puntos de luz condensada y radiante. Los ojos de Fabio, poco a poco, adquirieron más brillo y su voz se hizo oír, de nuevo, con diferente inflexión. Dirigiendo una tierna mirada optimista y penetrante a la esposa y los hijos, dijo, inspirado:

–Estoy contento por poder intercambiar ideas a solas, dentro de la fe que nos identifica. Es significativa la ausencia de los viejos amigos que nos acompañan en las oraciones familiares, desde hace muchos años. No es sin razón. Precisamos comentar nuestras necesidades, llenos de buen ánimo, dentro de la noción de la próxima despedida. La palabra del apóstol de los gentiles es simbólica en la presente situación. Así como hay cuerpos animales, hay también cuerpos espirituales. Y no ignoramos que mi cuerpo animal, en breve tiempo, será devuelto a la tierra acogedora, madre común de las formas perecederas, en las que nos movemos en la superficie del mundo. Algo me dice al corazón que esta será tal vez la última noche en que me reuniré con vosotros, en este cuerpo...

En los momentos en que el sueño me bendice, me siento en las vísperas de la gran libertad... Veo que amigos iluminados me preparan el corazón y estoy seguro que partiré en la primera oportunidad. Creo que todas las providencias ya fueron llevadas a efecto, en beneficio de nuestra tranquilidad, en estos minutos de separación. No os dejo dinero, pero me reconforta la certeza de que construimos un hogar espiritual de nuestra unión sublime, lo que siempre lleva a la felicidad imperecedera...

Miró particularmente a su esposa, y lleno de una gran emoción, prosiguió:

–Mercedes, no temas a los obstáculos. El trabajo digno será nuestra fuente bendita de realización. Quiero que sepas que la nostalgia edificante estará siempre en mi espíritu, sea donde sea, nostalgia de tu convivencia y de tu afectuosa dedicación. Esto, sin embargo, no será una pesada cadena, porque nosotros dos aprendimos en la escuela de la sencillez y el equilibrio que el amor legítimo y purificado no prescinde de la comprensión santificante.

Es cierto que necesitaré de mucha paz, para readaptarme a la vida diferente y, por eso, pretendo dejaros con suficiente tranquilidad para que todos nos ajustemos a los designios de Dios. Conozco tu nobleza heroica de mujer amiga del trabajo, desde muy temprana edad, y entiendo la pureza de tus ideales de esposa y madre.

Pero, Mercedes, perdóname la franqueza en este instante expresivo de la experiencia actual: sé que mi ausencia se hará seguir de problemas tal

vez angustiosos para tu espíritu sensible. La soledad se vuelve penosa para la mujer joven, sin la cercanía de los cariñosos lazos de los padres y hermanos, que ya no poseemos en este mundo, cuando no es posible conservar la misma vibración de fe, a través de las diversas circunstancias del camino... no te puedo exigir fidelidad absoluta a los hilos materiales que nos unen, porque sería ejercer una cruel opresión con el pretexto del amor. Más allá de eso, nada quebrará nuestra alianza espiritual, definitiva y eterna.

Observé que Fabio tosía, fuertemente emocionado. Transcurridos algunos segundos de breve pausa, continuó, irradiando de sus ojos verdadero amor y sinceridad fiel:

–Por eso, Mercedes, aunque tengamos prevista tu posición futura en el trabajo honesto, quiero decirte que quedaré muy satisfecho si Jesús te envía a un compañero digno y leal hermano. Si eso sucede, querida, no lo rechaces. Felizmente, para nosotros, cultivamos la unión eterna del alma, sin que el monstruo de los celos desvariados guarde nuestro castillo afectivo... No sabemos cuántos años te quedan de peregrinación por este mundo. Es probable que la voluntad Divina prolongue por más tiempo tu permanencia en la Tierra, y, si me fuere posible, cooperaré para que no estés sola. Nuestros hijos, aún frágiles, necesitan un amparo amigo en la orientación de la vida práctica...

Mercedes, enjugando los ojos llenos de lágrimas, esbozó el gesto de quien iba a protestar, pero se adelantó el enfermo, añadiendo:

–Ya sé lo que vas a decir. Nunca dudé de tu virtud incorruptible ni de tu desvelado amor. Ni pierdo interés por la abnegada compañera de lucha que el Señor me confió. Pero, debes reconocer que hemos vivido en profunda comunión espiritual y debemos encarar, con sinceridad y lógica, mi próxima partida. Si consigues triunfar en todas las necesidades de la vida humana, manteniéndote a la altura de las exigencias naturales de la existencia terrestre, Jesús compensará tu esfuerzo con la corona de los bienaventurados. Sin embargo, no busques alcanzar la cumbre gloriosa de la plena victoria espiritual en un solo vuelo. Nuestros corazones, Mercedes, son como las aves: algunas ya conquistaron la prodigiosa fuerza del águila, otros, sin embargo, guardan, aún, la fragilidad del gorrión. Sufriría, de hecho, a mi vez, si te viese afrontando la montaña redentora, con falsa energía. No tengas miedo. Las criaturas perversas no asustan a las almas prudentes. El Señor nos concedió suficiente luz espiritual para discernir. Jamás podrás ser víctima de explotadores inconscientes, porque el Evangelio de Jesús está colocado delante de tus ojos para iluminar el

camino escogido. Por lo tanto, la observación y el juicio, el ejercicio espiritual y la inspiración de orden superior, permanecerán al servicio de tus decisiones sentimentales. Y créeme que haré todo, en espíritu, por ayudarte en ese sentido.

Sonrió con esfuerzo, mientras la esposa lloraba discretamente. Después de una larga pausa, dijo:

–Si pudiese, te traeré estrellas del firmamento para adorno de tus esperanzas. Estarás siempre viva en mi corazón, pero amaré también a todos aquellos que tú ames.

Enseguida, después de mirar detenidamente a los hijitos, comentó:

–La palabra del Evangelio nos reconforta y nos esclarece como se hace indispensable. En breve tiempo, me reuniré a los nuestros en la vida mayor. Perderé mi cuerpo animal, pero conquistaré la resurrección en el cuerpo espiritual, para esperaros, con alegría.

El enfermo había realizado un gran esfuerzo. Estaba fatigado.

El padre retiró la diestra de la frente de Fabio, desapareciendo la corriente fluídico-luminosa que le había ayudado a pronunciar aquella impresionante alocución de amor acrisolado.

Demostrando una sublime serenidad en los ojos brillantes, se recostó en los voluminosos almohadones, algo abatido.

Mercedes se compuso el rostro, alejando los vestigios de las lágrimas, y dijo al hijito mayor:

–Carlindo, tú harás la oración final.

Fabio mostró una gran satisfacción en el semblante, mientras el muchachito se levantaba, obediente a la recomendación oída. Con naturalidad, recitó una corta oración que había aprendido de los labios maternos:

–Poderoso Padre de los cielos, bendícenos concediéndonos la fuerza precisa para la ejecución de tu ley, traída al mundo con el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Haznos mejores hoy para que podamos encontrarte mañana. Si lo permites, Dios mío, nosotros te pedimos la salud de papá, de acuerdo con tu soberana voluntad. Así sea!...

Terminada la rogativa y cuando los pequeños besaban a su mamá, antes de irse a dormir, el enfermo pidió a su esposa, con humildad:

–Mercedes, si estás de acuerdo, me sentiría feliz de besar, hoy, a los niños... La señora asintió, conmovida.

–Tráeme un pañuelo nuevo –solicitó el esposo, enternecido. La dueña de la casa, en pocos instantes, se lo trajo. Emocionado, vi que el padre aplicó el blanquísimo paño a la cabellera de los niños y besó el lino en vez los cabellos. Con todo, había tanta alma, tanto fervor afectivo en aquel gesto, que reparé en el foco de luz que salía de su boca, alcanzando la mente de los pequeñitos. El beso se saturaba de magnetismo santificante. Jerónimo, conmovido de manera especial, se dirigió a mí, con voz susurrante:

–Otros verán microbios, nosotros vemos amor...

Después, la pequeña familia se recogió. El enfermo se sentía singularmente mejor, bien dispuesto.

En nuestro grupo había alegría general.

Los niños se durmieron sin demora y fueron conducidos por Fraga fuera del cuerpo físico, a un paisaje de alegría, de manera que se entretuviesen, descuidados...

A solas con el enfermo y la esposa, que intentaba conciliar el sueño, iniciamos el servicio de liberación.

Mientras Silveira amparaba al hijo, con indefinible cariño, Jerónimo aplicó al enfermo pases anestésicos. Fabio se sintió acariciado por deliciosas sensaciones de reposo. En seguida, el asistente se detuvo en una complicada operación magnética sobre los órganos vitales de la respiración y observé la ruptura de un importante vaso. El paciente tosió y, rápidamente, la sangre fluyó a la boca a borbotones.

Mercedes se levantó, asustada, pero el esposo, hablando difícilmente, la tranquilizó:

–Puedes llamar al médico pero Mercedes... no te preocupes... es el final...

Mientras Jerónimo proseguía separando el organismo periespiritual del cuerpo débil, Mercedes pidió el socorro de un vecino, que salió a buscar al médico.

El médico no tardó en llegar, pero en balde aplicaron adrenalina, una sangría en el brazo, los sinapismos en los pies y las ventosas secas en el pecho. La sangre, a borbotones rojos, fluía siempre, siempre...

Noté que Jerónimo repetía el proceso de liberación practicado con Dimas, pero con una tremenda facilidad. Después de la acción desenvuelta sobre el plexo solar, el corazón y el cerebro y una vez desatado el *nudo vital*, Fabio fue completamente apartado del cuerpo físico. El cordón fluídico-plateado brillaba con hermosa luz. Amparado por su padre, el recién liberado descansaba, somnoliento, sin conciencia exacta de la situación.

Supuse que el caso de Dimas se repetiría, allí, detalle a detalle; sin embargo, una hora después de la desencarnación, Jerónimo cortó el apéndice luminoso.

–Está completamente libre –declaró mi orientador, satisfecho.

El padre enternecido depositó sobre la frente del hijo desencarnado, en suave sueño, un beso impregnado de amor y lo entregó a Jerónimo, afirmando:

–No quiero que me reconozca de momento. No sería provechoso llevarle ahora a recuerdos del pasado. Le encontraré más tarde, cuando deba partir de la institución socorrista hacia las zonas más altas. Puede llevárselo sin pérdida de tiempo. Me encargaré de velar por el cadáver, inutilizando los últimos residuos vitales contra el abuso de cualquier entidad inconsciente y perversa.

El asistente, emocionado, le dio las gracias, y partimos, conduciendo el sagrado depósito que nos había sido confiado.

Mientras proseguíamos, subiendo por el espacio, contemplé, respetuoso, el primer anuncio de la aurora y, observando a Fabio adormecido, tuve la impresión de que las gloriosas puertas del cielo se iluminaban de sol para recibir a aquel hombre, de sublime ejemplo cristiano, que subía victorioso, de la Tierra.

. [[ir a ÍNDICE](#)]

## **XVII- RUEGO SINGULAR.**

Mientras Dimas se recuperaba lentamente, Fabio cobraba fuerzas con notable rapidez. Los largos y difíciles ejercicios de espiritualidad superior, llevados a efecto en la Corteza, fructificaban, ahora, en bendiciones de serenidad y comprensión. Ambos reposaban, en la Casa Transitoria, amparados por la simpatía general de la institución que dirigía la hermana Zenobia. Al mismo tiempo manteníamos constantes cuidados, junto a los demás amigos, principalmente al pie de Cavalcanti, cuya situación orgánica

empeoraba siempre, en las proximidades del fin.

Dimas, con el ejemplo de Fabio, tenía nuevos ánimos. Reaccionaba mejor frente a las exigencias de la familia terrestre y consolidaba su propia serenidad, con la precisa eficiencia. El ex-tuberculoso, iluminado y feliz, notaba que otros horizontes se abrían a su espíritu sensible y bondadoso. Podía levantarse a voluntad, transitar por las diversas secciones en que se subdividían los trabajos del instituto y daba gusto verle interesado en los estudios referentes a los planos elevados del universo sin fin. Experimentaba tranquilidad. No era un genio de las alturas, no había finalizado sus necesidades de sabiduría y amor, pero era un siervo distinguido, con una posición envidiable por los débitos pagados y por la venturosa posibilidad de proseguir camino de altas y gloriosas cumbres del conocimiento. La hermana Zenobia le oía con mucho gusto, en los cortos minutos de descanso y, frecuentemente, manifestaba a Jerónimo sus agradables impresiones respecto a él.

Tanta alegría provocó el discípulo fiel, con la disciplina emotiva de la que daba testimonio, que nuestro asistente tomó la iniciativa de traer a su esposa en una corta visita. Me acuerdo de la conmoción de Mercedes al penetrar al pórtico del instituto, llevada por el brazo amigo de nuestro orientador. Estaba atónita, deslumbrada, estática. No poseía conciencia perfecta de la situación, pero mostraba un sublime agradecimiento. Conducida a la sala donde su compañero la esperaba, se arrodilló instintivamente. Nos sensibilizamos todos, ante este gesto de espontánea humildad.

Fabio, sonriente, disimulando la fuerte emoción, le dirigió la palabra, diciendo:

¡Levántate, Mercedes! ¡Compartimos ahora la felicidad inmortal!

La esposa, sin embargo, dichosa, se mantenía en comprensible silencio. El amigo se adelantó, la levantó y la abrazó con infinito cariño.

–¡No te asustes con la viudez, querida mía, estaremos siempre juntos! ¿Te acuerdas de nuestra última conversación?

Mercedes entreabrió los labios e hizo una señal afirmativa.

–¡Dime algo de los niños! –pidió el consorte desencarnado, sonriendo– no dices nada... ¿Por qué? ¡Habla, Mercedes, habla! ¡Muéstrame tu alegría!

La esposa fijó en él, con más atención, sus ojos tiernos y brillantes y

le dijo, llorando de júbilo:

–Fabio, estoy agradeciendo a Jesús la gracia que me concede. ¡Soy muy feliz, volviendo a verte!...

Por su cara corrían copiosas lágrimas. Después de una breve pausa, dijo:

–Los niños van bien. Nos acordamos de ti sin cesar... Todas las noches, nos reunimos en oración, implorando a Dios, nuestro Padre, que te conceda alegría y paz en la vida diferente en la que estás.

Se hizo otra pausa en que la noble señora intentó contener el llanto.

Quiero comentarte –prosiguió– que ya estoy trabajando. Don Federico, nuestro viejo amigo, me dio una ocupación. Carlindo cuida del hermano, mientras me ausento, y creo que nada nos faltará en sentido material. Tenemos sólo...

Y la dedicada esposa se calló con expresiva reticencia, recelosa tal vez de ofenderle.

–¡Sigue! –dijo el compañero, sensibilizado.

–¿No te molestará –dijo Mercedes, reanimándose– si te hablo de nostalgia? En nuestras comidas y oraciones, hay un lugar vacío, que es el tuyo. Sin embargo, que hago lo posible por no herirlo. Coloqué mentalmente la presencia de Jesús, nuestro Maestro invisible, donde tú estabas siempre. De ese modo, tu ausencia en casa está llena de confianza fervorosa en este Amigo cierto que me enseñaste a encontrar...

Me di cuenta que el esposo, a pesar de la elevación que le caracterizaba, hizo un visible esfuerzo para no llorar. Pareciendo optimista, comentó:

–No apagues la luz de la esperanza. No me enfado al saber que estáis nostálgicos, pues también yo siento la falta de tu presencia, de su ternura, de la caricia de nuestros hijos, pero me quedaría contrariado si supiese que la tristeza inundó nuestro alegre nido. Ten valor y no desfallezcas. Tan pronto como sea posible, retomaré mi lugar, como espíritu. Estaré contigo en el trabajo diario, te asistiré en los ejercicios de la oración y respiraré la atmósfera de tu cariño. Por el momento, es necesario escudarnos en la fortaleza de ánimo y no me olvido de tu amorosa ayuda. Me siento rodeado de buenos amigos que no nos olvidan y, ¿quién sabe si estaremos juntos, de nuevo, en un porvenir no lejano? Me han dicho que la Divina bondad me

concedió el ingreso en una Colonia de trabajo santificante, para proseguir en mis servicios de elevación. Quizás pueda construir un nido diferente y más bello para aguardarte. Oigo decir, Mercedes, que el sol es mucho más lindo en ese paisaje de encantadora luz y que, por la noche, los árboles floridos parecen a hermosos candelabros, porque las flores maravillosas retienen el resplandor divino...

En ese instante, una pregunta asaltó mi mente. Si Fabio había hecho tantos amigos en nuestro núcleo de servicio, desde otro tiempo, hasta el punto de merecer una especial consideración, ¿Cómo se mostraba ignorante respecto a las noticias de nuestro plano? Sinteticé muchas preguntas en una corta al asistente Jerónimo, quien me respondió:

–La muerte no hace milagros. Volver a tomar todos los recuerdos es también un servicio gradual, como cualquier otro que envuelve actividades divinas de la naturaleza.

Me callé, atento.

Mirando a Mercedes, enternecido, el marido recién liberado decía:

–¿Crees que no vale la pena sufrir, de algún modo, para conseguir ese sagrado patrimonio? Nuestros hijos crecerán rápidamente, las luchas serán breves, las situaciones carnales transitorias. No te desanimes. La providencia jamás empobrece y nos enriquecerá con sus bendiciones.

Mostró a la esposa una hermosa expresión en su semblante feliz y, movilizandó las más íntimas energías del alma, se mantuvo, por algunos instantes, con las manos unidas, como agradeciendo a Dios el inmenso júbilo de aquella hora.

Jerónimo hizo una significativa señal, avisando en silencio que había finalizado el tiempo de la visita.

La hermana Zenobia, que acompañó la escena, conmovida, junto a nosotros, tomó una flor semejante a una gran camelia dorada y se la dio a Fabio, para que se la diese a la compañera.

Mercedes la tomó, poniéndosela junto al corazón. Nuestro dirigente se acercó a mí y me notificó:

–André, acompáñanos a la corteza. Nuestra amiga perdió una gran porción de fuerzas con la emoción y nos será útil tu cooperación en la vuelta.

Se despidió la viuda y, en poco tiempo, era reconducida al hogar. Y,

aún ahora, al relatar la experiencia, me acuerdo de la extraña sensación de felicidad que Mercedes sintió, al despertar en el lecho con la perfecta impresión de guardar la delicada flor entre los dedos.

Todo, pues, transcurría bien en el círculo de los trabajos encomendados, cuando nuestro mentor fue llamado por la autoridad superior de nuestra colonia. Esperé impaciente su regreso, porque Jerónimo, en obediencia a las determinaciones recibidas, debería partir, inmediatamente, para una reunión importante.

Nos recomendó esperarle, en servicio en la Casa Transitoria, destacando que sería breve.

De hecho, no tardó más de un día. Al regresar, nos informó sobre la novedad. La hermana Albina había sido autorizada a permanecer en la Corteza Planetaria por más tiempo, razón por la cual la desencarnación se aplazó sin fecha exacta. Una rogativa había influido decisivamente en el asunto. Había entrado en juego una imperiosa exigencia que nuestra colonia examinó con la debida consideración. En vista de eso, se había renovado el programa de la misión que traíamos. Por lo que en vez del auxilio para la liberación, la vieja educadora recibiría fuerzas para permanecer en la Corteza. Debíamos buscar su residencia, sin pérdida de tiempo, proporcionando a su organismo los posibles recursos magnéticos a nuestro alcance.

Quise preguntar alguna cosa y enterarme de los detalles.

Sin embargo, Jerónimo acostumbraba a decir con provecho todo lo que necesitábamos saber, y no me correspondía obligarle a que me diera cualquier información anticipada. ¿Por qué se había modificado una decisión de tamaña importancia? ¿Quién poseía, en suma, tanto poder en la oración, para tener influencia en las directivas de nuestra Colonia espiritual? ¿Sería justo el aplazamiento? ¿Por qué motivo una determinada súplica imponía la renovación de la ruta a seguir?

El asistente percibió las preguntas que se cruzaban en la mente y dijo:

–No te tortures, André. Sabrás todo en el momento oportuno. Y, esbozando una corta programación del servicio, añadió:

–Vámonos, Hipólito y Luciana velarán por los convalecientes.

Pero, en el camino, no resistí. Pedí permiso para que me resumiese la nueva deliberación, y Jerónimo asintió, esclareciendo:

-La medida no debe provocar admiración. Nadie, excepto Dios, posee poderes absolutos. Todos nosotros, en el desarrollo de las tareas conferidas a nuestras responsabilidades, experimentaremos limitaciones en los atributos o en el aumento de deberes, según los designios superiores. El futuro puede ser calculado en líneas generales, pero no podemos prejuzgar sobre el sector de la interferencia divina. El Padre efectúa la organización universal con independencia ilimitada en el campo de la Sabiduría infalible. Nosotros cooperamos con relativa libertad en la obra del mundo, sujetos a la necesaria y esclarecedora interdependencia, en virtud de la imperfección de nuestra individualidad. Dios sabe, mientras nosotros ni siquiera imaginamos saber.

Y, con expresivo gesto de buen humor, prosiguió:

-No existe, por lo tanto, novedad propiamente dicha. Además, es justo considerar que la desencarnación de Albina no es susceptible de ser aplazada por mucho tiempo. El organismo que la sirve está gastado y la nueva resolución se destina apenas a remediar una difícil situación, trayendo beneficios a mucha gente. La oración, en cualquier ocasión, mejora, corrige, eleva y santifica. Pero solamente cuando establece cambios en el camino, como el de hoy, es que, por encima de las circunstancias comunes, se encuentra el interés colectivo. Aún así, la medida prevalecerá por poco tiempo, esto es, sólo mientras dure la causa que la motiva.

Recordé una experiencia anterior, en que observé a cierto hermano recibiendo algunos días de añadidura a la existencia del cuerpo, para poder solucionar problemas particulares, y comprendí la alteración que hubo. Pero, de cualquier modo, mi sorpresa no era disparatada, porque constituíamos una comisión de trabajo definido, con actividades trazadas por superiores jerárquicos. En el caso que cité, había visto a amigos de nuestro plano intercediendo junto a otros, en beneficio de terceros. Sin embargo, en la cuestión en examen, se trataba de un pedido de la Corteza, actuando directamente en nuestro núcleo distante.

Conservando, pues, mi curiosidad insatisfecha, acompañé al asistente hasta el confortable apartamento en que residía la interesada.

Los pronósticos acerca del estado físico de la enferma no eran buenos. Su espíritu, no obstante, se mantenía en calma y confiado, a despecho de la profunda perturbación orgánica.

No sólo el corazón y las arterias presentaban síntomas graves: también el hígado, los riñones y el aparato gastrointestinal. La disnea la

castigaba, intensamente.

Llegamos en el instante en que un grupo de jóvenes, catorce en total, hacía alrededor de la enferma el culto doméstico del Evangelio. Mientras oraban, antes de los comentarios constructivos, con el alma vuelta hacia la sublime fuente de la fe viva, nos lanzamos al trabajo, seguidos, de cerca, por otros amigos de nuestro plano, ligados a la misión de la noble educadora.

El ambiente equilibrado por la oración y por los pensamientos de elevación moral contribuían eficazmente en la ejecución de nuestros propósitos. La zona peligrosa del cuerpo abatido era justamente en la que estaba situado el aneurisma, probable portador de la liberación. El tumor había provocado la degeneración del músculo cardíaco y amenazaba con una ruptura inmediata. Jerónimo, se reveló una vez más como un médico experto y competente de nuestro plano de acción. Comenzó aplicando pases de restauración al sistema de conducción del estímulo, demorándose atentamente sobre el tono arterial. Luego, suministró cierta cantidad de fuerzas al pericardio, así como a las estrías tendinosas, asegurando la resistencia del órgano. Después, mi orientador magnetizó, ampliamente la zona en que se localizaba el tumor bastante desarrollado, aislando ciertos complejos celulares, y explicó:

–Podemos confiar que se producirá una gran mejoría, que persistirá por algunos meses.

En efecto, terminada la compleja operación magnética, observé que el corazón enfermo funcionaba con diferente equilibrio. Las válvulas cardíacas pasaron a expresar regularidad. Cesó la aflicción, lo que fue atribuido, y realmente era así, a los efectos de la oración.

Albina se sintió reconfortada y más serena. Miró, conmovida, a las alumnas que se hallaban presentes en afectuoso homenaje, y comentó, satisfecha:

–¡Me siento mucho mejor! ¡Grandes motivos poseía el apóstol Santiago, recomen- dando la oración a los enfermos!

Las alumnas y las hijas rieron alegres e emitieron una hermosa oración de gracias, emocionándonos. La enferma aceptó el ofrecimiento de un caldo reconfortante.

Viendo la alegría que dominaba el espíritu a todos, pregunté de súbito al asistente:

–¿Habrá sido la súplica de las alumnas el móvil del cambio? ¿Quién sabe? Quizás les hiciese falta la venerable profesora...

–No, no es esto –explicó el mentor– la intercesión de las niñas produjo la cuota natural de beneficios comunes, no obstante, hay que tener en cuenta que Albina ya cumplió su tarea junto a ellas. Les dio lo que pudo, se consagró cuanto debía. En virtud de la abnegación de la enferma, las aprendizas traen su mente llena de buenas simientes... Ahora es responsabilidad de ellas promover las condiciones favorables al desarrollo intensivo de los tesoros espirituales de los que son portadoras.

Hice una pregunta, con curiosidad:

–¿Quizás estamos ante el resultado de la petición sentimental de las hijas?.

Jerónimo miró a las dos señoras que asistían a la enferma con desvelada ternura, movió la cabeza con gesto negativo y respondió:

–Tampoco. No se trata de una respuesta a semejante rogativa. En el desempeño de los sagrados deberes de madre, Albina lo hizo todo por el bienestar de las hijas. Se desveló cuanto le fue posible. Por ellas perdió largas noches de vigilia y llenó laboriosos días de preocupación absorbente y redentora. Las educó cariñosamente, encaminándolas en la senda de la santificación y, sobre todo, al prepararlas para la vida, las entregó al Padre Eterno, sin egoísmo destructor.

El trabajo materno fue completamente realizado. De ahora en adelante, corresponde a las hijas seguir el ejemplo, imitando su conducta cristiana. Los buenos pensamientos de Loide y Eunice la envuelven toda en una reposada atmósfera de amor. Pero no han sido los ruegos filiales, en circunstancias como ésta, los que modificarían la decisión de las autoridades superiores en cumplimiento de las leyes divinas. Sus súplicas parten de esferas de servicio perfectamente atendidas por la misionera en proceso de liberación y de ningún modo las hijas podrían retenerla.

En ese instante, sintiéndose la enferma reconfortada por la inesperada mejoría, se dirigió a la hija más mayor, indagando:

–¿Loide, crees que es posible traer a Juanito aquí?.

A esta pregunta, siguió la plena aprobación de la hija y llamó por teléfono a alguien.

Mientras la señora hablaba con su esposo, a distancia, mi orientador

dijo, de buen humor:

–En breves momentos, tendrás la clave del problema.

Continuamos ayudando a la organización fisiológica de la enferma y observando la alegría sincera de las discípulas, que se retiraban, contentas.

Madre e hijas volvieron a permanecer a solas con nosotros, junto a otros amigos espirituales que se dedicaban, en la habitación, a la tarea de auxilio, incluso la simpática hermana que nos había recibido en la visita inicial, hablándonos, además, de la probabilidad de prórroga.

Se procesaban con extremado cariño los servicios de asistencia, cuando un hombre hizo su entrada, conduciendo a un niño de unos ocho años de edad, aproximadamente.

Entrando al cuarto, el pequeño se mostró consciente del lugar en el que se hallaba, saludó a las señoras, respetuoso, y se volvió con la mirada ansiosa, hacia la enferma, besándole la mano con una gran ternura.

Albina rogó a Dios que le bendijese y el niño preguntó:

–¿Abuela, cómo estás? Señalándole, el asistente explicó:

–La súplica de ese niño alcanzó la Colonia espiritual y modificó el proceso.

–¿Qué?... –pregunté, sumamente sorprendido. Jerónimo, sin embargo, continuó:

–No es nieto carnal de la enferma, aunque se considere como tal. Es un huérfano que abandonaron en la puerta, después del nacimiento, y que Loide tiene en su casa desde que nuestra hermana cayó en cama. A pesar de la prueba, Juanito es un gran y abnegado siervo de Jesús, reencarnado en misión del Evangelio. Tiene largos créditos en su haber. Ligado a la familia de Albina, hace algunos siglos, vuelve al seno de las criaturas muy amadas, camino del servicio apostólico del porvenir.

Iba a formular nuevas preguntas, pero mi orientador, señalando a la enferma que se había abrazado al niño, me aconsejó, solícito:

–Observa por ti mismo...

El diálogo entre ella y el pequeñito adquiría una encantadora suavidad.

–Lo he pasado mal, hijito –exclamaba la respetable señora desahogándose.

-¡Oh, abuela! -dijo el muchachito, con los ojos radiantes de fe- he rezado siempre para que te pongas bien, rápidamente.

-¿Tienes fe?.

-Confío en Jesús. En la última vez que estuve en la iglesia, pedí a todos que me ayudasen a rogar al Cielo por tu salud.

-¿Y si Dios me llamase?.

Los ojos se le humedecieron, pero acentuó con voz firme:

-Te necesitamos en este mundo.

Albina le abrazó y besó con cariño maternal y prosiguió:

-Juan, he tenido mucha nostalgia de tus himnos en la escuela. ¿Has alabado al Señor, puntualmente?.

-Sí.

-Canta para mí, hijito.

El pequeño sonrió, jubiloso, por haber encontrado un motivo para alegrar a la enferma y preguntó, con naturalidad:

-¿Cuál?.

La enferma pensó, pensó y dijo:

-*Siendo Jesús mío.*

El niño cambió la expresión de su cara, se entristeció instantáneamente, pero, colocándose junto al lecho, y, en la postura del creyente sumiso, levantó los ojos y comenzó a cantar el antiguo y delicado himno de las Iglesias evangélicas:

*Jesús, siendo mío, soy muy feliz, yo voy para el Cielo, mi lindo país ...*

Se expresaba con una voz tan dolorida que el himno parecía un amargo lamento. Terminada la primera estrofa, se esforzó para continuar, pero no lo consiguió. Una profunda emoción sofocó su garganta, las lágrimas salieron, espontáneas, intentó en vano mirar a Loide para ganar valor y, dándose cuenta que su conmoción había contagiado a la familia, se precipitó en los brazos de la enferma y gritó, con fuerza:

-¡No, abuela, no! ¡No puedes ir ahora al cielo! ¡No puedes! ¡Dios no te dejará!... Albina le abrazó, cariñosamente, feliz.

–¿A qué viene esto Juan? –preguntó, intentando sonreír.

Me observé y reconocí que yo también lloraba... Jerónimo, sin embargo, se mantenía firme y, riéndose, bondadoso, afirmó:

–El niño tiene razón. Albina no irá, por lo menos esta vez... Registrando mi curiosidad, me dijo:

–¿Qué notas de particular en Loide?.

En base a las observaciones que ya había llevado a efecto, respondí sin vacilar:

–Me doy cuenta que espera a alguien, una hijita que ya entrevimos... desde el primer encuentro, comprobé que está en período activo de la maternidad, en víspera del parto.

–Eso mismo –confirmó el mentor amigo– la oración de Juan es importante porque se reviste de profunda significación para el futuro. La niña, en proceso de reencarnación, es una bendita compañera suya por muchos siglos. Ambos poseen un admirable pasado de servicio en la Corteza Planetaria y escogieron una nueva tarea con plena conciencia del deber a cumplir. Fueron compañeros de Albina en varias misiones y, muy pronto, serán sus continuadores en la obra de educación evangélica. No son espíritus purificados ni redimidos, pero son trabajadores valiosos, con suficiente crédito moral para obtener oportunidades más altas. A pesar de la condición infantil, el siervo reencarnado, por las ricas percepciones que le caracterizan fuera del plano físico, tuvo conocimiento de la próxima muerte de nuestra venerable hermana. Comprendió, de antemano, que el hecho repercutiría angustiosamente en el organismo de Loide, compeliéndola tal vez a claudicar en la gestación, que estaba en marcha. La carga de dolor moral la conduciría efectivamente al aborto, imprimiendo profundas transformaciones en el rumbo del servicio del que Juan es feliz portador. Se valió, entonces, de todos los valores de intercesión, en los instantes en que su alma lúcida puede operar al ausentarse de su cuerpo, y triunfó con las súplicas insistentes, obteniendo una reducida dilatación del plazo para la desencarnación de Albina.

Siempre comedido en las informaciones, Jerónimo se calló, preparando la retirada. El tema me encantaba y sorprendía. Y contemplando a la pequeña familia en santificado júbilo doméstico, llegué a la conclusión de que, incluso allí, en una situación de molestias graves, la oración, hija del trabajo con amor, vencía al vigoroso poder de la muerte.

. [[ir a ÍNDICE](#)]

## **XVIII- DESPRENDIMIENTO DIFÍCIL.**

Ahora, teníamos delante el caso de Cavalcanti en proceso final.

El pobre amigo permanecía aferrado al cuerpo por la vigorosa voluntad de proseguir unido a la carne. La intervención en el apéndice inflamado, buscando remediar la situación del duodeno, se hizo tarde. La supuración se había extendido al peritoneo y en vano se combatía la rápida y espantosa infección.

El enfermo perdía fuerzas, y como no conseguía alimentarse, como debía, no encontraba recursos para compensar las cuantiosas pérdidas.

El intestino inspiraba repugnancia y compasión. Como si fuese un extraño vaso destinado a la fermentación, el intestino ciego contenía trillones de bacilos de variadas especies. Un profundo desequilibrio afectaba las funciones de los vasos sanguíneos y linfáticos en el intestino delgado. El colon transversal y descendente parecían pequeños túneles, repletos de los más diversos colectivos microbianos. Las vellosidades permanecían llenas de sangre purulenta, y, de cuando en cuando, se le abrían las venas más frágiles, provocando una abundante hemorragia. En todo el aparato intestinal, se verificaba la gradual desaparición del tono de las fibras. El páncreas no toleraba más trabajo en la desintegración de los alimentos, y el estómago dejaba percibir una avanzada incapacidad. Las glándulas gástricas yacían casi inertes. Los disturbios destructivos campeaban en el hígado, donde voraces animales microscópicos se valían de la progresiva ausencia de control psíquico, manifestándose a la voluntad, como salteadores felices.

El enfermo ya no soportaba ninguna alimentación. El estómago expulsaba hasta el agua, dejándole exhausto, en vista del terrible esfuerzo gastado en los reiterados accesos de vómito.

El sistema nervioso central y el abdominal, así como los demás sistemas autónomos, acusaban una creciente falta de sincronización.

Noté, allí, en aquel agonizante que insistía en vivir de cualquier modo en el cuerpo físico, el gigantesco poder de la mente, que, con admirable voluntad, establecía todo el dominio posible en los órganos y centros vitales en franca decadencia.

Transcurridos más de cuatro días que atendíamos al moribundo, cuidadosamente, Jerónimo deliberó que fuesen desatados los lazos que le retenían al plano físico.

Bonifacio, servicial y gentil, nos ayudó en el trabajo. Al darse cuenta de nuestra resolución, de manera incierta, a través de su intuición, el enfermo, por la mañana, llamó al capellán, para que le confesase, lo que el sacerdote hizo en el mínimo de tiempo, en virtud de las emanaciones desagradables que se desprendían del cuerpo, el pobre Cavalcanti, sin estar seguro de la paz que le aguardaría en la muerte, intentó retener al sacerdote, en una entristecedora conversación:

–Padre –decía, con voz suplicante– sé que me muero, que estoy en el fin.

–Entréguese a Dios, amigo mío. Sólo Él puede saber lo que pasará. ¿Quién sabe si todavía tiene largos años por delante? Todo puede suceder...

El capellán hablaba apurado, abreviando la conversación e intentando disimular sus penosas impresiones olfativas, pero el moribundo continuó, ingenuo:

–Tengo miedo, mucho miedo a morir...

–Bien, bien –dijo el religioso, sin ocultar un gesto de enfado que pasó desapercibido a los ojos del creyente– es preciso preparar el espíritu para lo que venga.

–¡Oiga, padre!... ¿Cree que me salvaré?.

–Sin duda. Usted fue siempre buen católico...

–¡Pero... escuche! –y la voz del enfermo se hizo más triste, más llorosa y sofocada – yo desearía morir en otras condiciones. Según le confesé, fui abandonado por mi mujer, hace muchos años. Sabe que ella me cambió por otro hombre y huyó para nunca más volver. Siempre admití que sufrí semejante prueba por falta de comprensión por parte de ella, pero, ahora, padre... encarando la muerte, frente a frente, reflexionando mejor. .. ¿Quién sabe si no fui yo el culpable directo? Tal vez llevé demasiado lejos mi propósito de vivir para la religión, y no le presté la atención necesaria... Me acuerdo de que, a veces, me llamaba "sacerdote sin sotana". Posiblemente mi actitud impensada habría dado origen al desvío de mi compañera.

Después de mirar al clérigo detenidamente, imploró:

–¿Podrá usted buscarla por mí? Necesito verla, a fin de apaciguar mi conciencia...

Hace once años, la perdí de vista...

El sacerdote no parecía íntimamente interesado en satisfacerle y repetía con impaciencia:

–Descanse, descanse... Seguiré buscando. ¡Tenga valor, Cavalcanti! Es posible que todo venga al encuentro de nuestros deseos.

El moribundo, con la voz entrecortada por el cansancio, murmuró:

–¡Muchas gracias, padre, muchas gracias!...

El religioso intentó salir, pero Cavalcanti, asustado, preguntó:

–¿Piensa que estaré mucho tiempo en el purgatorio?.

–¡Qué idea! –replicó el interlocutor fastidiado– ¿Tiene confianza en el poder de Dios?.

Enunció las últimas palabras con tanta irritación que el enfermo percibió su mal humor, sonrió humilde y se calló.

El sacerdote, al alejarse, aliviado, encontró a un médico y preguntó:

¿Qué pasa con Cavalcanti? ¿Se muere o no? Estoy cansado de tantos casos largos.

–Ha sido un gigante en la reacción –informó el doctor, de buen humor, –Sin embargo, teniendo en cuenta su situación, vengo pensando la posibilidad de una eutanasia.

–Me parece caritativo –contestó el religioso– porque el infeliz se pudre en vida...

El médico sonrió discretamente y se despidieron.

La escena chocaba por la falta de respeto. Ambos profesionales, el de la religión y el de la ciencia, eran conscientes sólo de situaciones simplemente superficiales, incapaces de penetrar en los sagrados misterios del alma. Pero para compensar tanta falta de caridad y comprensión, Cavalcanti era objeto de nuestro mejor afecto. Por mi parte, no sabía cómo ayudarle, dada mi sencilla colaboración, pero Jerónimo y Bonifacio le rodeaban de un especial cuidado, amparándole como si fuera un niño muy amado.

Cuando el clérigo salió, mi asistente comentó:

–El pobre sacerdote aun no posee “ojos para ver”, Cavalcanti fue,

sobre todo, un perseverante trabajador del bien.

Mientras tanto, el enfermo quería enjugar las copiosas lágrimas. La actitud del capellán le alertó del lamentable estado de su cuerpo físico. Sintió el olor desagradable de sus propias vísceras, agravando su malestar. Aquejado de una angustia extrema, pidió que viniese una determinada religiosa, entre las que atendían la casa. Sufría una profunda sed de consuelo, necesitaba valor que le viniese del exterior. Probablemente encontraría en el corazón femenino el coraje que el confesor no le supo ofrecer. Pero, "la hermana de la caridad" no venía con mejor humor. Hizo intención de escucharle, mientras se aplicaba un desinfectante enérgico a la nariz, lo cual le provocó una sorpresa todavía más dolorosa. Cavalcanti lloró, se quejó. Necesitaba vivir algunos días más, declaró, humillado. No deseaba partir sin la reconciliación conyugal. Pedía recursos médicos más eficientes y prometía pagar todos los gastos, tan pronto pudiese volver al trabajo. Pretendía recurrir a parientes adinerados que residían a distancia. Rescataría la deuda hasta el último centavo.

La "hermana de la caridad", después de oírle, con impasible frialdad, fue más sucinta:

-Amigo mío -dijo, con aspereza- tenga fe. La casa está repleta de enfermos, algunos en peores condiciones que la suya.

Como el enfermo insistiese en su apoyo, concluyó secamente:

-Lo siento, no tengo tiempo.

El agonizante lloró silenciosamente. Recordó, con el alma oprimida por la angustiada nostalgia, su infancia y la juventud. Había caminado por las sendas terrenales, con el corazón abierto a la práctica del bien. No comprendía a Jesús encerrado en los templos de piedra, a distancia de los hambrientos y sufridores que lloraban fuera. La doctrina que abrazó no le ofrecía ocasión de más amplia aplicación al ejemplo evangélico. Estaba obligado a satisfacer obligaciones convencionales y a perder mucho tiempo en manifestaciones de culto externo, pero aprovechó todas las oportunidades para testimoniar su proceder cristiano. Como había amado el ejercicio del bien, constante y fiel, era aborrecido por los sacerdotes y familiares en general. La parentela, incluyendo a su esposa, le consideraba un fanático, desequilibrado e inútil.

Aunque había desarrollado la fe en condiciones elevadas, ignoraba las lecciones de más allá del sepulcro y recelaba la muerte. Le gustaría obtener la certeza de lo que iba a pasar. La visión mental del enfermo,

según los conceptos católicos, infundía escalofríos en su espíritu exhausto. La probabilidad de los sufrimientos en el purgatorio le atemorizaba. Deseaba algo mejor, más bello que el viejo mundo en el que había vivido hasta entonces... Suspiraba por ingresar en una sociedad diferente, en la que pudi ese encontrar corazones que sintonizaran con el suyo, sentía hambre y sed de comprensión, de profunda comprensión, pero, a causa de los principios dogmáticos de su religión, repelía nuestra acción.

El asistente, poniendo en práctica recursos magnéticos, intentó infundirle un sueño suave, para quitarle sus temores directamente, fuera del cuerpo físico. Sin embargo, el moribundo luchó por mantenerse en vigilia. Temía dormirse y no despertar, pensaba, ansioso. Quería ver a su esposa, antes del final, se decía a sí mismo. ¿Por qué no iba a ser posible? ¿No era justo morir tranquilo? ¡Oh! ¡Si ella viniese! –acariciaba la idea– se confesaría por los errores pasados y le pediría perdón. Tanta humildad brotaba de su ser, en aquella hora de gran abatimiento, que no se amargaría al recibir su visita junto al otro hombre con el que estuviese. ¿Por qué odiar? ¿Acaso no le enseñaba la lección de Jesús que la fraternidad constituye siempre la bendición del Altísimo? ¿Quién sería más culpable? El, que mantenía una fuerte indiferencia hacia las exigencias afectivas de la compañera, por la arraigada devoción a la fe, o aquel hombre, despreocupado de cualquier responsabilidad, que la recogió, tal vez desesperada? Si siempre insistía en la práctica de la caridad, ¿Por qué motivo él, Cavalcanti, no había dedicado la atención necesaria, dentro de su propio hogar? En verdad, las sugerencias sublimes de la fe religiosa inflamaban su espíritu de amor universal. No toleraba sofocar su idealismo ardiente. Nadie podría decirle nada en contra. Pero, si ese era el camino escogido, ¿Qué razones le habían llevado a desposar a una pobre criatura, incapaz de compartir con él su hambre de luz? ¿Por qué había hecho firmes promesas a un corazón femenino, consciente de que no podría atenderlas? El dolor diseña la lógica en el fondo de la conciencia, con mucho más nitidez que todos los libros del mundo. La muerte próxima proporcionaba a aquella alma hermosa sublimes reflexiones. Pero, el miedo se había alojado dentro de ella como un sicario invisible.

Cavalcanti, que veía tan bien en el paisaje de los sentimientos humanos, permanecía ciego para “el otro lado de la vida”, desde donde intentábamos auxiliarle en vano.

Jerónimo podría haberle aplicado recursos extremos, pero se abstuvo. Al preguntarle yo por sus infinitos cuidados, explicó, con mucha calma:

–Nadie debe cortar donde pueda desatar... La respuesta me caló

profundamente.

Pero, no fue posible dar al enfermo la tregua del sueño preparatorio y reconfortante. Cavalcanti, reaccionaba, insistente. Sintiendo nuestra proximidad e interferencia, con suavidad, hacía apurados movimientos labiales, recitando oraciones en que imploraba la gracia de ver a la compañera, antes de morir...

–¡Desventurado hermano! –comentó Bonifacio, conmovido– no sabe que su mujer desencarnó hace más de un año, víctima de una enfermedad de transmisión sexual.

Jerónimo no se movió, pero luché dentro de mí para no disparar interrogaciones, a diestro y siniestro, en busca de detalles. Afortunadamente, lo conseguí. El momento no admitía preguntas inútiles. Mi asistente, como si hubiera recibido la más natural de las informaciones, se dirigió al compañero, recomendando:

–Bonifacio, nuestro amigo no puede soportar por más tiempo la existencia en el cuerpo carnal. La máquina se rindió. Dentro de algunas horas, la necrosis ganará terreno y necesitamos liberarlo. Insiste en aferrarse a la carne putrefacta y pide, conmovedoramente, la presencia de su esposa. Ya intentamos auxiliarle a desprenderse, aflojando los lazos de la encarnación en el plexo solar, pero él reacciona con espantoso poder. Resolví, en vista de eso, abrir pequeños vasos del intestino para que la hemorragia se haga ininterrumpida, hasta la noche, cuando efectuaremos la liberación. Le pido que le traiga la compañera desencarnada, por un instante, hasta aquí. Su debilidad física se acentuará vertiginosamente, de ahora en adelante, Y, dentro de algunas horas, las percepciones espirituales de Cavalcanti se harán sentir. Verá, de ese modo, a la esposa, antes del deceso que se aproxima y dormirá menos inquieto.

Bonifacio se aprestó para cumplir la orden y aseguró su cooperación integral. Después, el asistente operó, con cautela, sobre la región intestinal, rompiendo ciertas venas de menor importancia, atenuando su capacidad de resistencia.

Nos ausentaríamos por pocas horas, considerando que el reloj señalaba pocos minutos pasado el mediodía. Pero, antes de que nos alejáramos, observando el cuadro emocionante del hospital de beneficencia donde estaba el moribundo, pregunté a Jerónimo, admirado:

–Ya que nuestro tutelado se debilitará hasta el punto de poder observar en el plano invisible a los ojos mortales, ¿Llegará a ver también

las escenas de vampirismo que se dan en este recinto?.

Sí –informó el orientador con espontaneidad.

¡Oh! ¿Pero tendrá energía suficiente para ver todo sin perturbarse?.

No lo puedo garantizar –respondió sonriendo– naturalmente, cualquier espíritu encarnado, delante de un cuadro de estos, podría ser víctima de la locura, Y, posiblemente, pasaría algunas horas en franco desequilibrio, dada la novedad del espectáculo. Cuando la luz aparece en determinado plano, donde la criatura esté “apta para ver”, tanto se divisa el pantano como el cielo. Es una cuestión de claridad y sintonía, simplemente.

La noticia me llenó de compasión.

El hospital estaba repleto de escenas deplorables. Entidades inferiores, retenidas por los propios enfermos, por sus mentes viciadas, se apostaban en las camas, provocándoles padecimientos atroces, chupándoles las fuerzas como vampiros, atormentándolos y persiguiéndoles.

Desde el inicio del tratamiento de Cavalcanti, me desagradaban tales demostraciones en aquel lugar de asistencia caritativa y llegué inclusive a consultar al asistente sobre la posibilidad de mejorar la situación, pero Jerónimo me dijo, sin extrañeza, que era inútil cualquier esfuerzo extraordinario, pues los mismos enfermos, en base de su ausencia de educación mental, se encargarían de llamar de nuevo a los verdugos, atrayéndoles hacia sus heridas orgánicas, por lo que sólo podíamos irradiar buena voluntad y practicar el bien, tanto como fuese posible, pero, sin violar las posiciones de cada uno.

Confieso que experimenté una enorme dificultad para desempeñar los deberes que allí me retenían, porque las interpelaciones de los infelices desencarnados me alcanzaban insistentemente. Pedían toda clase de beneficios, reclamaban mejoras y explotaban en lamentaciones sin fin. Sereno y fuerte, mi orientador conseguía trabajar con la mente centralizada en la tarea, inaccesible a las perturbaciones exteriores. Por mi parte, no había alcanzado todavía semejante poder. Las peticiones, los lamentos, los improperios, me herían constantemente, impidiéndome conservar mi paz interior.

Por eso, al retirarme, pensé en la amarga sorpresa del moribundo, cuando se abriese la cortina que velaba su visión espiritual.

Aguardé, curioso, el anochecer, cuando en compañía del orientador, atravesé, de nuevo, la puerta del hospital.

Cavalcanti se avecinaba al coma. La sangre anegaba las sábanas, que se cambiaban cada poco. El debilitamiento general progresaba, rápido.

El agonizante inspiraba compasión. Se abrieron sus centros psíquicos, en el avanzado abatimiento del cuerpo, y el infeliz pasó a divisar a los desencarnados que se encontraban allí, no lejos de él, en el mismo plano evolutivo. No identificaba todavía nuestra presencia, como sería de desear, pero observaba, atemorizado, las escenas que le rodeaban. Otros enfermos le miraban, ahora, asustados. Para todos ellos, el compañero de sufrimientos deliraba, inconsciente.

–¿Estaré en el infierno o vivimos en una casa de locos? –vociferaba bajo un horrible tormento moral– ¡Oh! ¡Los demonios! ¡Los demonios!... ¡Miren al “espíritu malo” chupando las llagas!...

Y, con la cara contraída, señalaba a un pobre viejo de piernas varicosas.

–¡Oh! ¿Qué dice? –proseguía con visible espanto– dice que no es el diablo, afirma que el enfermo le debe...

Oídos a la escucha, guardaba silencio, ansioso por registrar las palabras impensadas y criminales del verdugo desencarnado, pero, no consiguiéndolo, explotaba en gritos de lamentos, infundiendo compasión.

Si no fuera por la debilidad invencible, se habría levantado con impulsos de loco. Enfermos y enfermeros, alarmados, clamaban por echar de allí al moribundo. Tenían miedo. Cavalcanti desvariaba. Se consolaban, sin embargo, con la expectativa de que la abundante hemorragia presagiaba un final en breve.

Jerónimo le administró, entonces, piadosamente, recursos reconfortantes, y el agonizante se tranquilizó, muy despacio...

No pasó mucho tiempo y Bonifacio entró conduciendo a un verdadero fantasma. La ex-esposa, convocada a la escena, parecía una sombra espectral. No veía a nuestro cooperador, pero obedecía sus órdenes. Penetró al recinto, casi arrastrándose. Siguiendo al guía, automáticamente vino hasta el lecho de Cavalcanti, le miró con una intraducible impresión de horror y gritó, largamente, perturbando su momento de alivio.

El moribundo se dio la vuelta y la vio. Una alegre sonrisa se estampó en su cadavérico rostro.

–¿Eres tú, Bela? ¡Gracias a Dios, no moriré sin pedirte disculpas!...

La ternura con que se dirigía a tan miserable figura causaba compasión.

La esposa se acercó al lecho, intentando arrodillarse. Oyéndole, asombrada, replicó, afligida:

–¡Joaquín, perdóname, perdóname!...

–¿Perdonarte qué? –replicó él, buscando inútilmente acariciarla– Yo, sí, fui injusto contigo, abandonándote a tu propia suerte... Por favor, no me quieras mal. No te pude comprender en otro tiempo y facilité tu paso en falso, colaborando, sin pensarlo, para que te precipitases en el oscuro despeñadero. No entendí los problemas de nuestro hogar tanto como debía... Pero, hoy, que la muerte me busca, deseo la paz de conciencia. Confieso mi culpa y te ruego me perdones... Discúlpame...

Hablaba venciendo enormes obstáculos. No obstante, se notaba que aquella conversación le hacía un inmenso bien. La mente se tranquilizó. Contemplaba a la esposa, reconocido, casi feliz.

–¡Joaquín! –suplicó la miserable– ¡Perdóname! Nada tengo contra ti. El tiempo me enseñó la verdad. ¡Siempre fuiste mi leal amigo y un dedicado marido!.

El moribundo la escuchó esbozando una expresión en su rostro de intensa alegría.

La miró en éxtasis, totalmente cambiado y murmuró:

–¡Ahora, estoy satisfecho, gracias a Dios!...

En ese instante, el mismo médico que habíamos visto por la mañana, se acercó al lecho para la inspección nocturna, acompañado de una enfermera.

Al llamarle por su nombre, Cavalcanti se volvió y, con todas las fuerzas que le quedaban, le dijo, feliz:

–¡Mire doctor, mi esposa llegó, por fin!.

E, interesado en conquistar la atención del interlocutor, proseguía:

–Estoy contento, resignado... Pero mi pobre Bela parece enferma, abatida...

¡Ayúdela por amor de Dios!.

Echando la mirada por la extensa sala y fijándose en las tristes

escenas, entre encarnados y desencarnados, preguntó:

–¿Por qué fueron internados tantos locos aquí? ¡Miren, miren a aquél! Parece que está sofocando al infeliz...

Con esto describía a una entidad que asediaba a un pobre enfermo atacado de asma cardiaca.

El médico, le contempló, compadecido, y dijo a la enfermera:

–Es el delirio que precede al final.

Mientras tanto, Jerónimo recomendó a Bonifacio retirar a la sombría figura de la ex-esposa de Cavalcanti, diciendo:

–No nos conviene de ahora en adelante la permanencia de semejante criatura. Ya cumplió las obligaciones que la trajeron aquí y todavía posee numerosos acreedores a la espera.

La desventurada reaccionó, intentando quedarse, pero Bonifacio empleó una activa fuerza magnética para alejarla.

Notando, sin embargo, que la compañera se alejaba gritando, el agonizante se puso a vociferar, alucinado:

–¡Vuelve, Bela, vuelve!

Se esforzó el médico en traerle a la realidad, pero en vano. Cavalcanti continuaba invocando la presencia de su esposa, con la voz ronca, oprimida, sumisa.

El médico ladeó la cabeza y exclamó casi en un susurro:

–Es imposible continuar así. Vamos a aliviarle.

Jerónimo registró sus pensamientos, mostrando una extrema preocupación, y comunicándome, gravemente:

–Beneficiemos al moribundo, por nuestra parte, empleando medidas drásticas. El doctor pretende inyectarle un fatal anestésico.

Atendiendo la orden, aseguré la frente del agonizante, mientras que él aplicaba pases longitudinales, preparando el desenlace. Pero el obstinado amigo continuaba reaccionando:

–¡No! –exclamaba, mentalmente–, ¡No puedo morir! ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

Pero el médico no se demoró mucho, y como el enfermo luchaba, desesperado, en oposición a nuestro auxilio, no nos fue posible aplicarle el golpe extremo. Sin ningún conocimiento de las dificultades espirituales, el médico administró la llamada "inyección compasiva", ante el gesto de profunda desaprobación de mi orientador.

En pocos instantes, el moribundo se calló. Se enfriaron sus miembros, lentamente.

Su rostro quedó inmóvil y sus ojos parecían de cristal.

Cavalcanti, para el espectador común, estaba muerto. Pero no para nosotros. La personalidad desencarnante estaba presa al cuerpo inerte, en plena inconsciencia e incapaz de cualquier reacción.

Sin perder la serenidad, el orientador me explicó:

–La carga fulminante de la sedación, por actuar directamente en todo el sistema nervioso, influye en los centros del periespíritu. Cavalcanti permanece, ahora, pegado a trillones de células neutralizadas, durmientes, invadido él mismo, de un extraño sopor que le imposibilita dar cualquier respuesta a nuestro esfuerzo. Probablemente, sólo podremos liberarlo después de transcurridas más de doce horas.

Al volver Bonifacio, mi dirigente le dio informaciones exactas y le confió al pobre amigo, que fue inmediatamente transportado al depósito de cadáveres.

Y, conforme a la primera suposición de Jerónimo, solamente nos fue posible la liberación del recién desencarnado cuando ya habían transcurrido veinte horas, después de un servicio muy laborioso para nosotros. Aún así, Cavalcanti no se retiró en condiciones favorables y animadoras. Apático, somnoliento y desmemoriado, fue conducido por nosotros a la Casa de Fabiano, demostrando necesitar mayores cuidados.

. [[ir a ÍNDICE](#)]

## **XIX- LA SIERVA FIEL.**

Liberado, Cavalcanti me ofrecía una amplia ocasión para mis investigaciones. La inyección sedante, con alta dosis de anestésicos, había afectado su periespíritu, como si fuera un choque eléctrico. Debido a eso, permanecía casi inerte, ignorándose a sí mismo. Al preguntarle algo, en diversas oportunidades, no sabía razonar para responder a las cuestiones más básicas, alusivas a su propia identidad personal.

Notando mi interés con respecto al tema, Jerónimo, después de administrarle los primeros socorros magnéticos, en la Casa Transitoria, me explicó:

–Cualquier droga, en el campo infinitesimal de las células, se hace sentir por sus propiedades eléctricas específicas. Combinar aplicaciones químicas con las verdaderas necesidades fisiológicas, constituirá, efectivamente, el objetivo de la Medicina en el porvenir. El médico del futuro aprenderá que todo remedio está saturado de energías electromagnéticas en su radio de acción.

Por eso el veneno destruye las vísceras y la droga modifica la naturaleza de las células en sí, imponiéndoles una incapacidad temporal. El medicamento tiene principios eléctricos, como también sucede a las asociaciones atómicas que van a recibirle. Según sabemos, en ningún plano la naturaleza actúa dando saltos. El periespíritu, formado a base de materia volátil, moviliza igualmente a trillones de unidades unicelulares de nuestra esfera de acción, que abandonan el campo físico saturadas de la vitalidad que le es peculiar. De ahí los sufrimientos y angustias de determinadas criaturas, más allá del fallecimiento. Los suicidas acostumbran a sentir, durante largo tiempo, la aflicción de las células aniquiladas violentamente, mientras que los viciosos sufren una tremenda inquietud por el deseo insatisfecho.

La explicación era lógica y humana. Fui comprendiendo, por mi parte, poco a poco, la importancia del desapego a las emociones inferiores para los hombres y mujeres encarnados en la Corteza. Materia y espíritu, vaso y contenido, forma y esencia, se confundían a mis ojos como la llama de la vela y el material incandescente. Integrados uno en el otro, producían la luz necesaria a los objetivos de la vida.

El examen de los casos de muerte me enriqueció mucho en el sector de la ciencia mental. El espíritu, eterno en los fundamentos, se vale de la materia, transitoria en las asociaciones, como material didáctico, siempre más elevado, en el curso incesante de la experiencia para la integración con la Divinidad Suprema. Perjudicando a la materia, complicaremos el cuadro de servicios que nos es indispensable y nos estacionaremos, en cualquier situación, con el fin de restaurar el patrimonio sublime puesto a nuestra disposición por la Bondad Imperecedera. Tanto estamos obligados al trabajo regenerador, en la encarnación, como en la desencarnación, en la existencia de la carne como en la muerte del cuerpo, tanto en el presente como en el futuro. Nadie alcanzará victorioso la cumbre de la vida eterna, sin aprender el equilibrio con el que debe elevarse. De ahí las actividades

complejas del camino evolutivo, las innumerables diferencias, la multiplicidad de las posiciones, las escaleras de la posibilidad y los grados de la inteligencia, en los variados planos de la vida.

Para solucionar los problemas de Cavalcanti, nuestro dirigente designó al padre Hipólito para seguirle más cerca, orientándole sobre la renovación. El "convaleciente" nos miraba, receloso, creyéndose víctima de una pesadilla, y en un hospital diferente. Se declaraba interesado en continuar en el cuerpo terrestre, llamaba a la esposa insistentemente y repetía descripciones del pasado con admirable expresión emotiva. Más de una vez, repelió a Jerónimo, con argumentos severos.

Al lado de Hipólito, sin embargo, se tranquilizaba con humildad. Influían en él el respeto y la confianza que se había acostumbrado a consagrar a los sacerdotes. Nuestro compañero poseía sobre el recién liberado un importante ascendente espiritual. Podría beneficiarle con más facilidad y en menos tiempo. A pesar de eso, nuestro asistente le administraba con regularidad recursos magnéticos, elevando su patrón de salud espiritual.

El desencarnado iba despertando con extrema lentitud, tardando mucho tiempo en volver en sí. Todavía eran impresionantes sus coloquios con el hermano Hipólito, en los cuales acribillaba al ex-sacerdote con preguntas intempestivas. A medida que sus condiciones mentales mejoraban, apretaba el cerco. Quería saber donde se localizaban el cielo y el infierno, pedía noticia de los santos, pretendiendo visitar aquellos a quienes consagraba mayor devoción, rogaba explicaciones referentes al limbo, reclamaba el encuentro con parientes que le habían precedido en la tumba, solicitaba explicaciones sobre el valor de los sacramentos de la Iglesia Católica, comentaba la naturaleza de los diversos dogmas, hasta que, un día, llegó al disparate de preguntar si no le sería posible obtener una audiencia con Dios, en la Corte celestial. Hipólito necesitaba poner de su parte infinita buena voluntad para tratar con respeto y provecho tamaña buena fe.

La hermana Zenobia venía frecuentemente a asistir a los sorprendentes diálogos y, en una ocasión, cuando nos hallábamos juntos, a pequeña distancia del enfermo, comentó, risueña:

–Nuestra antigua Iglesia Romana, tan venerable por las tradiciones de cultura y servicio al progreso humano, es, de hecho, en la actualidad, una gran especialista en "niños espirituales"...

Examinando las dificultades naturales del servicio de esclarecimiento,

Jerónimo recomendó a Hipólito y a Luciana que proporcionasen al recién liberado los recursos posibles, dada la escasez de tiempo disponible.

Habían transcurrido veinticinco días desde el inicio de la tarea.

–Necesitamos regresar –informó el asistente–, necesitamos regresar tan pronto como se produzca la llegada de Adelaida, que no estará en esta fundación más de un día. Nos corresponde, pues, acelerar la preparación de Cavalcanti, con todas las posibilidades a nuestro alcance.

Los compañeros se desvelaban, cariñosos. En el fondo, todos sentíamos nostalgia por el hogar distante, que nos congregaba en bendiciones de paz y de luz. El propio Fabio, equilibrado y bien dispuesto, colaboraba para la solución del asunto, suspirando por la entrada en los santuarios de lo Más Alto.

Atendiendo a la división de los servicios, Jerónimo y yo continuamos en acción en el instituto evangélico, donde la leal sierva de Jesús recibiría la carta liberadora. Adelaida, sin embargo, parecía no depender de cadenas físicas. No conseguí, por mi parte, auscultar su organismo, porque la noble misionera, en virtud del avanzado debilitamiento del cuerpo, lo abandonaba a la primera señal de nuestra presencia, situándose, junto a nosotros, en sana conversación.

Generalmente, distinguidos compañeros de nuestro plano participaban con nosotros de los ágapes fraternos.

La antevíspera del desenlace, tuve ocasión de observar la extrema simplicidad del abnegado Bezerra de Menezes, que se encontraba en visita reconfortante junto a la fiel servidora.

–No deseo estorbar el servicio de mis benefactores –decía ella, algo triste–, y por eso, estimaría conservar la buena forma espiritual en el supremo instante del cuerpo.

–Mire, Adelaida –consideró el apóstol de la caridad –morir es mucho más fácil que nacer. Para organizar, en la mayoría de las circunstancias, son precisos, generalmente, infinitos cuidados, para desorganizar, sin embargo, basta a veces un leve empujón. En ocasiones como ésta, la resolución lo es casi todo. Ayúdese a usted misma, liberando la mente de los hilos que la imanten a personas, acontecimientos, cosas y situaciones de la vida terrena. No se detenga. Cuando sea llamada, no mire hacia atrás.

Y sonriendo dijo:

–Acuérdese que la mujer de Lot, convertida en estatua de sal, no es un símbolo inexpresivo. Hay criaturas que, en el instante justo de abandonar la carne, enferma e inservible, vuelven su pensamiento hacia el camino recorrido, reviviendo recuerdos pocos constructivos... Tropicizan con sus propias aprensiones, como si estas fuesen piedras puestas al azar, en la senda recorrida, y quedan largos días prendidos en el anzuelo del deseo incoherente e insatisfecho, sin suficiente energía para una noble renuncia.

–Espero –dijo la interlocutora, en tono grave– que los amigos me ayuden. Me siento socorrida, amparada, pero... tengo miedo de mí misma.

–¿Se preocupa, amiga mía? –volvió a decir el antiguo médico, satisfecho– No vale la pena. Comprendo, sin embargo, su ansiedad. También pasé por eso. Piense que el recuerdo de Jesús, al pie de Lázaro, fue una ayuda segura a mi corazón, en un trance similar. Busqué aislarme, cerrar los oídos a los llamamientos de la sangre, cerrar los ojos a la visión de los intereses terrenos, y la liberación, al final, se dio en pocos segundos. Pensé en las enseñanzas del Maestro, al llamar a Lázaro, de nuevo, a la existencia, y recordé sus palabras: “¡Lázaro, sal afuera!” Centralizando la atención en el pasaje evangélico, me alejé del cuerpo físico sin obstáculo alguno.

La sencillez del narrador me encantaba.

Adelaida sonrió, sin poder disimular, de todos modos, su íntima preocupación. Valiéndose de la pausa, Jerónimo comentó:

–Además nos corresponde destacar las condiciones excepcionales en que partirá nuestra amiga. En tales circunstancias, solamente dan lástima aquellos que se agarran demasiado a los caprichos carnales. Para esos, sí, la situación es desagradable, porque el sembrador de espinas no puede aguardar cosecha de flores. Los que se consagran a la preparación del futuro con la vida eterna, a través de manifestaciones de la espiritualidad superior, instintivamente aprenden todos los días a morir para la existencia inferior.

Noté que la abnegada hermana se mostraba más serena y reconfortada.

Se interrumpió la conversación, porque Adelaida fue obligada a reanimar repentinamente el cuerpo, para recibir la última dosis de medicación nocturna. Al regresar a nuestro plano, Jerónimo le ofreció su brazo amigo para un rápido viaje al establecimiento de Fabiano.

La hermana Zenobia deseaba verla, antes del desenlace. La gran

orientadora admiraba su servicio en la Tierra y, más de una vez, se valió de su fraternal ayuda en actividades de regeneración y esclarecimiento.

Adelaida nos acompañó, contenta.

En pocos minutos, recibidos por la administradora, se repetía la misma conversación de minutos antes, con la diferencia de que Zenobia había tomado la posición reanimadora de Bezerra de Menezes.

La bondadosa discípula de Jesús, en vías de retirarse de la Corteza, era objeto del cariño general.

Después de algunas consideraciones convincentes por parte de Zenobia, que se esmeró en proporcionarle buen ánimo, Adelaida, humilde, le expuso las últimas dificultades.

Se había unido fuertemente a la obra iniciada en los círculos carnales y se sentía estrechamente ligada, no solamente a la obra, sino también a los amigos y auxiliares. Por fuerza de las circunstancias imperiosas, había acumulado diversas funciones en la organización de los servicios. Poseía todo un equipo de hermanas dedicadísimas, que colaboraban con sincero desprendimiento y alto valor moral, en el amparo a la infancia desvalida. Estimaba profundamente a las cooperadoras y era, igualmente, muy querida de todas ellas. ¿Cómo responderían ante las dificultades que se agravaban? En su interior estaba preparada, no obstante, reconocía la extensión y la complejidad de los óbices mentales. Su habitación, en la casa terrena, parecía una red de pensamientos retentivos que le interceptaban la salida. Cuanto menos se veía presa al cuerpo, más se ampliaba la exigencia de los parientes, y de los amigos... ¿Cómo portarse ante esa situación? ¿Cómo hacerles sentir la realidad? Se había comprometido en muchas acciones y se había convertido, involuntariamente, en el norte espiritual de muchos. Pero, ella misma reconocía lo inservible de su cuerpo físico. Su organismo había alcanzado el fin. No conseguiría mantenerse, aunque le consiguiesen una prórroga del tiempo.

La orientadora la escuchó, atenta, como un médico experto ante un enfermo afligido, y dijo, finalmente:

–Reconozco los obstáculos, pero no se preocupe. La muerte es el mejor antídoto de la idolatría. Con su llegada se operará la necesaria descentralización del trabajo, por lo que se impondrá naturalmente un nuevo esfuerzo de cada uno. Alégrese amiga mía, por la transformación que ocurrirá dentro de poco. Reanítese, sobre todo, para que su

situación se reajuste naturalmente sin ningún punto de interrogación al término de la experiencia actual.

Guardó silencio durante algunos momentos y le comentó, enseguida:

–Tenemos aún la noche de mañana. La aprovecharé para dirigirme a sus colabora- dores, en un ruego a la comprensión general. Nuestros amigos contribuirán para que se reúnan en asamblea, como es indispensable.

La visitante le dio las gracias.

Proseguíamos en la misma vibración de cordialidad, pero Zenobia modificó el rumbo de la conversación.

Abandonando los asuntos de la muerte y del sufrimiento, comentó los servicios edificantes que se llevaban a efecto, junto a una expedición socorrista, cuyos miembros realizaban admirables experiencias en el instituto, en los días en los que no tenían obligaciones de trabajos inmediatos en la Corteza. Y describió tan brillantemente la tarea, que Adelaida se olvidó, por minutos de la situación que le era peculiar, interesándose vivamente por los detalles. La iniciativa se coronaba de grandes resultados, porque la conversación le hizo un enorme bien, propiciándole un apaciguamiento mental temporal.

La desencarnante volvió al cuerpo, bien dispuesta, reanimada. En el transcurso del día, Jerónimo y la directora de la Casa Transitoria acordaron medidas relativas a la reunión de la noche. El asistente emplearía todo el esfuerzo necesario para que el organismo de la enferma estuviese en las mejores condiciones, mientras dos activos auxiliares de Zenobia se encargarían de cooperar para llevar al personal de Adelaida a la asamblea.

El día, de ese modo, estuvo lleno de tareas referentes al objetivo previsto.

A través de reiterados pases magnéticos sobre los órganos de la circulación –en los que no fue necesaria mi colaboración, vista de la extrema pasividad de la enferma– Adelaida entró en una fase de inesperada calma, tranquilizando el campo de las amistades terrenales.

Se renovaron, de inmediato, sus esperanzas. La reacción orgánica surgió, dentro de un nuevo impulso, mejorando el cuadro de los pronósticos en general. Se multiplicaron las vibraciones de paz y las oraciones de reconocimiento.

En vista de eso, se inició, después de la medianoche, el trabajo preparatorio de la gran reunión.

Vinieron compañeros de la institución, localizados en diversas regiones, provisionalmente desprendidos del cuerpo físico por la actuación del sueño.

Integrando el grupo de trabajadores que organizaban el ambiente, observé que el mayor porcentaje de recién llegados eran mujeres y debemos resaltar que era muy satisfactorio observar su reverencia y cariño. Todos traían la mente polarizada en la oración, en favor de la benefactora enferma, objeto para ellos de admiración y ternura. Nos miraban, respetuosos y tímidos, dirigiéndonos pensamientos de súplica, sin recuerdos inútiles o nocivos. Los pocos hombres que comparecieron estaban contagiados por la veneración colectiva y se mantenían en la misma posición sentimental.

La elevación ambiental esparcía fluidos armoniosos, haciendo posible una agradable sensación de confianza y tranquilidad.

Por sugestión de Jerónimo, la reunión sería realizada en el extenso salón de estudios y oraciones públicas, debidamente preparado. Para ese fin, economizamos el esfuerzo. Sometimos con ayuda de aparatos la enorme dependencia a un riguroso servicio de limpieza. Los componentes de la asamblea podían descansar tranquilos, sin el asedio de corrientes mentales inferiores. Luces y flores de nuestra esfera esparcían notas de singular encanto. Era de apreciar el continuo ingreso de las señoras que, en oración, a distancia del cuerpo físico, irradiaban de sí mismas admirables expresiones de luz nítidamente diferentes entre sí.

Estábamos junto a todos, en actitud vigilante, para mantener el imprescindible patrón vibratorio, cuando, pasada la primera hora, la hermana Zenobia, acompañada de beneméritos amigos de la casa, entró en el recinto, conduciendo a Adelaida, extremadamente abatida.

La directora de la Casa Transitoria de Fabiano tomó el lugar de orientación y, antes de interferir en el asunto principal que la traía hasta allí, levantó la diestra, rogando la bendición divina para la comunidad que se reunía allí, atenta y reverente.

Tuve, entonces, oportunidad de comprobar, una vez más, el prodigioso poder de aquella mujer santificada. Su mano despedía rayos de claridad zafirina, con tanta prodigalidad, que nos daba la idea de estar en comunicación con una extensa y oculta reserva de luz.

Terminado el saludo, pronunciado con hermosa inflexión de ternura, cambió el tono de voz y se dirigió a los oyentes, con visible energía:

–Hermanas y amigos, seré breve. Vengo hasta aquí solamente para haceros una petición. No ignoráis que nuestra Adelaida necesita libre el camino de la espiritualidad superior. Enferma desde hace mucho tiempo, cooperó con nosotros durante años consecutivos, dándonos lo mejor de sus fuerzas. Dócil a las influencias del bien, fue un valioso instrumento en la organización de esta casa de amor evangélico. Administró la obra con cuidado y, muchas veces, en nuestro instituto de socorro, fuera de los círculos carnales, recibimos la preciosa colaboración de su esfuerzo, de su buena voluntad.

Dirigió la mirada a la asistencia y dijo con humildad:

–¿Por qué la detenéis? Hace días, en que la habitación que sirve de reposo físico a la enferma que nos es tan amada permanece enlazada con pensamientos angustiosos. Son fuerzas que parten de vosotros, sin duda, compañeros celosos del trabajo en acción, pero olvidados del “hágase Tu voluntad” que debemos dirigir al Supremo Señor todos los días de la vida. Me dan lástima las circunstancias que me obligan a hablaros con tamaña franqueza. Pero no nos queda otra alternativa. ¿Creéis en la victoria de la muerte, en oposición a la gloriosa eternidad de la vida? Adelaida sólo devolverá su cuerpo gastado al laboratorio de la naturaleza. Continuará, sin embargo, contribuyendo en los servicios de la verdad y del amor, con ánimo inextinguible. En cuanto a vosotros, no olvidéis la necesidad de acción individual, en el campo del bien.

¿Qué decir del dueño de la viña que estima el valor de la misma solamente a través de los servicios de manos ajenas? ¿Cómo apreciar al amante de las flores que nunca cultivó su propio jardín? No estéis ociosos, manteniéndoos a distancia del desarrollo de vuestras posibilidades infinitas. Indudablemente, la cooperación y el cariño son estimulantes sublimes en la ejecución del bien, pero hay que evitar la intromisión del fantasma del egoísmo expresado en tiranía sentimental. No podemos afirmar que impedís a propósito la liberación de la compañera de la cárcel. La existencia carnal constituye un aprendizaje demasiado sublime para que podamos reducirla a la categoría de un simple calabozo común. No, amigos míos, no nos atrevemos a emitir semejante opinión. Nos referimos tan sólo al violento impulso de idolatría al que os entregáis impensadamente, por los desvaríos de la ternura mal comprendida. La aflicción con que intentáis retener a la misionera del bien, es hija del egoísmo y del miedo. Alegáis, en favor de vuestro indeseable estado del alma, la confianza de que Adelaida

se volvió depositaria fiel, como si no debieseis desarrollar las facultades espirituales que os son propias, creando la confianza positiva en Dios y en vosotros mismos, en el trabajo improrrogable de la autorrealización, y pretextáis orfandad espiritual simplemente por el recelo de enfrentar vosotros mismos, los dolores y los riesgos, las adversidades y los testimonios inherentes a la iluminación del camino para la vida eterna. Valeos de la bendita oportunidad para no repetir una vieja experiencia de incomprensible idolatría. Convertís a compañeros de buena voluntad, pero tan necesitados de renovación y luz como vosotros mismos, en oráculos erguidos en pedestales de barro frágil. Creáis semidioses y gastáis el incienso de infinitas referencias personales, estableciendo problemas complejos que reducen su capacidad de servicio, olvidando las simientes divinas de las que sois portadores. Creáis un ídolo en el altar de la mente, infundiéndole una vida fugaz, e indiferentes al glorioso destino que el universo os señala, estimáis el menor esfuerzo que os encierra en automatismo y recapitulaciones. Si el ídolo no corresponde a vuestra expectativa, alimentáis la discordia, la irritación, la exigencia, si falla, después del inicio del viaje hacia el conocimiento superior, os sentís desarbolados, si cae del pedestal de cera, sufrís el frío pavor desconocido por el auto-relajamiento en vuestra propia renovación. ¿Por qué erigir semejantes estatuas para la contemplación, si las vais a romper, inevitablemente, en la jornada de ascensión? ¿No os hartasteis, todavía, de las peregrinaciones sobre reliquias desmenuzadas? Comprendiendo nuestros defectos mentales en la conquista de la vida eterna, la voluntad del Señor colocó en los pórticos de la legislación antigua el “no tendrás otros dioses delante de mí”. El Padre conoce nuestros vicios milenarios en materia de inclinaciones afectivas y nos prevenía el espíritu contra las falsas divinidades. Recurrimos a estos ejemplos, en las reflexiones de este momento, con el propósito de elevar vuestra comprensión a círculos más altos, para que así os desprendáis de la hermana dedicada y digna servidora, que os precederá en la gran jornada de la liberación.

La palabra de Zenobia causaba extraordinaria impresión en los oyentes. Las mujeres y los pocos hombres presentes, tocados por la intensa luz de la orientación y desarmados por su palabra sabia y sublime, revelaban, sin poderlo disimular, una gran emoción en su aspecto. La oradora hizo un delicado gesto de benevolencia y prosiguió:

–No nos oponemos a las manifestaciones de cariño. La nostalgia y el reconocimiento caminan juntos. Sin embargo, en el ámbito de las relaciones amistosas, toda imprudencia se convierte en un desastre. ¿Qué sería de nosotros, si Jesús permaneciese en continuada convivencia con

nuestras organizaciones y necesidades? No pasaríamos, tal vez, de ser maravillosas flores de la estufa, sin vida esencial. Por exceso de consulta y abuso de confianza, no desarrollaríamos la capacidad de administrar o de obedecer. Carentes de valor propio, erraríamos de región en región, en compactos rebaños de incapaces, a la búsqueda del oráculo divino. Tal vez, en vista de eso, El Maestro haya limitado al mínimo de tiempo el apostolado personal y directo, trazando para nosotros servicios dignificantes para muchos siglos, en pocos días. Nos dio a entender, de ese modo, que el hombre es una columna sagrada del reino de Dios, que el corazón de cada criatura debe iluminarse, como santuario de la Divinidad, para reflejar Su grandeza augusta y compasiva. No os olvidéis, amigos míos, que todos nosotros, considerados individualmente, somos herederos dichosos de la sabiduría y de la luz.

Zenobia se calló y, en ese instante, como si atendiesen, desde muy alto, sus ruegos silenciosos, comenzaron a caer sobre nosotros rayos de luz balsámicos, acrecentando nuestra sensación de felicidad y alegría.

Transcurrido un largo silencio, durante el cual la directora del instituto de Fabiano pareció registrar las disposiciones más íntimas de la asamblea, volvió a decir, en tono significativo:

–Afirmáis mentalmente que Adelaida es la viga maestra de este lugar de amor, que surgirán dificultades tal vez invencibles para que sea sustituida en el timón de la nave, pero sabéis que vuestra hermana, a pesar de los valores indudables que adornan su persona, fue sólo un instrumento digno y fiel de este albergue benemérito, sin haber sido, sin embargo, su fundadora. Por amor al espíritu cristiano, al cual nos adaptamos por nuestra parte, fue utilizada por el Donador de las bendiciones en los trabajos de extensión del Evangelio purificador. No pongáis en su frente amiga la corona de la responsabilidad total, cuyo “peso de glorias” debe repartirse con todos los siervos sinceros de las buenas obras, como se dividen, inevitablemente, los valores de la cooperación. Adelaida conoce su condición de colaboradora leal y no desea laureles que de ningún modo le pertenecen. Aguarda, solamente, que los compañeros de lucha transfieran a Cristo el patrimonio de reconocimiento, rogando simplemente las amistades, la simpatía y la comprensión para sus necesidades en la vida nueva. Liberémosla, pues, ofreciéndole pensamientos de paz y júbilo y compartiendo su esperanza en la esfera más elevada.

Inmediatamente después, la orientadora terminó, orando con mucho sentimiento y suplicando para todos nosotros la bendición divina del Padre

Todopoderoso.

Algunos oyentes no se quedaron en el recinto, regresando al ambiente común bajo la custodia de amigos vigilantes. Unas señoras, sin embargo, se aproximaron a la orientadora, dirigiéndole palabras de alegría y gratitud.

En algunos minutos más la asamblea se dispersaba, tranquila.

Por último, se despidieron igualmente la hermana Zenobia, y los otros compañeros.

Adelaida, al retornar a la materia, respiró, radiante. Gracias al júbilo de aquella hora, ganó tanta energía en su periespíritu que el regreso a las células de la carne fue complicado y doloroso. La invadió un súbito malestar, al entrar en contacto con los depauperados centros físicos.

Los tomaba y los abandonaba sucesivamente, como el pájaro al sentir la estrechez del nido.

Pregunté a Jerónimo sobre esto, a lo que me respondió:

–Después de la palabra esclarecida de Zenobia –dijo afablemente el mentor– se extinguieron las corrientes mentales de retención que se mantenían por el conjunto fraternal de la comunidad agradecida. Se privó el cuerpo carnal del permanente socorro magnético, que el influjo de esas corrientes alimentaba, atenuando su resistencia y precipitando la caída del tono vital. Además de eso, la alegría de esta hora robusteció, sobremanera, sus centros periespirituales. Es imposible, de esa forma, evitar la sensación angustiosa al contacto de nuevo con los órganos enfermos.

Y, con benévola expresión, acarició cariñosamente a la enferma, diciéndole:

–¡No se preocupe, amiga mía! El capullo se redujo, pero sus alas crecieron... Piense, ahora, en el vuelo que vendrá.

Adelaida se esforzó para mostrar satisfacción en el semblante nuevamente abatido y rogó, tímidamente que le fuese concedido el obsequio de intentar, ella misma, a solas, la desencarnación de los lazos más fuertes, en esfuerzo personal, espontáneo.

Jerónimo asintió, satisfecho.

Y manteniéndonos vigilantes en la habitación contigua, la dejamos entregada a sí misma, durante las largas horas que pasaron en el trabajo complejo y persistente.

No sabía que alguien pudiese efectuar semejante tarea, sin ayuda ajena, pero el orientador vino en socorro de mi perplejidad, diciendo:

-La cooperación de nuestro plano es indispensable en el acto concluyente de la liberación. Sin embargo, el trabajo preliminar del desenlace, en el plexo solar e incluso en el corazón, puede, en varios casos, ser llevado a efecto por el propio interesado, cuando este haya adquirido, durante la experiencia terrestre, el preciso entrenamiento con la vida espiritual más elevada. No hay, por lo tanto, motivo para sorpresa. Todo depende de la preparación adecuada en el campo de la realización.

Mi dirigente tenía razón. Efectivamente, sólo en el último minuto intervino Jerónimo para desatar el apéndice plateado.

¡La agonizante estaba libre, al fin!... Se abrió la casa a todas las visitas.

Convencidos por las palabras de Zenobia, los cooperadores encarnados, aunque no guardasen los pequeños detalles en el recuerdo, mantuvieron una discreta actitud de respeto, serenidad y conformidad.

La denodada batalladora, ahora liberada, se esquivó, gentilmente a la invitación para la partida inmediata. Esperó la inhumación de los restos, consolando a amigos y recibiendo consuelo.

Después de orar, fervorosamente, en el último poso de las células exhaustas, agradeciendo su preciosa ayuda en los benditos años de permanencia en la Corteza, Adelaida, serena y confiada, rodeada de numerosos amigos, partió, en nuestra compañía, camino de la Casa Transitoria, punto de destino sentimental de la gran caravana afectiva.

. [[ir a ÍNDICE](#)]

## **XX- ACCIÓN DE GRACIAS.**

Congregados, ahora, en el instituto socorrista de Fabiano, nos preparamos para el viaje de regreso.

La nostalgia de nuestra vida armoniosa y bella, en los planos más altos, dominaban nuestros corazones. El servicio en los planos inferiores nos proporcionaba, realmente, experiencia y sabiduría, acentuando nuestro equilibrio y enriqueciéndonos las adquisiciones eternas. Pero, el reconocimiento de semejantes valores no impedía la sed de aquella paz que nos aguardaba, a distancia, en el hogar templado y suave de las afinidades más puras.

En todos nosotros preponderaba el júbilo resultante de la tarea ejemplarmente realizada, pero el mismo Jerónimo reflejaba la alegría de regresar, en la calma y buen ánimo que fulguraba en su feliz semblante.

Al esfuerzo sincero, seguía la tranquilidad del deber cumplido.

En la última reunión en la Casa Transitoria, se rodeaban los recién liberados de varios amigos que les traían alegres noticias y bienvenidas reconfortantes. Dimas y Cavalcanti, renovados en espíritu, ignoraban como expresar el reconocimiento que vibraba en su alma, mientras Adelaida y Fabio, más evolucionados en la senda de luz divina, comentaban problemas trascendentes del destino y del ser, a través de observaciones hermosas y sorprendentes, recogidas en la amplia esfera de experiencias individuales. De todas las conversaciones, proyectos y recuerdos se desprendía alegría.

La hermana Zenobia nos pidió que la esperásemos en la cámara consagrada a la oración, donde nos abrazaría, despidiéndose de nosotros.

Reunidos en franca alegría, aguardábamos a la directora con las mayores expansiones de entendimiento fraternal.

Zenobia, pocos momentos después, entraba en el salón, seguida de gran número de colaboradores, y, como siempre, vino hasta nosotros, bondadosa y acogedora. Estimaba, sobremanera, a la expedición y se ofrecía afecto a los recién liberados. En vista de eso, nos rodeaba de atención personal y directa, en aquel momento del maravilloso adiós.

Asumiendo la posición de orientadora de los trabajos, nos exhortó de modo conmovedor, a la fiel ejecución de la voluntad Divina, comentando la belleza de las obligaciones de fraternidad que se entrelazan, en el Universo, fortaleciendo la grandeza de la vida. Por fin, saludando individualmente a los recién desencarnados, recomendó a Adelaida que pronunciase allí la oración de gracias, que haría acompañar del himno de reconocimiento que ella, Zenobia, nos ofrecería, en señal de afectuoso aprecio.

Adelaida se levantó, en medio de un profundo silencio, y oró, fervorosa y conmovida:

–A Ti, Señor, nuestra gratitud por esta hora de paz intraducible y de infinita luz. Ahora, que cesó nuestra oportunidad de trabajo en los círculos de la carne, te agradecemos los beneficios recibidos, las adquisiciones realizadas, los servicios llevados a efecto... Más que nunca, reconocemos hoy Tu magnanimidad indefinible que utilizó nuestro deficiente instrumento para realizar Tus sublimes designios vacilantes y frágiles, como las aves que mal ensayan el primer vuelo largo del nido, nos encontramos aquí,

venturosos y confiados, al pie de tus desvelados emisarios que nos ampararon hasta el fin... ¿Cómo agradecerte el tesoro inapreciable de bendiciones celestes? Tu cariño santificante nos siguió, paso a paso, en todos los minutos de permanencia en el valle de las sombras y, no satisfecho, Tu inagotable amor nos acompañó, aún, en esta retirada de la vieja Babilonia de nuestras pasiones amargas y milenarias.

Casi sofocada de emoción, la misionera hizo una breve pausa para contener las lágrimas, y continuó:

–Nada hicimos por merecer Tu asistencia bendita. Ningún mérito poseímos, más allá de la buena voluntad constructiva. Claudicamos, innumerables veces, dando pasto a los caprichos envenenados que oscurecían nuestra conciencia, fallamos frecuentemente, cediendo a las sugerencias menos dignas. Pero, Jesús amado, convertiste nuestro humilde trabajo en manantial de ventura que alimenta nuestro corazón, alzado para las esferas más altas. Discúlpanos, Maestro, la imperfección de aprendices, trazo dominante de nuestra personalidad liberada. No poseemos nada de bello para ofrecerte, Benefactor divino, sino el corazón sincero y humilde, vacío ahora de las benditas preocupaciones que le alimentaban en la Corteza de la Tierra... ¡Recíbelo, Maestro, como demostración de la confianza de tus discípulos, y llénalo, de nuevo, con Tus sacrosantas determinaciones! Reconocidos a Tu inagotable misericordia, agradecemos la ternura de Tus bendiciones, pero, si nos diste protección y consuelo no nos retires el trabajo y la ocasión de servir. Condúcenos a tus "otros apriscos" y renuévanos, por compasión, la bendición de ser útiles en Tu causa. Llenos de alegría, bendecimos el valioso sudor que nos proporcionaste en la esfera de la carne purificadora, donde, al influjo de Tu Bondad rectificamos viejos errores del corazón... Bendecimos el duro camino que nos enseñó a descubrir Tus dádivas ocultas, besamos la cruz del sufrimiento, del testimonio y la muerte, desde cuyos brazos nos fue posible contemplar la grandeza y la extensión de tus bendiciones eternas...

Adelaida hizo nueva pausa, enjugando el llanto de emoción, mientras la seguíamos sensibilizados, y prosiguió:

–Ahora, Señor, ampliando nuestros agradecimientos a Tus emisarios que nos extendieron sus manos amigas, en las últimas dificultades de la molestia depuradora, permite que te roguemos amoroso auxilio para todos aquellos, menos felices que nosotros, que aún gimen y padecen en las sendas estrechas de la incomprensión. Inspira a tus discípulos iluminados para que representen Tu espíritu sublime, al lado de los ignorantes, de los criminales, de los desviados, de los perversos. Impulsa el sentimiento de

caridad fraternal de tus seguidores fieles para que continúen revelando el beneficio y la luz de tu ley. Y, al cerrar este acto de sincera gratitud, enviamos nuestro pensamiento de alegría y alabanza a todos los compañeros de lucha, en los más diversos departamentos de la vida planetaria, convidándoles, en espíritu a glorificar Tu nombre, designios y obras, para siempre. ¡Así sea!.

Terminada la conmovedora oración, la Hermana Zenobia vino a abrazar a Adelaida, extremadamente sensibilizada, e, inmediatamente después, reasumiendo su lugar, recomendó a los colaboradores que le ayudasen en el hermoso cántico de agradecimiento al círculo terreno que los hermanos liberados acababan de dejar. Sumergiéndonos en un diluvio de vibraciones acariciadoras que nos arrancaban lágrimas de suave emoción, inició, ella misma, el himno de indefinible belleza:

*¡Oh Tierra –madre dedicada, a ti nuestro eterno homenaje de gratitud y respeto en la vida espiritual!.*

*¡Que el Padre de gracia infinita santifique tu grandeza y bendiga la naturaleza de tu seno maternal!.*

*Cuando estábamos sumergidos en el abismo de sombra densa, reformaste nuestra creencia en el día renovador.*

*Nos envolviste, bondadosa, en tus fluidos de agasajo, nos reservaste trabajo en la divina ley del amor.*

*Nos soportaste sin queja el menosprecio impensado, en el sublime apostolado del tierno e infinito bien.*

*En respuesta a nuestros crímenes, abriste nuestro futuro, desde las tinieblas del suelo duro a los templos de luz del Más Allá.*

*En tus campos de trabajo, en el transcurso de mil vidas, sanamos negras heridas y tuvimos lecciones selectas.*

*En tus corrientes santas de amor y renacimiento, nuestro oscuro pensamiento se vistió de claro sol.*

*Te agradecemos la bendición de la vida que nos prestas; tus ríos, tus florestas, tus horizontes de añil, tus árboles augustos, tus ciudades vibrantes, tus flores inocentes del campo primaveral...*

*Te agradecemos los dolores que, generosa, nos diste, para la jornada celeste en la montaña de ascensión. Por las lágrimas hirientes, por las hirientes espinas, por las piedras de los caminos: ¡nuestro amor y gratitud!*

*A cambio de los sufrimientos, de las ansias, de las pesadillas, recibimos tus desvelos de madre de creyentes e incrédulos.*

*¡Sé bendita para siempre con tus llagas y cruces!*

*Las aflicciones que produces son alegría en los cielos.*

*¡Oh Tierra, madre dedicada, a ti, nuestro eterno homenaje de gratitud y respeto, en la vida espiritual!*

*Que el Padre de gracia infinita santifique tu grandeza y bendiga la naturaleza de tu seno maternal!*

Cuando sonó la última nota del himno impregnado de misterioso encanto, con los ojos nublados por las lágrimas, dimos a Zenobia un cariñoso abrazo de despedida.

Nosotros, los de la expedición socorrista, tomamos a los recién liberados por las manos, imprimiéndoles energía para la subida prodigiosa, rodeados de amigos que nos seguían, alegres y venturosos, camino de los planos más elevados.

Un extraño e indefinible júbilo vibraba en nuestro pecho, lleno de vigorosa esperanza, y, después de atravesar los círculos de bajo patrón vibratorio, en los que se localizaba la Casa de Fabiano, alcanzamos una región brillante y hermosa, cubierta por el cielo centelleante de estrellas... Saludándonos de muy lejos, el astro de la noche apareció en maravilloso plenilunio, emitiendo rayos de dulce y evanescente claridad que, después de iluminar el camino en una pulcritud de sueño, descendían, aceleradamente, hacia la Corteza de la Tierra, esparciendo entre los hombres la invitación silencioso a la meditación en la gloriosa obra de Dios.

[\[ir a ÍNDICE\]](#)